3 1761 08695425 2

Biblioteca Hispano-Americana

de divulgación.

Joaquín López Barrera

Cervantes y su época

(Lecturas Cervantinas)

1616 1916

Precio: 3 Pesetas

LIOI

Biblioteca Hispano-Americana de divulgación.

II. *Cervantes y su época.*

OBRAS PUBLICADAS

I. **Literatura Universal**, por José Rogerio Sánchez, *Profesor de la Escuela Superior del Magisterio*.

II. **Cervantes y su época**, por Joaquín López Barrera, *Catedrático de Instituto*.
(Lecturas Cervantinas)

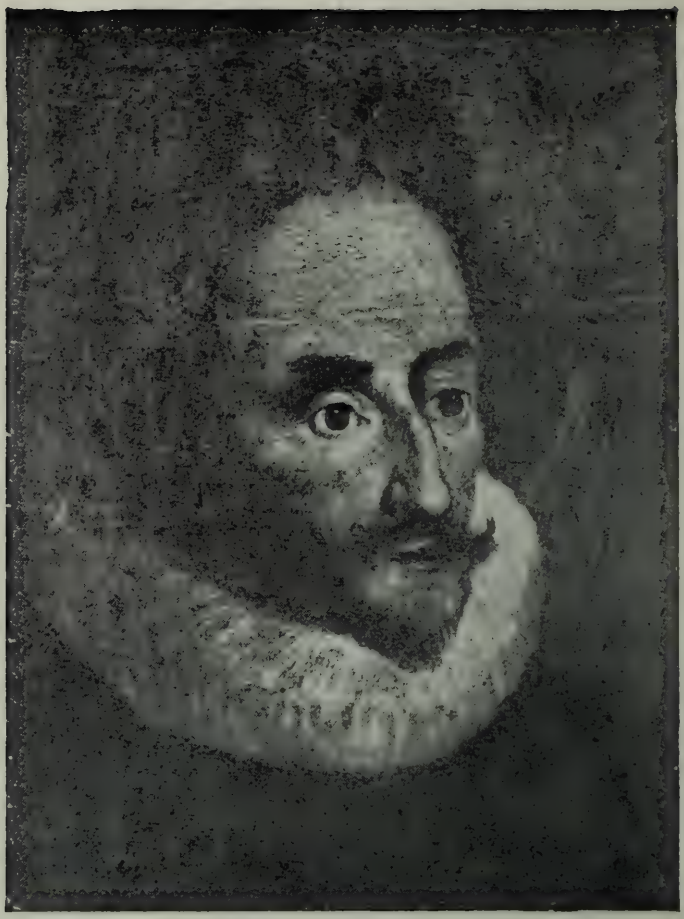
III. **Shakespeare y su tiempo**, por Eduardo Juliá, *Doctor en Letras*.

EN PRENSA:

IV. **Psicología pedagógica**, por José Rogerio Sánchez, *Catedrático*.

V. **El libro de los cuentos**, transcripción de los del siglo XIV, adecuados a la lectura de los jóvenes escolares, por Carlos Huidobro, *del Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos*.

De venta en todas las librerías de España y América y principalmente en casa de HERNANDO, ARENAL, 11 y QUINTANA, 31. MADRID.



LS
C419
·YLop

teca Hispano-Americana

de divulgación.

CERVANTES Y SU ÉPOCA

(LECTURAS CERVANTINAS)

POR

JOAQUÍN LÓPEZ BARRERA

CATEDRÁTICO DE INSTITUTO

142615
18/5/17

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE GÓMEZ FUENTENEBRO
calle de Bordadores, 10.

1916

Es propiedad, según las
condiciones legales.

Al ilustre escritor el Excmo. Señor D. Jacinto Octavio Picón.

Modesto homenaje de admiración, gratitud y amistad.

PRÓLOGO

LECTOR: Si por dicha tuya eres cervantista, es decir, docto y erudito conocedor de la vida y obras del príncipe de los ingenios españoles, no sigas leyendo, cierra este libro que nada nuevo te podrá decir más de lo mucho y bueno que ya sabes. Y si por casualidad fueses cervantómano o megalómano cervantino, (1) cierra, cierra pron-

(1) Llamo *megalomanía cervántica* —dice el doctor Royo Villanova — al delirio de grandezas conque muchos comentadores e intérpretes del *Quijote*, hablan, escriben y opinan sobre los propósitos de su autor al concebirlo, sobre el simbolismo de sus personajes al componerlo y sobre la intención de su lenguaje al publicarlo...

Llamo *Quijotilatría* a lo que el siempre ilustre Menéndez Pelayo nombró en su *Historia de las ideas estéticas en España, fetiquismo cervantista,* es decir, aquel amor exagerado al *Quijote*, que lleva a sus devotos a la enorminad de convertir esta novela, de *libro tan terso y tan llano como es*, en la más enojosa de las enciclopedias. Para estos *fetiquistas*, las aventuras del ingenioso hidalgo no son una novela, sino una *summa* como la de Santo Tomás.—*La locura en Don Quijote.* —El Ateneo de Madrid en el III centenario de la publicación de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.*

to el libro, no pierdas el tiempo que necesitas para desentrañar los misterios esotéricos o exotéricos (1) del *Quijote*, porque no tratamos ahora de investigar si es cierto que la figura de Don Quijote es un símbolo de la vida, hechos y hazañas del César Carlos V, como se da a entender en el epitafio que el socarrón bachiller Sansón Carrasco dedicó al ilustre hidalgo manchego:

Yace aquí el hidalgo fuerte,
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.
Tuvo a todo el mundo en poco;
fué el espantajo y el coco
del mundo en tal coyuntura,
que acreditó su ventura,
morir cuerdo, y vivir loco.

versos—que según los megalómanos—podrían dedicarse también a la muerte del vencedor y temido César, si se consideran sus portentosas hazañas y su retiro y muerte tranquila en Yuste (2).

---

(1) Palabras que emplean para explicar las diversas significaciones que creen ver en el *Quijote*.
Los *esotéricos* quieren descifrar el sentido interno, oculto o intencionado, que creen encierran ciertas páginas del libro inmortal.
Los *exotéricos* se dedican a explicar las formas externas del *Quijote*, sus bellezas literarias, relacionadas con tal o cual disciplina.

(2) Tratando de las interpretaciones que se suele dar al *Quijote*, dice el eminente D. Juan Valera:
"Como quiera que ello sea, yo busco y no hallo la

Tampoco tratamos de investigar si Cervantes quiso lucir sus profundos conocimientos en muchos párrafos de su obra inmortal, haciéndonos ver que entendía de medicina, de agricultura, de jurisprudencia, y que era un gran político, un experto economista, un inestimable estratégico o un terrible revolucionario; no, lector, aquí vamos a relatar cosas harto más sencillas y que tú, como los cervantistas, muy bien retesabidas tienes.

Pero si el que leyere no fuese ni cervantista ni cervantómano, y sí aficionado a las letras y tuviera deseos de completar sus conocimientos literarios, sobre todo en lo referente a Cervantes, de quien mucho se habla, a quien mucho se admira y a quien muchos también desconocen y sólo hablan de él empleando cuatro lugares comunes, que corren de boca en boca, sin haber penetrado en la intimidad del gran hombre, ni conocer sus desdichas ni admirar con fundamento su grandeza de alma, si eres uno de esos admiradores, que sólo saben cuatro fórmulas de pacotilla, entonces, por

---

sátira amarga que en el *Quijote* se esconde. No veo el triste reconocimiento de los males y menos aún el violento remedio que se les debe aplicar. La manía de convertir el arte liberal en arte servil y útil, de cifrar la mayor excelencia y perfección del arte en algo que está fuera del arte mismo, sometiéndola profanamente a tan extraño propósito, es, a mi ver, la causa de tan infundadas interpretaciones„.—*Discurso académico*, tomo II de sus *Obras completas*.

tu bien, has de leer este libro, y ten la seguridad de que has de quedar agradecido al autor, que te habrá enseñado mucho que tú creías saber. En o sucesivo conocerás mejor al autor del *Quijote*, podrás hablar de él con más fundamento y tu admiración ya no será uno de tantos tópicos corrientes y vulgares que hay que seguir para no pasar por burdo e ignorante.

Carece, en general, nuestra hermosa y rica historia literaria de libros de vulgarización. No hay términos medios: o se trata de elementalísimos manuales, que más confunden que enseñan, o de obras de fondo, repletas de eruditas y profundas disquisiciones, cuando no contienen además gran copia de documentos raros y curiosos, que hay que estudíar y relacionar, como las piezas de un pleito, para comprenderlos bien: labor que sólo está al alcance de los doctos. Cierto es que de la vida y obras de Cervantes hay ya una hermosa y popular obra: El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes, del malogrado Navarro y Ledesma, que es una especie de Quijote moderno, aplicado al inmortal Cervantes, obra que se lee con deleite y con el mismo agrado que una buena y amena novela, y novela histórica además. Pero la magnífica obra de Navarro y Ledesma es completamente el reverso de las obras doctas. Predomina en ella la imaginación rica y variada, sobre la historia al relacionar la vida de Cervantes con episodíos novelescos de mucho interés, es cierto,

pero hay momentos en la lectura en que se confunden el hecho histórico con el episodio novelesco, con tal arte y maña relatados, que el lector profano en estas materias no sabe discernir lo verdadero de lo fingido. El libro es un encanto, lo repetimos, pero no es realmente una obra popular de historia literaria, en la cual, sin grandes alardes de imaginación y riqueza de novelescos episodios, se hable de Cervantes, de sus obras y de su época en sencillos relatos, cortos, claros y precisos, al alcance de todos, como lo exige una obra de la BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA DE DIVULGACIÓN.

Disculpe este buen propósito del autor su osadía en meterse de rondón en el rancho de los numerosos y buenos autores de libros cervantinos. No se le reciba con cara huraña ni gestos despreciativos. Perdónesele su buena intención, la poca originalidad y la mucha copia, que necesariamente ha tenido que hacer de datos y documentos dados a conocer por expertos profesionales. No había otro medio de vulgarizar cuanto mucho y bueno se sabe de Cervantes. Téngase en cuenta que Rojas, en su *Viaje entretenido*, dice hablando de sus loas: "*Algunos libros he revuelto para hacellas.*„ A lo cual le contesta su compañero Solano: "*No es pequeña alabanza saber un hombre aprovecharse bien de lo que hurta y que venga a propósito de lo que trata.*„ (1).

(1) *Viaje entretenido*, libro IV.

¿Qué, a pesar de todo, no se absuelve al autor? ¡Qué le vamos a hacer! Sus propósitos son buenos, aunque los medios hayan resultado malos.

Mea culpa...

Los abuelos de Cervantes.

Prescindiendo de las noticias que sobre la genealogía del apellido Cervantes nos dan muchos biógrafos del inmortal autor, noticias fundadas en simples conjeturas la mayor parte, y ateniéndonos a los documentos hasta hoy descubiertos y comprobados, sólo hemos de tratar de los abuelos de Cervantes. Investigaciones que recientemente ha hecho el entusiasta y docto cervantista Rodríguez Marín nos han dado a conocer el nombre de sus bisabuelos paternos: fueron éstos el bachiller Rodrigo de Cervantes y doña Catalina de Cabrera, naturales de Córdoba.

El abuelo paterno fué un hidalgo llamado Juan de Cervantes, que a su título de hidalguía unía el de licenciado en Derecho, por lo cual en las firmas que se conocen de él aparece llamándose Licenciado Juan de Cervantes. No era, pues, un hidalguillo como tantos otros de aquella época, que vanagloriándose de su hidalguía, se morían bonitamente de hambre, sin tener haciendas ni carrera, ignorantes y soberbios, fátuos e inútiles, tipo conocidísimo de las novelas picarescas, y de los cuales decía Cervantes que eran

> Maldición del siglo nuestro:
> Que parece que el ser pobre
> Al ser hidalgo es anejo (1).

(1) La Gran Sultana.

Un ilustre cervantista, el Sr. Gómez Ocaña, nos proporcionará además los siguientes curiosos datos:

«El Licenciado Juan de Cervantes nació en Córdoba hacia fines del siglo XV. Debió ser un hombre distinguido, al menos en su profesión de abogado, como lo prueba la multitud de cargos judiciales que desempeñó en su larga carrera por nombramiento de los magnates o por los concejos.

Juan de Cervantes fué sucesivamente Corregidor de Guadalajara, Alcalá de Henares, Plasencia, Cuenca, Baena y Cabra. Estos cargos duraban poco y además eran de mucho *don* y poco *din*. Tenían, en efecto, tratamientos altisonantes; se hacían llamar *muy magníficos señores*, y sin embargo, la paga debía ser tan corta que, cuando cesaba el Licenciado en su destino, probablemente no tenía recursos para volverse a su patria. El abuelo de Cervantes, después de haber servido tan *magníficos destinos*, murió en Córdoba, sirviendo de Letrado a la ciudad por la renta anual de 20 ducados, pagados por trimestres, sin duda para que no derrochara esta fortuna si la tomaba de una vez» (1).

En Córdoba estaba cuando nació su nieto Miguel. Rodrigo de Cervantes, su hijo, vivía entonces en Alcalá de Henares, y se apresura a comunicar al Licenciado el nacimiento del futuro autor del *Quijote*.

El malogrado escritor Navarro y Ledesma, reconstituye en el siguiente cuadro de época el momento de recibir la carta el abuelo.

"En una casita baja, blanqueada, con un portalejo enladrillado, con un patiecillo umbrío, el licenciado Juan de Cervantes, en vísperas de ser sesentón y roída el alma por los desengaños, trabaja en un bufete. Es un aposentillo enjalbegado, con reja a la calle. Hay en él una mesa de renegrido nogal, de patas anchas trabadas por hierros torcidos. Los apergaminados infolios de Derecho se apelmazan en dos alacenillas, cuyas portezuelas pintorreadas de almagre, parecen vociferar, desafinar en medio de la blanca pared. Dos o tres cuadros viejos, de obscura tabla, donde apenas resalta la amarillez de un rostro, de un brazo o de una pierna que entre la pátina emergen, antorizan y medio enriquecen la habitación. Entre los

(1) *El Autor del* Quijote. Madrid 1914.

cuadros un reposterillo de damascos muy traídos, ampara a un crucifijo de anciana catadura. El rayo de sol que entra por la reja no alumbra nada que no sea grave y austero.

El licenciado inclina su rostro aguileño entre las dos hojas pajizas de las Ordenanzas reales de Castilla, que está releyendo con la displicente atención de quien recorre la vereda cotidiana. Luego, requiere la pluma de ganso que en el tintero de loza blanca y azul se erguía, la moja, va a escribir con su letra segura y señorial no sé qué cosa. Llaman a la puerta. El licenciado se detiene. Vuelven a llamar:—*¡Deo gratias!*—dice una voz.—A Dios sean dadas. Entrad,—contesta el licenciado. Y entra el cosario de Almodóvar, un manchego carirredondo, cazurro, afeitado, con guedejas apegotadas de polvo y de sudor, con una carga de tamo en cada ceja.—Traigo—dice—con licencia de su señoría, una carta para su señoría. Es un real el porte,—añade viendo la perplejidad del licenciado que, por fin, se levanta y recorre los cajoncillos de un vargueño hasta dar con la moneda.—Dios guarde a su señoría—se despide el cosario recalcando el tratamiento, porque no es bien tratar de su merced a quien paga sin rechistar, cosa poco vista, según están las cosas y los portes de correspondencia.

El licenciado se arrellena otra vez en su butacón, mira el sobrescrito, conoce la letra fanfarrona, un poco vacilante, de su hijo Rodrigo. Involuntaria y amarga sonrisa de compasión descaece en los labios finos del sagaz letrado. Aquel pobre hijo suyo no puede notificarle más que desdichas. La lectura de la carta le anubla aún más el rostro. Rodrigo cuenta que le ha nacido un hijo más, que en Alcalá los negocios cada vez están peores, que él ya no sabe cómo hacer para sacar adelante a la familia. Tal vez inicia la idea de un viaje próximo a la corte o Andalucía.

Una gran compasión, la más triste de todas, la compasión del padre inteligente y activo por el hijo inhábil e irresoluto, se lee en la cara larga y fina del licenciado. Tiene un nuevo nieto, al que han puesto por nombre Miguel. El licenciado Juan de Cervantes hace con la lengua ese chasquido elocuentísimo que tan bien denota la contrariedad, se pasa por la oreja las barbas de la pluma y sigue escribiendo con su hermosa letra rectilínea de rasgos magistrales„ (1).

(1) Navarro y Ledesma.—*El Ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, capítulo 1.º

¡Sorpresas de la vida, misterios del destino! Contrarióse el sesudo Licenciado del nacimiento de Miguel, el cuarto nieto que le daba su hijo Rodrigo. Indudablemente que ya eran bastantes hijos para tan trabajosa existencia. ¡Uno más! ¡Ah! buen Licenciado Juan de Cervantes, ¿cómo podríais figuraros que os naciera en Miguel nada menos que el autor de **El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha?**

El padre.

Vivía Rodrigo de Cervantes en Alcalá de Henares, en una casita baja y de pobre apariencia, cerca de la iglesia de Santa María la Mayor y contigua a la huerta de los Capuchinos, en la calle que hoy llaman de Cervantes. Ejercía una profesión muy modesta: era *zurujano,* según declara él mismo en un documento. Quizás su padre, el Licenciado Juan de Cervantes, por su posición social, hubiera querido que su hijo Rodrigo estudiase en la Universidad la médica facultad, pero la sordera que aquejó durante toda su vida a Rodrigo debió impedírselo, y tuvo que contentarse con aprender a sangrar, gobernar con tablillas brazos rotos, enderezar dislocaciones y curar heridas de cuchilladas, operación ésta en la cual debía estar muy experto, pues harta ocasión había con los lances y pendencias de los estudiantes de la Universidad. Casado, y con cuatro hijos, vivía muy modestamente, casi con pobreza, porque sus menesteres quirúrgicos eran mezquinamente pagados, la competencia mucha y muchas también las necesidades de su casa. Ya lo hemos visto: el cirujano Rodrigo era la pesadilla de su buen padre, el talentudo Licenciado, y aquel hijo sordo, quizás torpe, irresoluto y negligente le inspi-

raba lástima, y cuando le escribía no era más que para contarle alguna nueva calamidad.

Y efectivamente, a juzgar por los documentos cervantinos, el pobre Rodrigo debió de ser toda su vida un ser pasivo, inhábil y tardo en sus resoluciones, y perseguido de la desgracia, o no supo o no pudo defenderse y luchar con la energía de un hombre en los trances críticos de la vida. Bien de manifiesto lo pone aquel continuo cambio de poblaciones, después del nacimiento de Miguel, en busca de mejor suerte. En vista de que en Alcalá no gana ya lo suficiente, decide trasladarse a Valladolid a ejercer su modesta profesión.

Siete años vive en Valladolid. Su penosa existencia empeora en vez de mejorar. Por deudas el infeliz es preso, y le embargan algunos bienes: un repostero con las armas de un castillo, unas cruces y *una bigüela,* instrumento que aunque él no pudiera tañer por su sordera, no podía faltar en su establecimiento, donde si se vendían sanguijuelas también se raparían barbas, pues los tiempos no estaban para desperdiciar ni un maravedí. También le embargaron, como dice donosamente Rodríguez Marín, la biblioteca, que, según el inventario, consistía en un libro de *práctica de çurugía*, otro de *las quatro enfermedades* (1) y un libro *de Antonio*, es decir, una gramática latina de Antonio de Nebrija.

Al saber que Felipe II establece definitivamente su corte en Madrid, decide trasladarse a ella, creyendo que en esta residencia encontrará más ambiente para su profesión. Pero a los tres años se convence de que sus ganancias son aún quizás menores que las de Valladolid, y se acuerda de que tiene un hermano mayor establecido en Sevilla y que quizás a su sombra podrá

(1) Dice el Sr. Rodríguez Marín que este libro se titulaba: *Libro de las quatro enfermedades cortesanas, que son Catarro, Gota arthetica siatica, Mal de piedra y de riñones e hijada, e Mal de buas, y otras cosas vtilissimas...*

prosperar más, y a Sevilla va. Menos aún que en Madrid está en la capital andaluza, pues a los dos años regresa otra vez a la corte, y convencido ya de que no son las poblaciones las que influyen en su vida, sino su carácter torpe o irresoluto y su mala sombra, en Madrid se queda, malviviendo de su profesión, hasta su muerte. Indudablemente que con los desengaños y trabajos de aquella vida errante y la sordera que le atormentaba, el buen Rodrigo debió de aplanarse por completo, agriarse su carácter y sumirle en una pasividad que le haría, ya viejo, esperar resignadamente la muerte como único descanso y remedio de sus males. El día 8 de Junio de 1588 abandonó esta vida el pobre cirujano, y en su testamento, que a continuación copiamos, se ve al hombre resignado, sin voluntad, que muere tranquilo, que todo lo deja al albedrío de su buena esposa, pensando quizás en la poca felicidad que ha podido darle en su trabajosa y azarosa vida. Algo triste, una mansedumbre indefinible, se desprende del testamento de Rodrigo, que es como una imagen borrosa de su vida:

«*In Dei nomini amen.* Sepan quantos esta carta de testamento última e postrimera voluntad vieren, como yo, Rodrigo de Zerbantes, vezino desta villa de Madrid, estando hechado en cama de la enfermedad que Dios nuestro señor fue servido de me dar, creyendo como firmemente creo en la santissima Trinidad y en todo aquello que cree e confiesa la santa fe catolica, y deseando poner mi anima en carrera de salvacion, otorgo y conozco por esta presente carta que a honor e gloria de mi señor Jesu Christo e de su bendita madre, a quien ruego sea intercesora con su hijo bendito, que me perdone mis pecados e lleve mi anima a su santa gloria, amen, hago e ordeno mi testamento, ultima y postrimera voluntad, en la forma e manera siguiente:

Primeramente encomiendo mi anima a Dios nuestro señor y el cuerpo a la tierra para do fué formado.

Item, mando que si Dios nuestro señor fuere servido de me llevar, mi cuerpo sea sepultado en la perochia o monasterio que a doña Leonor de Cortinas, mi mujer, le paresciere, la qual haga decir e diga las misas que quisiere y a donde fuere su voluntad, y que me acompañe la cruz e clérigos e cofradias e frailes que la dicha mi mujer

quisiere, porque todo esto lo dexo a su albedrio e voluntad, y quiero que me entierren en el monasterio de nuestra señora de la Merced desta villa.»

Fué, pues, la vida del padre de Miguel una vida calamitosa. Un desgraciado, física y moralmente. Pero aquel abandono de toda voluntad en su última hora, como reconociendo la inutilidad de toda su vida, hace que su desventura despierte conmiseración, la conmiseración que produce lo que hoy llamamos un pobre hombre...

„En este ambiente de extremada pobreza pasó los primeros años de su vida y toda su adolescencia el Príncipe de los Ingenios españoles, ora embargadas en la casa paterna las ropas de uso familiar, ora preso por deudas el padre, y el hambre, casi siempre, llamando á las puertas y quizás entrando por ellas alguna vez„ (1).

---

(1) Rodríguez Marín: *La biblioteca del padre de Cervantes*. Carta-prólogo de *El Autor del Quijote* a D. José Gómez Ocaña.

La madre.

La madre de Cervantes llamábase doña Leonor de Cortinas, natural de Barajas, lugar cerca de Madrid. Era hija de hidalgos de pueblo, con más pergaminos y ejecutorias que bienes. Documentalmente muy poco se sabe de la hidalga señora, pues hasta se ignora el apellido paterno, por ser costumbre entonces que las hembras llevasen el apellido de la madre, así como los varones llevaban el del padre o padrino. Nada se sabe, por tanto, del abuelo materno de Cervantes.

Pero leyendo atentamente los documentos cervantinos, se adivina claramente que doña Leonor fué obedientísima y resignada esposa del cirujano Rodrigo, tal como lo requerían las costumbres del siglo, que exigían a la mujer sumisión, acatamiento y fidelidad al marido rayana casi en la esclavitud. Véase cómo acompaña resignada, y quizás convencida de la inutilidad de las tentativas, a su marido en aquellos desastrosos traslados de la familia de población en población, en busca de una mejora en la suerte que el destino se negaba a concederles o el buen Rodrigo no sabía conseguir. No, indudablemente, doña Leonor

no logró alcanzar en esta vida la felicidad del hogar tranquilo, a cubierto de las incertidumbres del día de mañana. Añádase a estos trabajos el que a doña Leonor se le conocen hasta siete hijos (1) y que a las penalidades de su vida intranquila se juntaron los sufrimientos que tan numerosa prole ocasiona en un hogar en el cual las necesidades son muchas, pocos los recursos, y donde falta la paz y el pan a cada momento.

Fué buena esposa y también fué buena madre. En los documentos que tratan de lo mucho que costó rescatar a sus dos hijos Miguel y Rodrigo (que esta espina más tuvo atravesada en su vida la buena señora) cuando estuvieron cautivos en Argel, al volver de Italia después de pelear como bravos soldados, en los documentos que se relacionan con el rescate, se ve que doña Leonor trabaja por libertar a sus hijos con una constancia propia sólo de una buena madre. Antes lo ha intentado su marido, pero su mala suerte le persigue y nada logra. En vano el buen señor acude al Consejo de Castilla pidiendo ayuda para el rescate de los mozos; no se le atiende, y la madre, apenada cada vez más a medida que los días pasan, se impacienta, y decidida y enérgica, prescinde de su marido y toma el asunto por su cuenta. Adopta una determinación extraña y se hace pasar por viuda para excitar más la compasión del Consejo de Cruzada. ¡Mentira que disculpa su amor de madre! Y triunfa y consigue una ayuda de 60 escudos para la redención de sus hijos.

Pero por el rescate de Miguel piden allá nada menos que 500 escudos, y por el de Rodrigo otros 300. ¡Ahí es nada 800 escudos en aquellos tiempos (2)! Para

(1) Se conocen las fechas de los nacimientos de: Andrés (1543), Andrea (1544), Luisa (1546), MIGUEL (1547), Rodrigo (1550), Magdalena (1554) y se ignora el año que naciera Juan.

(2) El escudo valía trece reales. Pero según declaración de un testigo que fué compañero de Cervantes en el cautiverio, «le oyó

otra mujer el intentar reunir tan importante cantidad hubiese sido como un sueño, y desalentada hubiera desistido y entregádose pasivamente a la misericordia de Dios. Doña Leonor, ruega, importuna, acude a todas partes, y con la caridad de unos, la recomendación de otros y el sacrificio de la familia, logra por fin el rescate de Rodrigo.

Quedaba en el cautiverio Miguel. Su padre intenta, como era su deber, trabajar para lograr la libertad del otro hijo y presenta el pedimento siguiente:

«Rodrigo de Cervantes, estante en esta corte, digo que a Miguel de Cervantes, mi hijo, que al presente está cautivo en Argel... conviene probar como... ha servido a S. M. diez años a esta parte hasta que habrá dos años que le cautivaron en la galera del Sol... y sirvió en todas las ocasiones que en dicho tiempo se ofrecieron en Italia y en la Goleta y Túnez y en la Batalla naval, en la cual salió herido de dos arcabuzazos y estropeado la mano izquierda; de la cual no se puede servir, en lo cual lo hizo como buen soldado.»

Como en la anterior, esta petición no fué atendida. Varonilmente doña Leonor toma también esta vez el rescate por su cuenta. No perdona medio, y su actividad es tanta y su energía es tan tenaz que, habiéndose dado el mezquino caso de que el Consejo de Cruzada le pedía la devolución de los 30 escudos restantes de los 60 que se le había otorgado para el rescate de los dos hijos, no habiéndose conseguido más que el de Rodrigo, presente el siguiente memorial al Consejo, suplicante y enérgico a la vez y en el cual se traslucen sus angustias para rescatar al otro hijo cautivo:

«Muy ilustre y Reverendísimo Señor: D.ª Leonor de Cortinas suplica ante V. S. del aucto pronunciado de no aver lugar lo por mí pedido acerca de los treinta escudos de oro, que se me dieron para ayuda del rescate de Miguel de Cervantes, hijo, captivo en Argel, cuatro años ha: pido y suplico a V. S. mande hacer, según que por mí

---

decir que le había costado el rescate quinientos escudos, que valen en la dicha ciudad de Argel a quince reales e medio cada uno.»

está pedido y suplicado, y que no se me niegue el término de ocho meses, para que con los dichos treinta ducados y otra mayor suma de quinientos ducados de oro se pueda rescatar; porque si hasta agora no ha habido efecto de dicho rescate ha sido por ser el precio excesivo y ser yo pobre y no poder allegar el dicho dinero hasta agora que la Trinidad envía rescatar captivos y ha de llevar este rescate; y no es justo que habiéndose hecho esta limosna y por causa tan pía se me niegue agora que con esta diligencia se ha de rescatar con brevedad, pues yo tengo dadas fianzas; y el dicho mi hijo ha servido a S. M. diez años, y en su servicio está manco de una mano y la perdió en la batalla naval, como consta a V. S. por las informaciones que tengo dadas y están en poder del Secretario Joanes; y si V. S. no me hace esta limosna, será causa para que dicho mi hijo no se rescate, porque ninguna posibilidad tengo, por haber vendido cuantos bienes tenía para rescatar a Rodrigo de Cervantes, mi hijo, que juntamente fué cautivo con el dicho Miguel de Cervantes, en lo cual V. S. hará servicio a Dios y a mí limosna, y pido justicia y en lo necesario, etc.»

Y más tenaz o más afortunada que su marido, consigue del Consejo que se le concedan otros cuatro meses de prórroga y se suspenda la devolución.

Y como presentar más documentos que prueben hasta donde llegaron las energías de aquella mujer sería larga tarea, bástenos saber que una vez más triunfa y tiene la inmensa satisfacción de ver libre a su hijo Miguel de Cervantes.

Bien poco más se conoce de la vida de doña Leonor. Pero por los documentos cervantinos, hoy día publicados, que van relatando con pruebas irrecusables los pasos que va dando aquella madre para rescatar a sus hijos, no hace falta más para demostrar que fué buena madre, no de bondad sino de acción, y de acción noble y esforzada que contrasta con la indecisión de su marido. Esta misma energía la ha de heredar después su hijo Miguel cuando se vea en los grandes trances de su vida.

Murió doña Leonor en Madrid, entre el 15 de Septiembre y el 9 de Noviembre de 1593, en una casa de la calle de Leganitos.

La partida de nacimiento de Cervantes.

No se sabe con seguridad el día del nacimiento de Miguel de Cervantes. En su partida de nacimiento no consta tal fecha. Algunos cervantistas suponen que debió de ser el día de San Miguel, o sea el 29 de Septiembre, y que por esta razón le pusieron este nombre en la pila del bautismo. Pero no deja de ser una suposición más ó menos acertada. Lo que sí se sabe con certeza es que fué bautizado el 9 de Octubre de 1547 en la iglesia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares. En el folio 192 del libro de Bautismos de dicha iglesia, libro que guardan los alcalaínos con orgullo está la partida de nacimiento, que dice así, copiada literalmente:

"*domingo nueve dias del mes de otubre Año del señor de mil e quits e quarente e siete años fué baptizado miguel hijo de Rodrigo de cervantes e su muger doña leonor fueron sus compadres ju° pardo baptizole el Rdo señor seRano cura de nra Señora ts° baltasar vazqz sacristā e yo que le baptize e firme de mj nôbre* (1).

El Bachiller
seRano„

(1) «Domingo nueve días del mes de Octubre, año del Señor de mil quinientos cuarenta y siete fué bautizado Miguel, hijo de Rodrigo de Cervantes y de su mujer doña Leonor, fueron sus compadres Juan Pardo: bautizóle el Reverendo Bachiller Serrano, cura de Nuestra

Este mismo Bachiller Serrano fué el que bautizó y firmó las partidas de nacimiento de los hermanos mayores de Cervantes Andrés, Andrea y Luisa, habiendo nacido los cuatro en Alcalá en el corto espacio de cinco años.

Encontró esta partida auténtica un escritor de mediados del siglo XVIII, (1) que se valió de las indicaciones del fabulista Juan de Iriarte, quien halló el nombre de Miguel de Cervantes en una lista de cautivos redimidos por los Padres de la Merced y de los datos que un erudito fraile benedictino, Martín Sarmiento, contemporáneo y hermano en religión del P. Feijoo, encontró en un libro titulado *Topografía de Argel*, publicado en 1612 por fray Diego de Haedo con noticias comunicadas por varios compañeros de cautiverio de Cervantes.

Antes de conocer la partida de nacimiento de Alcalá se fantaseó lindamente sobre el pueblo de Cervantes. Unos le decían natural de Madrid, otros de Sevilla o de Toledo. No faltó quien le hiciese natural de Esquivias, como su mujer doña Catalina de Salazar. Pero sobre todo Alcázar de San Juan y Consuegra tuvieron mucho empeño en probar que Cervantes nació en una de ellas. Hasta las correspondientes partidas de nacimiento aparecen, disputando a la de Alcalá tamaño honor. En Alcázar surgió la siguiente:

Señora; testigos, Baltasar Vázquez Sacristán y yo que le bautizé y firmé de mi nombre.—El Bachiller Serrano.»

Véase también, como curiosidad histórica, la siguiente partida de nacimiento de Lope de Vega, que, como la de Cervantes, está escrita con la ortografía propia de aquella época:

«En seis de de dizb de quio y sesenta y dos aos. El muy Rdo Sor. lido muñoz baptizó a lope hijo de feliz de vega y fraca su mujer, Compe mayor Antonio Gomez, madrina su mujer. El Licendo Muñoz.»

(1) Agustín de Montiano, *Discurso sobre las tragedias españolas*.—Madrid 1753.

"*En 9 dias del mes de noviembre de 1558 bautizó el Licenciado señor Alonso Diaz Pajares un hijo de Blas de Cervantes Saavedra y de Catalina Lopez que le puso por nombre Miguel: fué su padrino de pila Melchor de Ortega, acompañados Juan de Quirós y Francisco Almendros y sus mujeres de los dichos.*—El Licenciado Alonso Diaz.„

Esta partida apareció casi simultáneamente con la de Alcalá. Un académico de aquella época, D. Blas Nasarre, estaba empeñado en que Cervantes fuese manchego. Creyéndolo así, se dió a recorrer pueblos de la Mancha, revolviendo archivos parroquiales. Al llegar a Alcázar, el párroco de Santa María le enseñó triunfalmente la anterior partida que figuraba en los libros parroquiales. El Sr. Nasarre, radiante al ver confirmada su creencia, escribió al margen de la partida: "*Este fué el autor de la Historia de Don Quixote.*„

¿Fué un bromazo del cura al académico, empeñado en que Cervantes fuese manchego, o bien una falsedad urdida por los notables de Alcázar de San Juan, dirigida por el párroco, para que, si pasaba como verdadera, Alcázar contase a Cervantes como hijo suyo y enorgullecerse con tanta honra? Lo cierto es que dicha partida es apócrifa, porque la fecha del nacimiento no concuerda con los datos probados de la vida de Cervantes, y en el tomo parroquial está escrita en una hoja rasgada, declarada inútil por esta causa y que aprovecharon para la broma o falsedad.

Insisten y persisten con tenacidad los de Alcázar en que, a pesar de la partida de nacimiento de Alcalá, reconocida por todos, menos por los apasionados manchegos, como la verdadera, Cervantes fué manchego y natural de Alcázar. Y tan convencidos están, que en las fiestas del tercer centenario de la publicación del *Quijote*, celebradas en toda España, y con gran solemnidad provinciana en la entusiasta y cervantina Alcázar el 14 de Mayo de 1905, entre otros festejos, hubo su solemne e imprescindible procesión

cívica, que pasando por las principales calles de la ciudad manchega se dirigió a la parroquia de Santa María, donde se celebró solemne fiesta religiosa. Terminada ésta, con todo aparato y solemnidad se descubrió una lápida conmemorativa en la capilla donde creen que Cervantes fué bautizado, la cual dice así:

"AQUÍ FUÉ BAUTIZADO MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
EL DÍA 9 DE NOVIEMBRE DE 1558
ALCÁZAR EN EL III CENTENARIO DEL QUIJOTE—MCMV„

Y no habrá quien convenza de lo contrario a los cervantistas de Alcázar.

En Consuegra apareció también por aquel tiempo otra partida, aunque más verosímil por la fecha, no menos apócrifa que la de Alcázar:

"*En primero del mes de septiembre de mil quinientos cincuenta y seis años, yo Diego Abad de Arabe, clérigo, bapticé a Miguel, hijo de Miguel López y de su mujer María de Figueroa: Fué su compadre Rodrigo del Alamo y comadre su muger Locia Alonso. En fé de lo cual lo firmé de mi nombre.*—Diego Abad, clérigo.„

Hoy, que con los documentos cervantinos encontrados se podría formar una nutrida biblioteca, está plenamente demostrado con datos irrecusables que Alcalá fué el pueblo de Cervantes. Entre éstos entresacamos el siguiente, no sólo por lo curioso, sino porque también se prueba en él de un modo preciso que Cervantes fué alcaíno.

Es una parte del documento que trata de la certificación del rescate de Cervantes:

«En la ciudad de Argel a 16 dias del mes de septiembre de 1580... el P. Fray Juan Gil, Redentor susodicho, rescató a Miguel de Cervantes, *natural de Alcalá de Henares*, de edad de 31 años, hijo de Rodrigo de Cervantes y de doña Leonor de Cortinas... mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano izquierda, cautivo en la galera del *Sol*, yendo de Nápoles a España...»

Cervantes, manchego.

Ya hemos visto cómo Alcázar disputa a Alcalá la cuna de Cervantes y que, a pesar de las pruebas de tanto peso presentadas por los cervantistas en favor de Alcalá, la ciudad de la Mancha y los cervantistas manchegos, desentendiéndose de documentos confrontados, siguen creyendo que Cervantes era paisano suyo. Han llegado ya las cosas a un estado, que el querer convencerles de su error sería una pueril terquedad, y muy lejos de burlarse de su obstinación, como hacen algunos sesudos cervantistas, hay que mirar con simpatía su error, porque ese anhelo de considerar a Cervantes como suyo, a pesar de todos los pesares, es noble e inspirado en elevadas miras de cariñoso patriotismo. Y es que el culto a Cervantes es mundial, pero en la Mancha más que culto es pasión.

Leed *La ruta de Don Quijote* (1) y vereis que todo en la Mancha habla de Don Quijote, de Sancho, de Dulcinea...

"... En todas partes del planeta—dice *Azorín*—el autor del *Quijote* es Miguel de Cervantes Saavedra; en el Toboso es sencillamente Miguel. Todos le tratan con suma cordialidad; todos se hacen la ilusión de que han conocido a la familia.

(1) *Azorín*.—Madrid, 1905.

—Yo, señor *Azorín*—me dice don Silverio,—llego a creer que he conocido al padre de Miguel, al abuelo, a los hermanos y a los tíos...

—Señor *Azorín;* que Miguel sea de Alcázar, está perfectamente; que Blas sea de Alcázar, también; yo tampoco lo tomo a mal; pero el abuelo, el abuelo de Miguel, no le quepa a usted duda, señor *Azorín,* el abuelo de Miguel era de aquí...

—Sí, sí—dice don Silverio;—yo he visto el árbol de la familia. ¡Yo he visto el árbol, señor *Azorín!* Y ¿sabe usted de dónde arranca el árbol?

Yo no sé, en realidad, de donde arranca el árbol de la familia de Cervantes.

—Yo no lo sé, don Silverio—confieso yo un poco confuso.

—El árbol—proclama don Silverio—arranca de Madridejos. Además, señor *Azorín*, en todos los pueblos estos inmediatos hay Cervantes; los tiene usted, o los ha tenido, en Argamasilla, en Alcázar, en Criptana, en el Toboso. ¿Cómo vamos a dudar que Miguel era de Alcázar? ¿Y no están diciendo que era manchego todos los nombres de lugares y tierras que él cita en el *Quijote* y que no es posible conocer sin haber vivido aquí largo tiempo, sin ser de aquí?

—Sí, Miguel era manchego—añade don Vicente, pasando la mano por su barba.

—Sí, era manchego—dice don Jesús.

—Era manchego—añade don Emilio.

—¡Ya lo creo que lo era!—exclama don Diego, levantando la cabeza y saliendo de sus remotas soñaciones.

Y don Silverio, agrega, dando una recia voz:

—¡Pero váyanles ustedes con esto a los académicos!

Y don Silverio, de pronto, da una gran voz, en tanto que hace chocar con energía sus manos huesudas, y dice:

—¡Pero no será lo que dicen los académicos, señor *Azorín!* ¡No lo será! Miguel era de Alcázar, aunque diga lo contrario todo el mundo. Blas también era de allí y el abuelo era del Toboso.„

Y no sólo disputan los manchegos la cuna de Cervantes a Alcalá, sino que pretenden que en la Mancha vivió largo tiempo y que allí nació también Don Quijote, en la cárcel de Argamasilla. Si Cervantes confiesa que su historia se "engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo

triste ruido hace su habitación„ no fué en la cárcel de Sevilla, según firme certeza de los cervantistas, sino en la de Argamasilla.

Probado está hoy que en Argamasilla no hubo tal cárcel y que Cervantes no sufrió tal prisión. La cárcel de Argamasilla se reduce a que, según creen allí, un alcalde llamado Medrano, con el pretexto de que en cierta comisión que desempeñó Cervantes le faltó algún requisito, le hizo encerrar en una bodega de su casa, que la imaginación popular convirtió en cárcel, y aún supone que en ella estuvo nada menos que cinco años.

Sin embargo, la alucinación manchega tenía tales caracteres de verosimilitud, que a mediados del siglo pasado llegó a creerse como artículo de fe, aun entre los eruditos de la época. Por iniciativa de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, autor de trabajos literarios muy estimables, y secundado por el conocido impresor Manuel Rivadeneyra, en la celebérrima bodega de Medrano, supuesta cárcel de Cervantes, se quiso rendir un homenaje a su memoria imprimiendo una edición del *Quijote*, a costa de grandes dificultades y penalidades, teniendo que trabajar los tipógrafos, parte del día, con luz artificial. Curiosa edición del *Quijote*, que se publicó en 1863 (1)

Y aún personas cultas de Argamasilla creían, y así se lo comunicaron al biógrafo Navarrete, que existe una carta de Cervantes, escrita en la cárcel de Argamasilla, solicitando de su tío D. Juan Bernabé de Saavedra, vecino de Alcázar de San Juan, le socorriese en su triste y deplorable situación, la cual epístola empezaba así: "Luengos días y menguadas noches me fatigan en esta cárcel ó, mejor diré, caverna„. (2).

---

(1) ARGAMASILLA DE ALBA.—Imprenta de Manuel Rivadeneyra.—1863. 4 vol. 16 m. Edición corregida por D. J. E. Hartzenbusch.

(2) *Vida de Miguel de Cervantes.*—Martín Fernández Navarrete.—Madrid 1819.—Pág. 449 y siguientes, donde se cuentan curiosas leyendas sobre Cervantes en la Mancha.

Otras muchas y curiosas relaciones podrían exponerse para demostrar el culto idólatra de los manchegos a Cervantes. Lo expuesto basta. Pero consuélense los simpáticos alcazareños: Cervantes no lo era; mas nadie puede disputarles que Don Quijote era netamente manchego, y de Argamasilla de Alba nada menos.

Con respecto a la residencia más o menos larga de Cervantes en la Mancha se ha de notar que, examinados los documentos hasta hoy conocidos, no se encuentra uno que esté fechado en territorio manchego ni rastro que dé la más ligera noticia o referencia de haber estado allí el autor del *Quijote*.

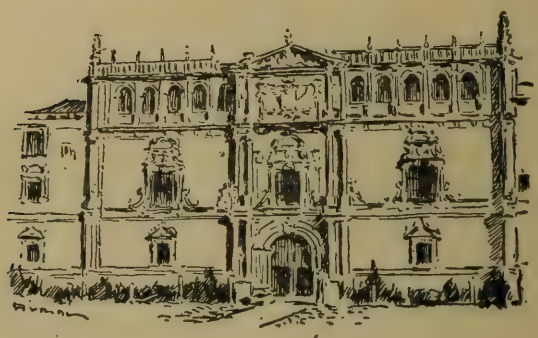
La Universidad de Alcalá.

Antes de que el cardenal Cisneros fundara la Universidad era Alcalá de Henares un pueblo, como los de Castilla, de vida tranquila y monótona, dependiente del arzobispo de Toledo.

Y cuando Cisneros, con su austero talento y su férrea voluntad, llegó de humilde fraile franciscano a ser confesor de la reina Isabel, arzobispo de Toledo, canciller de Castilla, Inquisidor general, regente del Reino, príncipe de la Iglesia, cuando Cisneros quiso fundar una Universidad que compitiese con la de Salamanca, se acordó de Alcalá, donde el gran cardenal había cursado sus primeros estudios en el convento de franciscanos.

Puso inmediatamente manos a la obra. Era ya viejo y no quería morirse sin ver funcionar la Universidad. Con las cuantiosas rentas que le daba el arzobispado de Toledo los trabajos avanzaron rápidamente. La tranquila Alcalá se vió invadida por un hormiguero de obreros, que animados por el cardedenal en persona, trabajaban febrilmente. Sin embargo, las obras no corrían tanto como Cisneros deseaba. Y ante el temor de no verlas concluídas, ordena que terminen cuanto antes, aligerando la

construcción. La primera piedra fué puesta el 14 de marzo de 1498 y el 26 de julio de 1508 se inauguraron las clases, sin haberse concluído aún las obras. Cuéntase que el rey Fernando, al visitar la Universidad, como viera que aún no estaba terminada y que parte de su construcción era bastante pobre, mostró su extrañeza al cardenal, el cual le contestó: "Señor, yo dejaré bastante oro a esta Universidad para que sus hijos puedan reconstruirla de mármol.„ Y efectivamente, después de la muerte de Cisneros fué recons-



truída suntuosamente. Tanto cariño tomó el cardenal Cisneros a su Universidad, que después de asegurarle cuantiosas rentas, que más tarde subieron a 42.000 ducados, quiso que se depositasen en la iglesia de las Escuelas los trofeos que había traído de la conquista de Orán, su estandarte de guerra, su cruz episcopal y sus insignias cardenalicias. También deseó que su cuerpo fuese enterrado en dicha capilla, y el escultor Domenico de Florencia cinceló un magnífico panteón de mármol, rodeado de rica verja de bronce.

Y Alcalá, al amparo de la Universidad, se transforma rápidamente en importante y famosa ciudad. Seis leguas nada más la separan de la corte, lo cual aumenta su importancia. Por sus puertas entran diariamente alborotadores y alegres grupos de estudiantes. Pocos años después Alcalá tenía más de dos

mil. Nada menos que cuarenta y dos cátedras estaban abiertas: seis de Teología, otras seis de Derecho canónico, cuatro de Medicina, dos de Anatomía y de Cirugía, ocho de Humanidades, una de Filosofía moral, otra de Matemáticas y catorce de Lenguas, Gramática y Retórica. Estos datos dan idea de la importancia de la Universidad, que llegó a ser rival de la de Salamanca, con la ventaja de que en Alcalá se trabajaba más y mejor que en Salamanca y que el dicho estudiantil *grecum est, non legitur*, equivalente hoy al "me estorba lo negro„ de los ignorantes, no rezaba en aquella época con la Universidad alcalaína.

Hoy no nos podemos formar una idea exacta, ni aun con los preciosos datos que abundan desperdigados por las obras del siglo XVI y XVII, de la vida pintorescamente heterogénea de una población universitaria en aquella época. La Universidad, y por tanto los estudiantes, gozaban de los mismos fueros que hoy tienen los militares. Se regía por una jurisdicción especial; su recinto era sagrado y ni escribanos ni corchetes podían penetrar en ella. La verdadera autoridad, y también la única realmente, era el Rector, cargo rodeado del respeto y acatamiento de la población toda.

No sólo era la Universidad propiamente dicha lo que constituía la vida de estas poblaciones, sino los Colegios fundados por arzobispos, órdenes religiosas y nobles, y en los cuales gran número de becarios tenían albergue y enseñanza.

En extremo variada y pintoresca era la turba estudiantil que animaba y regocijaba las calles, así como la diversa categoría de estudiantes, según su condición y bienes de fortuna. Los hijos de nobles y los ricos están alojados suntuosamente y viven bajo la vigilancia de pedantescos dómines o pasantes, encargados de tomarles las lecciones, de sermonearles, sin desperdiciar la ocasión de inculcarles sabias máximas que les aparten de la vagancia o del vicio, acompañando siempre a sus discípulos, como una sombra, a

paseos y diversiones, vigilando sus holgorios, corrigiéndolos ya con discretos consejos, ya por medio de sabias sentencias, no apartándose, en fin, ni un momento de su señor, mostrándose duros e inflexibles en las advertencias y mandatos... sin perjuicio de que cuando lo creían oportuno se tornasen tan tolerantes, tan ciegos y tan consentidores en los trapicheos y aventuras de su amo, como el clásico tipo de la dueña lo era con los devaneos y ligerezas de las señoras de condición frívola. Tienen además estos estudiantes numerosa servidumbre, y entre los criados hay a veces estudiantes pobres, que a cambio de sus menesteres reciben albergue y alimentación y estudian en los ratos de ocio, como el famoso Tomás Rodaja, que llegó a ser el *Licenciado Vidriera* de la novela de Cervantes. Por la mañana, los pajes visten y acicalan al señor, y cuando llega la hora de ir a la Universidad monta éste una soberbia jaca, ricamente enjaezada, y escoltado del ayo y de criados con librea, va a la *lición,* donde otro criado, el estudiante pobre, le guarda ya el sitio en la clase y le entrega los libros, el cartapacio y el escritorio de cuerno. Y era frecuente que el estudiante que le servía de criado copiase la lección y tomara las notas explicativas, como un nuevo servicio que hiciese a su distraído e indolente amo.

A estos estudiantes, y a los que no siendo tan ricos tienen, sin embargo, medios decorosos de vida, les llaman *manteistas* porque sobre el balandrán negro llevan flamante manteo.

A los estudiantes pobres y a los que sirven a algún rico, llámanles *pardales*, *capigorristas* o *capigorrones*, a causa de su indumentaria, pues a más de no llevar el bonete cuadrado de los ricos, sino una gorrilla negra, no usan manteo, sino una capa de paño pardo, y van calzados con gruesos borceguíes. A estos desgraciados les llamaban también los del *bando calceo ferrato,* burlándose de su pesado calzado y del ruido que hacían al andar.

Hay entre los estudiantes una categoría aún más inferior: los *gorrones* o caballeros de la *Tuna* o *tunantes*. De éstos decía Cervantes "que más que a estudiar leyes venían a infringirlas„. Y eran, en efecto, picaros de tomo disfrazados de estudiantes; vivían de la sopa de los conventos cuando no habían podido hurtar nada, a pesar de los medios ingeniosos que para conseguirlo usaban, y sus enredos y embelecos no les salían bien. Eran la hez de los malos estudiantes, los vagos, los viciosos y los ignorantes.

Todos ellos, ricos o pobres, "gente moza, antojadiza, arrojada, libre, aficionada, discreta, diabólica y de humor„ (1), bullían alegres y retozones por las calles de Alcalá. De noche, el manteo encubría la espada, que servía unas veces para atacar por diablura a la ronda de alguaciles; otras para defender el mejor derecho a rondar la ventana de una moza garrida. Músicas y cánticos alborotaban por las noches a los dormidos alcalaínos, quizás momentos después del estruendo que ocasionó campal desafío de estudiantes enemistados que, espada en mano, se acometieran. Alegría, vida, ruido por todas partes y a todas las horas. Y no olvidemos las solemnidades académicas; las

(1) Cervantes.—*La tía fingida.*

cabalgatas para celebrar el triunfo de los opositores a cátedras (1); la vistosa comitiva que acompaña a los doctores antes y después de doctorarse; las fiestas, las justas, hasta los toros, con que se celebran los triunfos académicos. Una vida propia y pintoresca (2).

Eso era Alcalá cuando en ella nació el autor del *Quijote*.

---

(1) Véase la descripción, en el *Quijote* de Avellaneda, de una cabalgata con que se celebra en Alcalá el triunfo de un doctor elegido catedrático, por oposición, en el cap. XXVIII.

(2) Lafuente.—Véase *Historia de las Universidades*.—G. Reynier. *La vie universitaire dans l'ancienne Espagne*

La niñez de Cervantes.

En aquel ambiente de vida estudiantil de Alcalá, entre picaresca y sabihonda, Miguel, al corretear por las calles, sus ojos interrogadores excitados por la curiosidad infantil recibirían extrañas y pintorescas impresiones. Iría a alguna escuela de primeras letras, en la cual, a fuerza de cañazos y palmetazos, un dómine viejo enseñaría en mugrientos carteles el *a b c*, y con monótonas canturias la tabla de sumar y multiplicar, y a hacer palotes con tajadas plumas de ganso y abundancia de coscorrones y metidos.

Y después de haber padecido durante algunas horas el tormento que, bajo la forma de enseñanza, le daba el dómine, brincando y gesticulando para desentumecerse de la forzada quietud iría, dando largos rodeos, a su casa, donde besaría humildemente la mano a sus padres y personas mayores y volvería a salir, mordisqueando un zoquete de pan, a curiosear por las ruas y por los paradores la llegada de los ordinarios con su larga recua; se pararía a ver las pendencias y travesuras de los estudiantes, y quizás presenciaría con terror alguno de los infinitos lances, hasta ver caer despanzurrado algún estudiante o algún corchete.

Al trasladarse la familia a Valladolid, en busca de mejor suerte, calcúlase que Cervantes tendría unos siete años. Y en los otros siete que en la ciudad castellana residió su familia, tiempo sobrado tuvo Miguel, teniendo en cuenta lo selecto de su ingenio cuando fué hombre, no sólo de instruirse en las primeras letras, sino también de vivir en el ambiente aquél que se respiraba de guerras, conquistas, valentonadas y grandezas, no solamente en la entonces importante y casi cortesana Valladolid, patria del gran Filipo, sino en el más humilde lugar de aquella España grande y fuerte que Carlos V legó a su hijo Felipe, casi todavía mancebo. Aún parecía sentirse por todas partes el aliento de férrea grandeza del Cardenal Cisneros; las hazañas de Hernán-Cortés, de Pizarro, se contaban en competencia con los romances heroicos más en boga; duraba aún el estremecimiento de orgullo de raza que la prisión del francés Francisco I había producido en los españoles; parecía oirse en todas partes el eco del choque de armas en Italia, en Flandes, en Francia... y Miguel veía y sentía aquella grandeza y respiraba aquel aire espeso de hazañas y conquistas que tanto influyó después en su juventud.

Pero Felipe II, por entonces, decidió establecer definitivamente la corte en Madrid, que hasta ahora había estado trashumante de población en población, según las circunstancias o el capricho del monarca. Y como la cirugía producía en Valladolid al buen Rodrigo tanto o menos que en Alcalá, a Madrid decidió trasladarse, esperando que en la corte sacaría más provecho. Y el mozalbete Miguel cambia de población. Sus ojos escrutadores y su curiosidad de chico despejado se sacian con nuevas impresiones, esas impresiones de la niñez, que a veces perduran toda la vida. Vería desfilar por las calles de la naciente corte aquellos personajes graves y estirados, de cara pálida y mirada dura, vestidos de ropilla negra, con la cabeza embutida en la rizada golilla, como los pintó el Greco; vería el suntuoso desfile de embajadores con el bri-

llante e interminable séquito de carrozas, palafreneros y criados de librea, tan pintorescos y propios de aquella época; se quedaría asombrado mirando a aquellos soldados bravucones y perdonavidas, de retorcido mostacho, sombrero de anchas alas y larga y terrible espada, y espantado les oiría decir fieros desplantes y lanzar enérgicos votos a Dios, y por aquellas calles, sucias y estrechas, de la naciente corte y villa de Madrid, retozaría con la despreocupación y curiosidad propia de los quince años. Pero no era todo corretear: también en Madrid fué a la escuela. Había en Madrid un estudio costeado por el Cabildo o Concejo de la villa: se enseñaba en él Gramática latina y castellana, y estaba dividido en tres secciones, con arreglo a la edad de los alumnos. En la de mocitos o medianos debió de entrar Miguel, entre 1561 y 1562. Y después de haber aprendido a leer, quizás en Alcalá, de haber recibido la primera instrucción en Valladolid, estudia ya en la corte gramática latina, estudio imprescindible y complemento obligado de las primeras letras en aquella época.

A los tres años de residencia en la villa se convence el cirujano Rodrigo de que en Madrid no van mejor sus asuntos que en Alcalá y en Valladolid, y pensando que quizás a la sombra de su hermano Andrés, que está establecido en Sevilla, encontrará más desahogo en su vivir, allá va, camino de la capital andaluza.

Supónese que Miguel asiste como alumno, durante su estancia en Sevilla, al Colegio de los jesuítas, donde ampliaría el latín en el texto de Nebrija. Tenía ya más de quince años, era un mocito alerta e inteligente y no todo había de ser algazara, retozar y fisgonear por las calles de la alegre y bulliciosa ciudad, la más rica, más poblada y estruendosa de España en aquella época.

Y los años que vivió Miguel en Sevilla la vida fuerte y colorida de la capital andaluza, como contraste de la austeridad y tiesura de Valladolid y Madrid,

dejaron tan grata huella en su alma, que después, ya hombre, torna allá, reside largos años, y en aquel ambiente alegre, vivo y pintoresco empieza a fructificar su ingenio y allí engendra su *Don Quijote*.

Pero el hogar de Cervantes continuaba siendo tan pobre como en Madrid y en Valladolid. La familia vivía con grandes ahogos, y Sevilla les era tan ingrata como las otras poblaciones. A últimos de 1565 los Cervantes vuelven otra vez a la corte. Miguel tenía dieciocho años. Ya era un hombre. Había corrido ya media España, y en las tristezas y necesidades de su casa y en este ir y venir por caminos y poblaciones se iba forjando aquel carácter fuerte que ha de soportar después tantas penas y contrariedades.

Carlos V en Yuste.

Pruebas hay de que Cervantes, "desde sus tiernos años manifestó una vehemente inclinación a la poesía y a las obras de invención y de remedo, una aplicación y curiosidad extremada que le inducía a leer aun los papeles rotos que hallaba en las calles, y una afición tal al teatro, que asistía a oir las representaciones del discreto poeta y famoso representante Lope de Rueda, cuando aun no le permitía su corta edad hacer juicio seguro de la bondad de sus versos, sin embargo de que los retenía en su memoria en la edad adulta para alabarlos con discreción y encarecimiento" (1). Todo revela que desde niño tuvo una rica fantasía, excitada continuamente por los más variados contrastes en su vida azarosa.

Estando en Valladolid, y siendo chicuelo despejado y curioso, ¿no había de herir su imaginación un hecho inaudito, resonante, que conmovió, no sólo a España hasta en la última de sus aldeas, sino al mundo entero? El retiro de Carlos V en Yuste sobrecogió a todos los españoles, y excitó de tal modo su imagi-

(1) Navarrete.— *Vida de Cervantes.*

nación, ya harto enfermiza por la insana afición a los libros de caballerías, que aquella insólita decisión del César pareció una novela más que cada cual escribía con arreglo a su fantasía, y cuyos capítulos, como si fuesen romances de cordel, corrían de boca en boca. Y no faltó sesudo y docto varón, como el obispo Sandoval (1), que escribiera sendos tomos recogiendo toda suerte de consejas y las legara a la posteridad como hechos ciertos e históricos. Es hoy el día en que, a pesar de que la crítica histórica prueba con documentos que la inventiva del pueblo rodeó de leyendas aquel hecho, aún tales consejas son tomadas y creídas como artículo de fe, y no se concibe a Carlos V más que

> En Yuste, en la pobre cama
> de una pobre habitación
> alumbrada por la llama
> de un candil, medio velón (2)

En los corros de caballeros, Cervantes oiría absorto contar que el César vivía como un monje, entregado día y noche a una vida ascética, macerándose cruelmente el cuerpo, azotándose hasta el punto "de gastar los ramales de las disciplinas que heredó su hijo„, ayunando a pan y agua, llevando, en fin, la existencia miserable de un ferviente cenobita.

Espantado oiría referir los detalles de los funerales que Carlos mandó celebrar en vida (3).

---

(1) *Historia de Carlos V.*

(2) Campoamor.—*El candil de Carlos V.*

(3) La versión fantástica de los funerales tiene su origen en una relación manuscrita que hizo uno de los monjes, sin duda bajo la influencia de aquel estado de imaginación enfermiza que desfiguraba todos los actos del emperador en Yuste. Hoy se considera este hecho como una leyenda más. Se ha comprobado que en la correspondencia del emperador, que se conserva de la misma fecha de los funerales y día siguiente, nada se dice ni hay alusión alguna. Cosa extraña, pues tan imponente ceremonia la hubiera contado en sus cartas, como contó actos harto más insignificantes.

Y algún caballero exclamaría entonces, como en estos tiempos un poeta:

«Corazón tan fuerte
¿cuándo en la tierra se vió?
¿Cuándo nadie imaginó
adelantarse á la muerte?
¡Después de llevar su aliento
triunfante de zona en zona,
deja la imperial corona
a la puerta de un convento!
¡Tras de hollar la redondez
de este orbe, que aun lo proclama,
sepulta su nombre y fama
de una celda en la estrechez!
¡Y buscando en su entereza
mayor arranque y más brío,
quiere ver su poderío
y su colosal grandeza
entre los negros crespones
de ese túmulo ejemplar,
donde vienen a parar
todas las generaciones!
Y en tan sagrado recinto
y ante esa tumba sencilla,
quiere doblar la rodilla
el gran César Carlos quinto!
¡Y quiere, animoso y fuerte,
en su propio funeral,
tender el manto imperial
en el lecho de la muerte!
¡Oh, César! Grande es tu vida,
inmensa tu excelsitud;
pero es mayor la virtud
de tu postrer despedida!
Grandes fueron tus victorias;
pero es más grande, a mi ver,
la manera de caer
del pedestal de tus glorias.» (2).

(2) Marcos Zapata.—*El Solitario de Yuste*, escena IV.

Y no digamos nada de las apariciones y prodigios que decían haberse visto días antes de la muerte del César, y que corrían de boca en boca entre aquellas gentes, tan crédulas que aun las mayores enormidades de los libros de caballerías las creían a pies juntillas. Según el P. Sigüenza, uno o dos cometas anunciaron, por espacio de muchos días, su enfermedad y fallecimiento. La noche que murió, brotó de repente el capullo de una azucena que había en el jardinillo, junto á la ventana de su aposento, cuya flor se colocó

después delante de la custodia. Al decir del obispo Sandoval, un ave grande, mitad blanca, mitad negra, vino por espacio de cinco noches a posarse sobre el tejado de la capilla, daba cinco gritos, que resonaban siniestramente en el silencio de la noche, y desaparecía repentinamente, dejando aterrados a los frailes. Estos y otros semejantes prodigios han sido repetidos después por varios historiadores, v. gr., aquel de un monje de El Escorial que avisó a Felipe II cómo le había sido revelado que el alma de su padre había salido ya del purgatorio.

Como contraste, véase el siguiente relato de un autor moderno, relato documentado que desvanece tanta patraña y que nos presenta a Carlos V pasando cómodamente los días de su retiro, comiendo confor

tablemente, y muriendo cristianamente en su lecho, como cualquier otro mortal:

"Vida tranquila ambicionaba el emperador Carlos V, retirado, tras los azares de largas y multiplicadas luchas, en la soledad de un claustro. Era el sitio que había elegido para acabar sus días un monasterio de la Orden de San Gerónimo, situado en la falda de la cordillera que atraviesa las provincias de Extremadura, conocido bajo la advocación de *San Yuste*, y enclavado en la que se llama *Vera de Plasencia*, siete leguas distante de esta ciudad. Cuadrábale, por su situación, el nombre de desierto; por su aspecto, nada había más a propósito para quien buscaba seguro asilo contra el bullicio y alhagos del mundo. Abrigado de los cierzos y regados sus términos por los puros y copiosos manantiales que descendían de aquellas sierras, ostentaba en su alrededor numerosos plantíos de naranjos y limoneros, grandes arboledas de lozana y fresca vegetación que ponían agradable contraste a la aridez y aspereza de los vecinos montes. Ni había pretendido el Emperador reducir materialmente su grandeza al estrecho círculo de una celda, sino que, por el contrario, mandó fabricar, contiguo al convento, un edificio de dos cuerpos que sirviese de vivienda para él y para algunos de su servidumbre, la cual no bajaba de cincuenta personas, y exornándolo convenientemente con muebles cómodos, a más de los necesarios, con pinturas de Ticiano, su favorito, y con multitud de objetos, unos de recreo y otros de utilidad, limitóse por de pronto a cambiar de escena, de costumbres y ocupaciones, sin dejarse llevar de ilusiones irrealizables...

Hallábase el César a la sazón tan decaído de fuerzas como de espíritu, y a la edad de cincuenta y seis años, mostraba la decrepitud de setenta. No había sido en su mocedad de constitución robusta; pero la vida de los campamentos, el incesante cabalgar, el dormir escaso y sus frecuentes y largos viajes, hubieran al cabo endurecido su naturaleza, sin la irresistible afición que sentía a los manjares suculentos y fuertemente condimentados...

De aquí los frecuentes ataques de gota que padecía, y que desde la edad de treinta años empezaron a debilitar lentamente su salud. Con ánimo de hacer algún ejercicio a caballo, mandó llevar a Yuste una jaca y una mula; mas, como observa uno de sus más diligentes historiadores, "el mismo que un día y otro, sin ce-

der al cansancio, quebrantaba los pesados caballos de Flandes o los bravos corceles de Andalucía, no podía resistir á la sazón ni el pausado movimiento de una jaca; tanto que, habiendo hecho una prueba a poco de llegar al monasterio, viendo el trabajo que le costaba, desistió de repetirla„ (1).

Hubo, pues, de reducir sus ejercicios corporales al cuidado de las flores y árboles que formaban los jardines del monasterio, y cuando el tiempo lo permitía, a pasear por una calle de castaños, en cuyo extremo se alzaba una capilla. Consistían las demás ocupaciones en acompañar en el coro a los religiosos, cantando los oficios divinos con afinada y sonora voz, como diestro músico que había sido; en despachar las consultas que desde Flandes le dirigía su hijo Felipe; en enterarse de las novedades políticas que ocurrían; en recibir algunas personas de aquellas con quienes había vivido hasta entonces en su mayor intimidad; en dictar sus correspondencias y memorias y, por último, en sus rezos, y en construir artificios y objetos mecánicos, para lo cual había llevado consigo a Yuste al célebre ingeniero turriano, conocido vulgarmente con el nombre de *Juanelo*. Así pasó los diez primeros meses, con notable mejoría de su salud; pero en la primavera de 1558 adoleció nuevamente de la gota, y en poco tiempo arreció tanto el mal... que no hubo esta vez remedio que le fuera de provecho, y expiró con suma tranquilidad, y según lo había también deseado, en su cabal juicio.

Ponderando Sandoval la estrechez con que el emperador vivía en Yuste, dice que para descansar no tenía más que "una sola silla de caderas, que más era media silla, tan vieja y ruin, que si se pusiese en venta no dieran por ella cuatro reales„. Investigaciones más detenidas han dado lugar ha mucho tiempo al descubrimiento del inventario de los muebles de Yuste, por el cual consta que el emperador tenía allí todas las

(1) Amador de los Ríos.—*Historia de la villa y corte de Madrid.*

comodidades apetecibles: sillones de brazos, colgaduras de terciopelo, alfombras turquescas, veinticinco tapices ricamente labrados, doce cortinas de finísimo paño negro en su alcoba, pues desde la muerte de su madre acostumbraba a colgar de luto su dormitorio, servicio de plata... suntuosos vestidos y adornos y relojes de gran valor.

Y véase cómo al desvanecerse la leyenda ante la realidad histórica, quizás Cervantes, cuando escribía el *Quijote*, se acordaría de las pobres y crédulas gentes de Valladolid, que veían en la retirada de un rey a un monasterio, un fantástico capítulo del *Amadís de Gaula*. ¡Eternos molinos de viento, que la imaginación popular cree gigantes, y la realidad hace ver que no son más que prosaicos torreones!

Los primeros versos.

Se sabe que el joven Cervantes asiste a un estudio o colegio que costeaba el concejo de la villa, dirigido por el maestro Juan López de Hoyos, varón de gran prudencia, de singular doctrina y de venerable memoria, que desempeñaba el cargo por unos novecientos reales al año, mas tres reales mensuales que pagaban los alumnos pudientes, cantidad no muy lucida para los tiempos actuales, pero que en aquellos representaba más valor que actualmente.

"Fué el maestro Juan López de Hoyos natural de Madrid... Empleó toda su vida y tiempo en enseñar las buenas letras en su estudio y en declarar la moral cristiana del Evangelio en los púlpitos. El crédito y la buena reputación de su virtud y doctrina le proporcionó en 1568 la cátedra de Gramática por entera conformidad de votos, y que el Concejo se valiese de sus luces para la censura de varias obras literarias.

Dos años después obtuvo por nombramiento del cardenal de Toledo el curato de la iglesia parroquial de San Andrés, habiendo el Ayuntamiento suplicado al cardenal no permitiese que aun por razón de este nuevo destino dejase la cátedra de la villa, pues de lo contrario padecería notable daño así ésta como

sus hijos; mucho más cuando el maestro López tenía suficiencia para desempeñar bien ambos cargos... Sirvió su curato con sumo celo y edificación hasta mediados de 1583, en que parece falleció„ (1).

El Colegio de Hoyos estaba en la antigua *calle del Estudio*, hoy llamada de la *Villa*, detrás del edificio de los Consejos, bajando por detrás de la iglesia de Santa María. Dos lápidas en la fachada de la casa número 2 recuerdan el lugar donde estuvo hasta que, en septiembre de 1619, los jesuítas lograron que se cerrara el Colegio de Hoyos y se incorporara a los Estudios que ellos habían establecido en el Colegio Imperial, hoy Instituto de San Isidro, comprometiéndose los venerables padres a "que, por servir a esta villa, tendrían perpetuamente dos catedráticos que leyesen gramática, dándoles de limosna en cada un año los 25.000 maravedís que se daban al bachiller del estudio... no llevando estipendio alguno a los estudiantes„. De esta manera pasó al Colegio Imperial la cátedra de Gramática y Humanidades que había mantenido la villa por más de siglo y medio.

En el Colegio de López de Hoyos se explicaba—como hemos dicho—Gramática, que es lo que hoy se llama composición o redacción en la moderna Pedagogía, y consistía en componer en prosa o en verso temas señalados por el maestro. Era indudable que en aquel centro estaba Miguel en su verdadero elemento y que su vocación no tardaría en revelarse a los ojos del maestro Hoyos. Vocación que Miguel sintió, como él mismo confiesa en el *Viaje del Parnaso*, desde su niñez:

«Desde mis tiernos años amé el arte
dulce de la agradable poesía.»

Sábese por el propio maestro que Cervantes era lo que se llama hoy un alumno aventajado. Faltaba sólo una ocasión para probarlo y la ocasión llegó.

---

(1) Navarrete.—*Vida de Cervantes*,

Sucedió que el gran Filipo a los cuarenta y un años enviudó por tercera vez. La muerte de la reina, una princesita francesa que tuvo muchas simpatías, fué muy sentida en la corte. El maestro de Cervantes, que era una especialidad en eso de levantar túmulos con altisonantes inscripciones y epitafios, como lo había demostrado dos meses antes en los funerales del malhadado príncipe D. Carlos, fué esta vez también el encargado de trazar toda la máquina funeraria en el convento de las Descalzas Reales para el día de las exequias. Y ahora, maestro y discípulos estrujaron su númen y todos juntos colaboraron en la obra de poner epitafios, sentencias, inscripciones y fúnebres sonetos en cartelones por la iglesia, que a buen seguro leyeron con gran respeto los fieles. Todas estas composiciones poéticas fueron luego coleccionadas en un libro que publicó el maestro Hoyos, titulado *Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y sumptuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reyna de España Doña Isabel de Valois*, libro que tuvo gran resonancia en la corte.

Cuatro de las composiciones son del joven Miguel de Cervantes. En la primera composición, el mismo maestro, al titularla, dice:

Primer epitafio en soneto, con una copia castellana, que hizo mi amado discípulo.

Y es el primer escrito publicado que se conoce de Cervantes:

«Aquí el valor de la española tierra,
aquí la flor de la francesa gente,
aquí quien concordó lo diferente,
de oliva coronando aquélla guerra.
Aquí en pequeño espacio veis se encierra
nuestro claro lucero de Occidente,
aquí yace encerrada la excelente
causa que nuestro bien todo destierra.
Mirad quien es el mundo y su pujanza,

y como de la más alegre vida
la muerte lleva siempre la vitoria.
También mirad la bienaventuranza
que goza nuestra Reina esclarecida
en el eterno reino de la gloria.»

La segunda composición es:

Redondilla en la cual se representa la velocidad y presteza con que la muerte arrebató a Su Majestad.

«Cuando dejaba la guerra
libre nuestro hispano suelo
con un repentino vuelo
la mejor flor de la tierra
fué trasplantada en el cielo.
Y al cortarla de su rama,
el mortífero accidente
fué tan oculto a la gente,
como el que no ve la llama
hasta que quemar se siente.»

Pero donde se ve el mucho aprecio que el maestro tenía a su discípulo, es en la tercera composición, en la cual, al nombre de Miguel de Cervantes, añade su maestro *nuestro caro y amado discípulo*, encabezando la composición del siguiente modo:

Estas cuatro REDONDILLAS *castellanas a la muerte de su Majestad, en las cuales, como en ellas parece, se usa de colores retóricos, y en la última se habla con su Majestad, son con una elegía que aquí va, de Miguel de Cervantes, nuestro caro y amado discípulo.*

Cuando un estado dichoso
Esperaba nuestra suerte,
Bien como ladrón famoso,
Vino la invencible muerte
A robar nuestro reposo:
Y metió tanto la mano
Aqueste fiero tirano
Por orden del alto cielo,

Que nos llevó deste suelo
El valor del sér humano.
¡Cuán amarga es tu memoria,
Oh dura y terrible faz!
Pero en aquesta vitoria
Si llevaste nuestra PAZ,
Fué para dalle más gloria.
Y aunque el dolor nos desuela,
Una cosa nos consuela,
Ver que al reino soberano
Ha dado un vuelo temprano
Nuestra muy cara ISABELA.
Una alma tan limpia y bella,
Tan enemiga de engaños,
¿Qué pudo merecer ella,
Para que en tan tiernos años
Dejase el mundo de vella?
Dirás, muerte, en quien se encierra
La causa de nuestra guerra
(Para nuestro desconsuelo).
Que cosas que son del cielo,
No las merece la tierra.
Tanto de punto subiste
En el amor que mostraste,
Que ya que al cielo te fuiste,
En la tierra nos dejaste
Las prendas que mas quisiste.
¡Oh Isabela, Eugenia, Clara,
Catalina a todos cara,
Claros luceros los dos,
No quiera y permita Dios,
Se os muestre fortuna avara.

Y por último, como si las demostraciones de estima que el maestro hacía de su discípulo no bastaran, Miguel es el encargado de escribir la elegía en nombre de todo el estudio; prueba clara de que era, si no el mejor alumno, por lo menos el mejor poeta de la casa.

Ahora bien, extraña a los cervantistas en este episodio de la vida de Miguel, que a los veintiún años asistiese aún a un estudio como si fuese un muchacho atrasado en su instrucción. Queda la duda, por tanto,

de si Cervantes asistía al estudio como discípulo o como ayudante o pasante del maestro Hoyos.

¿Es, pues, cierto—pregunta el Sr. Cotarelo (1)—que Cervantes esperó a los veintiún años para cursar lo que los demás jóvenes tenían ya concluído a los quince o dieciséis? Por hoy no se puede contestar con certeza, sino que eso no parece verosímil y que el hecho tendrá otra explicación. Tal vez no fuese simple alumno, sino ayudante o pasante del maestro, si, como piensan algunos, en ciertos pasajes de sus obras indica haber recibido de muy joven instrucción universitaria, interrumpida luego y vuelta a reanudar más tarde.

Digna es de conocerse también la opinión del señor Rodríguez Marín en este punto tan obscuro de la biografía de Cervantes:

"¿Cervantes, en esos años de su juventud, estuvo aquí (durante su estancia en Sevilla) ocioso y desocupado o estudiando la gramática y las letras humanas, de cuyo bien aprovechado cultivo hay razonadas muestras en cuantos escritos salieron de su habilísima pluma? (2) Es indudable lo segundo: quien en 1568, frisando con los veintiún años, y como *caro y amado discípulo* de Juan López de Hoyos, lucía en Madrid, en cierto libro publicado por éste, composiciones poéticas muy notables, no era, no, estudiante novicio, sino humanista docto, que había consagrado al estudio muchas vigilias. Y si tres años antes vivía en esta ciudad, claro es que en ella hubo de echar sólidos cimientos de su cultura literaria.„

---

(1) *Efemérides cervantinas.*—Madrid 1905.

(2) *Cervantes estudió en Sevilla.*—Sevilla 1905.

En Italia.

Lo indudable es que Cervantes en este período de su existencia debió llevar una vida muy inquieta y vacilante. La época incitaba a ello, y los veintiún años más todavía. Cervantes, mancebo vivo, alerta, bien apuesto, con la obligada tizona en la cintura, imaginando aventuras, como el tiempo lo pedía, ¡cuántas veces recorrería las calles de Madrid soñando, a veces en la gloria de las letras, y a veces también en la gloria de las armas, las dos pasiones más nobles de la época, sin saber por cuál decidirse! Su triunfo poético en el Colegio de Hoyos le envanecía y quizás viera en él promesas de futuros éxitos literarios; pero, por otro lado, el espíritu aventurero del tiempo, le impulsaba a irse lejos, a recorrer tierras, sobre todo aquella Italia que atraía a la juventud con el encanto de lo hermoso, de lo guerrero, de lo artístico, y, más que nada, de lo inesperado, tan grato a la juventud.

Aquella Italia fascinaba a los españoles como sirena que, desde la orilla opuesta del Mediterráneo les llamaba a disfrutar de un clima más suave, a gozar de costumbres más amables y más libres, a vivir en un ambiente más jovial y despreocupado que en

aquella Castilla austera, pobre, árida y seca, y, sobre todo, en aquella corte solemne y absolutista de Felipe II.

Soldados que volvían de los Tercios se hacían lenguas de aquel cielo tan intensamente azul de Nápoles, de aquel templado clima que enerva con su aire tibio y lleva al alma ensueños de venturas; ponderaban aquellas hosterías del camino, tan diferentes de los mesones españoles, donde el comer y el beber despertaban la alegría del vivir, y olvidando el misticismo que desde niños llevaban inculcado en la sangre, se entregaban a la agradable sensualidad que produce la comodidad, el buen vino y la comida selecta y abundante. Castilla era para ellos como una madre pobre y gruñona, intolerante e iràscible; Italia era una joven risueña, atrayente, de ojos negros y misteriosos que hablan de cosas que se meten muy adentro del alma.

No sin razón franceses y españoles, como dos amantes celosos, se disputaron aquella matrona hermosa y espléndida. Para los franceses de antaño, en rigor como los de hogaño, tan sensuales y positivos, era como una idealización de sus groseros deseos. Para los españoles era, en cierto modo, como si un aldeano de nuestros días, habituado a la tristeza y monotonía de su terruño, le transportan a la ciudad moderna, y vive la vida cómoda, placentera, tolerante y alegre, donde la aventura es fácil y los deseos, hostigados por la abundancia de cuanto halaga los sentidos, se hartan y desquitan de las privaciones y tristezas pueblerinas.

El viaje a Italia durante los siglos XVI y XVII era tan corriente, que no sólo aventureros, sino nobles, hidalgos, soldados y poetas iban en cuanto se les presentaba ocasión. Flandes ofrecía la gloria militar solamente. Italia acogía con el mismo amor y favorecía con igual entusiasmo a los militares que a los poetas, y tomando

ora la espada, ora la pluma,

a la par que conservan para España aquella tierra de promisión, depuran su gusto literario y sienten aquel arte exquisito y delicado. Saber hablar el italiano, o a lo menos leer a Petrarca en su propia lengua y recordar sus versos, era tan corriente como hoy leer a los autores franceses. Raro es el poeta de nota, el aventurero o el soldado de aquella época que no haya estado en Italia.

Nada de extraño tiene, pues, que Cervantes, en plena juventud, lleno de ilusiones y de deseos, quisiese también ir a aquella Italia de la cual tanto y tan bien oía hablar.

Y sucedió que en la corte se encontraba entonces un personaje de la Curia romana, llamado Julio Aquaviva, enviado por el Papa para dar el pésame a Felipe II por la muerte del príncipe Carlos; y tal vez por lo poco grato que le era al rey que le recordasen aquella desgracia de familia, que la leyenda popular daba como ocurrida en circunstancias trágicas, el caso es que el legado romano, en espera de la recepción que todos los días se iba aplazando, para no aburrirse quiso conocer a algunos poetas de la corte, pues también él lo era, y como tal le sería presentado el joven Cervantes. De pronto ocurre la muerte de la princesita francesa, la reina Isabel, y con esta nueva desgracia se le amarga la vida de tal modo al gran Felipe, que ya no quiere recibir ni embajadores ni pésames que le recuerden cosas tristes, y el legado romano, convencido de la inutilidad de su viaje, se vuelve a Roma.

No se sabe con certeza cómo fué: el caso es que Cervantes se va con el legado a Roma, como camarero del ilustrísimo señor. Ya veía realizarse uno de sus sueños, ya su imaginación tan rica iba a satisfacer sus deseos de ver tierras nuevas, de alejarse de aquella corte grande, pero tristona y severa, y más aún, quizás ya no sería una carga para su familia, siempre agobiada por la necesidad.

Y recorre Italia desde Génova a Palermo y no ol-

vida nunca "la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías, el *aconcha patrón*, *pasa acá monigoldo, venga la macarela*, *li polastri e li macarroni*„, y sobre todo recuerda con fruición "la vida libre, la libertad de Italia, cuando volvió otra vez a la adusta y áspera vida de la solemne Castilla.

Cervantes recorre entonces Italia de norte a sur y las gratas impresiones que recibe en sus viajes son de las que nunca se olvidan, y él, en sus obras, las recuerda gratamente con el encanto con que se evocan las impresiones de la juventud pasada.

Pero Miguel no ha ido a Italia para llevar la vida metódica, tranquila y regalona del camarero de un magnate eclesiástico, candidato a cardenal; él ha ido a Italia con el afán de ver, de sentir y de bullir, que hervía en la sangre de los españoles de antaño. Ya está en Italia, ha visto Roma, y ahora quiere ver más y que nuevas impresiones hieran su ardiente imaginación... Se despide de su ilustre amo, a quien ha servido unos dos años, y sienta plaza de soldado en los Tercios españoles que guerrean en Italia.

Los Tercios españoles.

Tan épicos son los recuerdos evocados por el nombre de los Tercios españoles, que para tratar de tan glorioso asunto, parecen más propios los solemnes versos de la epopeya, que la prosa exponiendo hechos y consideraciones documentados con frío y razonado método.

Son tales las hazañas de los Tercios españoles en Italia y Flandes que parecen a los ojos de nuestra raza de hoy algo tan legendario como las proezas de la *Iliada;* tan incomprensibles son aquellos heroísmos en estos tiempos de aburguesamiento comodón y positivista, que a no dar fe de ellos documentos de la época, nos parecerían tan inverosímiles como los relatos de Homero. No podemos formarnos idea de que aquellos hombres eran todo fibra y nervio, energía y despreocupación, valor y sangre fría, hoy que no somos más que nervios, y nervios delicados y enfermizos, hoy que el cálculo, el apego al vivir y la indiferencia son los inspiradores de los actos de la vida contemporánea. Raza de alma de gigantes que supo conquistar y dominar medio mundo con su valor y su tenacidad.

Nacen en Italia con el aliento de Gonzalo de Córdoba, crecen y se multiplican y pasan a Flandes, a Francia, y aquellas falanges infatigables atraviesan Europa triunfantes y temidas, y escriben con sus picas y arcabuces las páginas de Pavía, San Quintín, y en Holanda principalmente, luchando contra la tenacidad de los rebeldes, contra el hambre y el frío, contra el agua de canales y acequias que les arrolla y anega, llegan al colmo del heroísmo.

Estos fueron los Tercios que Cervantes conoció. Fué uno de los héroes. La tenacidad y el valor eran algo natural y corriente, y el ser héroe era común a cada soldado. En aquellas cabezas no cabía la prudencia en el peligro, sólo el arrojo, la ceguera, el ansia de la victoria lo llenaba todo.

> Yo me muero por la guerra;
> Piérdome por cuchilladas;
> En dos desnudas espadas
> Toda mi gloria se encierra,

dice un soldado en una comedia de Lope de Vega (1), y ese amor a la guerra y al peligro los lleva a empresas temerarias y a jugarse la vida imprudentemente en el momento menos pensado.

Los Tercios están formados por una masa heterogénea de hombres. "Las tropas de diferentes naciones que se hallaban al servicio del rey en los Países Bajos, según relación del duque de Alba, dada al comendador de Castilla eran: 79 compañías españolas, que hacían 7.000 soldados; 54 compañías de Altos Alemanes, que componían 16.200 hombres; 32 compañías de Bajos Alemanes, con 9.000 plazas; 104 compañías walonas, que equivalían a 20.000 soldados. Era el total de la infantería de 54.500 hombres, sin contar los 3.000 que ocupaban las plazas fronterizas„ (2). Como

(1) *La Varona Castellana.*

(2) *Hist. de Esp.* de Lafuente. Part. III. Lib. II.

se ve, predominaban las tropas mercenarias sobre las españolas.

Cuenta Brantôme en sus *Rodomontades* que en cierta ocasión preguntó a un soldado español:

—"Señor, ¿de quantos soldados está compuesta esta Armada?

—Señor, yo le diré: ay tres mil italianos, tres mil tudescos y seys mil soldados.„

Los soldados eran únicamente los españoles que componían aquel Tercio. A los demás, el español, con su arrogancia, los consideraba despreciativamente como gente mercenaria.

El contingente extranjero estaba formado principalmente de aventureros desalmados y perseguidos por la justicia, toda ella gente asalariada que no profesaba más ideal que el botín del asalto, y a los cuales, para entrar en batalla, había antes que liquidar atrasos de pagas, que no siempre podían hacerse oportunamente, y entonces era de ver la arrogante desobediencia de aquellos soldados en motines y desmanes tan sanguinarios como la misma guerra. Los españoles que formaban en las compañías, eran también, en general, gente aventurera, pícaros sin Dios ni freno, que antes fueron con Hernán Cortés o con Pizarro a la conquista de América, y ahora iban a Flandes o Italia. Pero había también muchos hijos de hidalgos pobres y se-

gundones de casas nobiliarias que iban en busca de fortuna, a hacerse una carrera militar, como Cervantes y su hermano Rodrigo, que murió en Flandes siendo alférez. Esta era la clase más distinguida de los Tercios, la más interesante, la que formaba el verdadero tipo del soldado español, arrogante y bravo, sin llegar al cinismo y a la fanfarria de los soldados de contrata.

Junto al valor temerario de estos profesionales aventureros, está también la crueldad, la baladronada y la abyección. Son valientes como soldados, pero como hombres suelen ser además fanáticos, sanguinarios y canallas. Son una continua contradicción: matan a un hombre en desafío por puntillo de honor; asesinan fríamente para librarse de los obstáculos que se les pongan delante; roban a mansalva, unas veces por necesidad, otras por capricho; atropellan a mujeres y labradores, y, sin embargo, son creyentes hasta el fanatismo y capaces de postrarse, llenos de fe y fervor, ante la imagen de un santo después de haber cometido la mayor atrocidad. Cuenta un soldado de aquella época (1), que después de haber asesinado a una pobre mujer que podía delatarle y de haber envenenado a una viuda que fué su amante y de haber herido a dos y matado a otros dos parientes que le perseguían para vengarse del atropello de una doncella, se conduele, sin embargo, en un asalto contra los turcos, recriminando duramente a sus compañeros por la matanza de mujeres y niños indefensos, y arranca de las manos de la soldadesca desenfrenada a un niño turco, diciendo: *Podría bautizarse y ganarse así un alma.* Hecho éste que encierra y explica toda la psicología de las crueles y tenaces guerras de religión en Flandes. Curiosa paradoja del carácter aquél, hampón y canallesco, pero creyente, con toda la inconsciencia y arrebato del fanatismo.

(1) *Vida del soldado español Miguel de Castro.* — Paz y Melia. — Barcelona, 1900.

Con sus atrocidades y valentías, eran aquellos Tercios admiración y terror de los franceses y flamencos. Lo sabemos por un cronista francés de aquella época. Brantôme, gran amigo y admirador de los españoles: (1)

"En todo tiempo se han vanagloriado de ser los mejores soldados. Ellos fueron los que nos han vencido repetidas veces en el reino de Nápoles. Vinieron después a Francia y, aunque no lograron arrojarnos de nuestros hogares, nos causaron grandes desdichas, tomando nuestras ciudades, venciéndonos en las batallas, y matándonos cientos de miles de hombres. El rey de España, con estos soldados, infunde terror a sus enemigos...„

Un escritor militar del siglo XVII (2) da por seguro que se llamaban Tercios porque "por ocasión de haberse mandado armar la infantería por tercias partes; de suerte que si un Tercio se formaba de novecientos hombres, se armaban los trescientos de picas, los trescientos de arcabuces y los restantes trescientos de mosquetes, y esta ha sido la razón fundamental para llamarle Tercio„.

Pero bien puede decirse que Miguel y su hermano Rodrigo fueron de los últimos soldados de aquellos genuinamente Tercios españoles. Algunos años después de la muerte de Cervantes las épicas hazañas habrán ya pasado a la Historia. Podemos formarnos una idea por la invectiva que un fraile lanza en un sermón, en 1635, contra los militares de entonces, al celebrarse unos funerales en memoria del primer soldado español, Gonzalo de Córdoba. Y ¡vive Dios! que si no se le fué algo la mano al predicador, lo que dijo no puede ser más ignominioso.

"Y aborrecían—dice, recordando los antiguos Tercios—en aquel tiempo todo lo que olía á regalo, te-

(1) *Œuvres complètes.*—París 1842.

(2) Francisco Pozuelo.—*Compendio de escuadrones modernos,*—Madrid 1690.

niéndolo por indigno y ajeno de hombres y propio de mujeres. No dormían, no jugaban (?); los repiques de los tambores eran relojes que á todas horas de la noche los despertaban. Ahora, mirad con atención y veréis si podemos temer que vengan a azotarnos en las camas los más viles enemigos de Dios y de su ley. ¿Dónde están los capitanes? ¿Dónde los soldados? ¿Dónde las armas? ¿Dónde los militares ejercicios? ¿Dónde hay hombres en España? Lo que veo es mariones *(sic)* que hurtan los usos á las mujeres: de hombres los veo convertidos en mujeres, de esforzados en afeminados, llenos de tufos, melenas y copetes, y no sé si de mudas y badulaques de los que mujeres usan... ¡Lindos soldados para un aprieto de importancia! Harto mejor os pareciera a algunos una rueca que una espada; a lo menos hariades más hacienda. Yo espero que habéis de venir a misa de dos en dos, dados las manos, porque sólo eso os falta por hacer.„ (1)

Siete años después de este sangriento anatema, los Tercios españoles sucumbían para siempre en la batalla de Rocroi, a manos del ejército francés. Pavía y San Quintín quedaban vengados.

Cervantes recuerda en el *Quijote* (2), con amargo humorismo, la azarosa vida del soldado de su tiempo, cuando dice:

"... que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga

---

(1) Sermón predicado por fray Francisco de León. — Granada 1635. A principios del siglo XVII ya se lamenta Fr. Juan de los Angeles del afeminamiento de los hombres de su época diciendo «que todos los más son muñecos, mujeriles, flacos, sin virtud y sin sér de hombres: ya se afeitan y se pulen como mujeres, y se hazen traer en sillas, y se miran y componen al espejo, y presto se pondrán almirantes, y arandelas, y copetes, y ruecas en las cintas, porque ya les cansan las espadas, y el tratarles de cosas de caballerías y armas son para ellos pueblos en Francia».—*Lucha espiritual*. Valencia 1602.

(2) Parte 1.ª Cap. XXXIX.

que viene tarde o nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con sólo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío, contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, á todo esto el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algún balazo que quizás le habrá pasado las sienes ó le dejará estropeado de brazo ó pierna, y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo...„

Tristes reflexiones, impregnadas de honda amargura, que Cervantes hacía sobre su poco provechosa vida de soldado.

Don Juan de Austria.

Cervantes admiraba con profunda y cariñosa veneración, como los demás soldados, a su joven y valiente general D. Juan de Austria. Mozos los dos, casi de la misma edad, bien ajeno estaba el de Austria que a aquel soldado, herido en el pecho y con una mano deshecha, y a quien felicitaba por su valor en el hospital de Mesina, después de la batalla de Lepanto, habían de glorificar los siglos venideros junto con el nombre del caudillo noble y esforzado. La gloria de Cervantes había de ser más tardía, que para "alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes„ (1). Pero no por más tardía fué menos segura, que si D. Juan de Austria ganó la batalla de Lepanto, Cervantes escribió el *Quijote*. ¿No es cierto que estas dos vidas paralelas recuerdan el famoso discurso sobre las Armas y las Letras?

Si queréis conocer a D. Juan, le veréis en el Museo del Prado, en un cuadro atribuído a Sánchez Coello.

---

(1) *Quijote*. Parte 1.ª Cap. XXXIX.

Veréis un arrogante mozo de veintitantos años, de gallarda y simpática figura, cara noble, expresiva y audaz, ojos vivos, pardos, de mirar entre altivo y suave, propios de un alma grande y elevada, un bigotillo rubio y juvenil le da cierto aspecto de varonil osadía, y de toda su figura parece irradiar algo noble, simpático, un atractivo que hacía que "D. Juan fuera muy amado y bien avenido con las damas„, según nos cuenta Brantôme. La coraza milanesa que cubre su pecho, y las piernas bien moldeadas y cubiertas de calzas de color salmón, y los gregüescos de seda roja y oro que rodean sus caderas le dan a nuestros ojos, acostumbrados a la moda de hoy, un aspecto extraño y desentonado por el vivo contraste de los colores, y que Cervantes llamó "ir vestido de papagayo„ (1).

Este es el D. Juan que con admiración contemplaría Cervantes, considerándole, más que como héroe, que el ser héroe entonces era corriente, como un hombre providencial escogido, un Aquiles de aquella nueva *Iliada*.

No dejaría Cervantes de observar el contraste que la gallarda y franca figura de D. Juan tenía con la de su hermano Felipe. En el Museo también podéis hacer vosotros la comparación... Allí hay retratos de Tiziano, de Pantoja, de Moro. Le veréis con su cara tan blanca, que más parece palidez de vigilias o preocupaciones, la barba fina y rubia, la mirada con destellos de dureza, frialdad y austeridad, y todo el conjunto con algo de imponente y frío. Y el contraste será más fuerte en el retrato de Pantoja, donde le veréis vestido de negro, montera alta, y la cabeza pequeña embutida en ancha gola de encaje blanco, que hace resaltar más su palidez; con los ojos azules, que miran con dureza en aquella cara fina y fría con

(1) «Habíase vestido Tomás de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose a lo de Dios es Cristo». —*El Licenciado Vidriera*.

insensibilidad de muerto. Filipo mandando las galeras en la batalla de Lepanto, si de ello hubiese sido capaz y hubiera habido ocasión, inspiraría a sus soldados una obediencia fría, ciega y fatal; Don Juan les producía, al contrario, entusiasmo y admiración, y combatían por la gloria, no por la obediencia que inspira el mando duro y despótico.

Si la figura corporal de D. Juan predispone ya a su favor, cuando a lo sugestivo de su aspecto simpático se añade el recuerdo de sus hazañas militares por mar y por tierra, siendo todavía casi un niño, como nos lo representa el retrato del Museo, entonces comprenderemos bien la idolatría que despertó, no sólo entre sus soldados, sino en el pueblo todo, que le llegó a considerar como a un semidios, pues a su estirpe real iba unida la fama de sus proezas.

Y como si todo hubiera de ser interesante en él, hasta su nacimiento y su niñez tienen algo de la tragedia y de la poesía de un drama de Lope, de Calderón o de Shakespeare.

Hijo bastardo del César Carlos V, ¿quién fué su madre? Y téngase en cuenta que esta pregunta no se la hace la historia moderna, sino que también se la hacían sus contemporáneos, preguntándoselo misteriosamente al oído unos a otros. Para algunos era hijo de los amores ocultos del Emperador, ya viudo de la emperatriz Isabel, con una joven flamenca de humilde origen, hija de un mesonero de Ratisbona, en cuya posada solía alojarse Carlos V durante su campaña en Flandes. Bárbara Blomberg era la joven, que, según otros, fué hija de un ciudadano particular de dicha ciudad y de tan extraordinaria hermosura que prendó al Emperador. Estos amores tienen en verdad, algo del misterio poético de una comedia de capa y espada.

Hasta los catorce años vivió D. Juan sin saber que era príncipe y hermano del rey. Este fué el encargado de revelarle el secreto de su nacimiento, hecho lo cual, con gran asombro del rapazuelo, le dió el abra-

zo de hermano y desde aquel momento ocupó en la corte el rango que le correspondía.

Nadie ignora que después ocasiones brillantes tuvo en que, tanto por mar como por tierra, fué D. Juan digno sucesor del César Carlos V, y mostró que la sangre ardiente del padre bullía también en las venas del hijo.

Es, pues, la figura de D. Juan de Austria harto interesante, y justificada fué también la aureola de gloria, de poesía y de misterio que sus contemporáneos vieron en su juvenil y arrogante persona.

Y reflejo exacto de su azarosa vida es el epitafio que le consagró Lope de Vega.

«Hízome eterno Lepanto;
mozo he muerto, viejo fuí;
que al mundo en un tiempo di
lástima, envidia y espanto».

El Manco de Lepanto.

Sin comentario ni aderezo alguno transcribimos los siguientes párrafos, por los cuales se vendrá en conocimiento de lo muy orgulloso que Cervantes estuvo toda su vida con su estropeada mano. Ignoramos si sus contemporáneos le llamarían como hoy, hasta los que sólo conocen el *Quijote* de oídas, *El Manco de Lepanto*. Sería para él un título de gloria, si no más estimado, por lo menos tanto como cuando le llamasen el autor del *Don Quijote*. Y si hubiese sabido que las generaciones venideras seguirían conociéndole por *El Manco de Lepanto*, o, lo que es más probable, que el sobrenombre surgirá en los tiempos modernos, nada más grato hubiese sido para su orgullo de militar y de escritor.

En 1590, cansado de la azarosa vida que las comisiones por Andalucía le imponían como proveedor, recaudador o agente de apremios, presenta al rey un memorial solicitando "la contaduría del nuevo reino de Granada o la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, o contador de las galeras de Cartagena, o corregidor de la ciudad de la Paz„ en América; y como mérito más sobresaliente, dice que: "ha servido á V. M. muchos años en las jornadas de

mar y tierra que se han ofrecido de veinte y dos años á esta parte, particularmente en la Batalla Naval, donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo...„

En la célebre carta que escribe desde el cautiverio a su antiguo amigo Mateo Vázquez, secretario de Felipe II, le dice, recordando el combate naval:

«Con alta voz de vencedora muestra,
Rompiendo el aire claro, el sol mostraba,
Ser vencedora la cristiana diestra.
A esta dulce razón, yo, triste estaba
Con la una mano de la espada asida
Y sangre de la otra derramaba,
El pecho mío de profunda herida
Sentía llagado y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida;
Pero el contento fué tan soberano,
Que a mi alma llegó viendo vencido
El crudo pueblo infiel por el cristiano.
Que no echaba de ver si estaba herido,
Aunque era tan mortal mi sentimiento,
Que á veces me quitó todo el sentido.»

Y en el *Viaje del Parnaso* le dice Mercurio:

«Toda abundancia y todo honor te sobre.
Que en fin has respondido a ser soldado
Antiguo y valeroso, cual lo muestra
La mano de que estás estropeado.
Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda para gloria de la diestra.»

En el prólogo de sus *Novelas ejemplares* traza su retrato con cuatro pinceladas de maestro, cuando ya tenía sesenta y seis años:

"Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, y las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña... el cuerpo

entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies: éste, digo, que es el

rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha* y del que hizo el *Viaje del Parnaso*...„

y añade después:

"fué soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades; perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado

en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de felice memoria...„

Y cuando el insidioso y falso Avellaneda, en el prólogo del *Quijote* apócrifo, arremete grosera y despiadadamente contra Cervantes, mofándose villanamente del defecto de la manquedad, del cual está Miguel tan ufano, diciéndole:

"No le parecerán á él (á Cervantes), lo son las razones desta historia, que se prosigue con la autoridad que él la començó, y con la copia de fieles relaciones que á su mano llegaron (y digo mano, pues confiesa que sí que tiene sola una; y hablando tanto de todos, hemos de dezir del que, como soldado tan viejo en años cuanto moço en brios, tiene más lengua que manos) pero quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su segunda parte...„

A Cervantes, mesurado y digno en su contestación en el prólogo de la segunda parte de su *Don Quijote*, sólo le saca de sus casillas el que Avellaneda le llama viejo y manco, y con gentil apostura y arrogancia, como un viejo soldado o un hidalgo ofendido, le dice:

"Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben donde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga: y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra

y al de desear la justa alabanza: y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorar con los años...„

Severa y dura lección de cortesía y patriotismo dada al frailuco ramplón, al poeta huero o al osado escritor que se atrevió con el pundonoroso Cervantes, sea quien fuese el Avellaneda, que buen cuidado puso de seguir ocultando su verdadero nombre, sobre todo después de tan merecido vapuleo.

Ya lo dice Cervantes: las heridas del soldado son como las estrellas que guían al cielo de la honra. Y para él su manquedad fué tan hermosa y refulgente como un sol que iluminó toda su vida.

Por último, en el mismo *Quijote*, parece pasar por su memoria el recuerdo de la batalla naval como una ráfaga de bélicas añoranzas, cuando dice:

"Y si este parece pequeño peligro (el de estar un soldado de centinela sobre una mina á punto de estallar), veamos si le iguala ó hace ventaja el envestirse dos galeras por la proa en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas no le queda al soldado más espacio del que conceden dos pies de tabla de espolón, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una vara, y viendo que al primer descuido de los pies iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario; y lo que más es de admirar, que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar; y si éste también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le suceden, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra„ (1).

---

(1) Parte 1.ª Cap. XXXIV.

Soldado viejo de los antiguos Tercios, guardó hasta última hora en el fondo de su alma un religioso y arrogante pundonor militar, del cual hacía alarde siempre que la ocasión era oportuna.

Orgullo y satisfacción inmensa hubiese sentido Cervantes si hubiera podido saber que el simpático y benemérito Cuerpo de Inválidos de la guerra, formado por lisiados como él, peleando por la patria, honra la memoria de *El Manco de Lepanto*, ostentando a la cabeza de su escalafón el glorioso nombre de Miguel de Cervantes.

Terminaremos con los siguientes versos que Lope de Vega dedicó al ilustre manco, catorce años después de su muerte, en el *Laurel de Apolo:*

La fortuna, envidiosa,
Hirió la mano de Miguel Cervantes;
Por su ingenio en versos de diamantes
Los del plomo volvió con tanta gloria,
Que por dulces, sonoros y elegantes
Dieron eternidad á su memoria,
Porque se diga que una mano herida
Pudo dar á su dueño eterna vida.

Cervantes, cautivo.

Según documentos cervantinos, durante cinco años, de 1570 a 1575, Miguel fué soldado en Italia, tomando parte en las expediciones que se emprendieron en aquella época contra los odiados turcos, con intervalos de descanso en Nápoles o Palermo. Sus novelas *El cautivo, El amante liberal*, *La española inglesa*, entre otras escritas después, son recuerdos de aquella época, y nos prueban cuán familiares eran a Cervantes las peripecias del guerrear por mar, y reflejan las emociones que allá en su juventud sintió en aquellas empresas.

Estando en Nápoles, en 1575, solicitó licencia de D. Juan de Austria para volver a España. Su hermano Rodrigo que, como sabemos, peleaba también en los Tercios españoles de Italia, obtuvo la misma concesión, de común acuerdo los dos hermanos.

¿Cuál fué el motivo? No se sabe con certeza. Quizás fuese el desengaño al ver lo poco que medraban en la carrera militar, harto fatigosa y poco recompensada.

El 20 de septiembre zarpó de Nápoles para España la goleta *Sol*, y en ella embarcaron los dos hermanos.

Volvería Cervantes a España con grandes esperanzas de que sus servicios militares tendrían digna recompensa en la metrópoli, ya que tan menguadamente, con algunos escudos mal pagados, lo habían sido en Italia. Había logrado conseguir cartas de recomendación del mismo D. Juan para su hermano el rey, pidiendo que a aquel soldado, que lo era de mérito, le atendiesen en sus justas pretensiones. Traía, además, otra carta del virrey de Sicilia, el duque de Sessa, también para el rey, abogando por el valeroso soldado de Lepanto.

Estando la galera navegando por el golfo de León, ya cerca de la costa de Marsella, "llegando a un paraje que llaman Tres Marías... yendo nuestra primera falúa descubriendo, a deshora salieron de una cala dos galeotas turquescas, y tomándonos la una la mar y la otra la tierra, cuando íbamos a embestir en ella nos cortaron el camino y nos cautivaron...„ (1).

En el reparto de la gálima—así llamaban al botín y esclavos que apresaban—correspondió Cervantes al pirata Alí Mami, cristiano renegado, apodado *el Cojo*.

Registrado Cervantes, pronto dió el pirata con las cartas de recomendación que llevaba de D. Juan de Austria y del duque de Sessa, cartas que fueron su perdición. Creyó *el Cojo*, al verlas, que aquel cautivo era un caballero principal y persona de gran valía, y esperando lograr por él un rescate muy crecido y ventajoso, trató de asegurarle bien, y fué encadenado con dos argollas, que aprisionaron sus muñecas, y sendas ajorcas sus tobillos, ordenando que le vejaran y molestaran, para que, cansado y desesperado, escribiese a sus parientes, que Alí Mami creía ricos y poderosos, y le sacasen cuanto antes de aquella cruel y aperreada vida. ¡Buena riqueza y gran poderío tenía la familia de Cervantes, que entonces residía en Madrid, viviendo pobremente como siempre!

Miguel y su hermano Rodrigo fueron llevados a

(1) Cervantes.—*La española inglesa.*

Argel, "gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de corsarios y amparo y refugio de ladrones, que deste pequeñuelo puerto salen con sus bajeles á inquietar al mundo„ (1).

Indudablemente que fué espantosa catástrofe para Cervantes el cautiverio. Todas sus esperanzas e ilusiones quedaron truncadas al verse a los ventiocho años, lleno de vigor, en plena juventud, imposibilitado de seguir su camino, renunciando a sus ambiciones legítimas, viendo en perspectiva un largo cautiverio, lleno de sufrimientos, de desalientos, de ociosidad forzosa y quizás, al fin, una muerte oscura en aquella tierra odiada. Veía pasar aquellos días tristes y pesados,

«Y en la esquiva prisión, amarga y dura,
Adonde agora quedo, estoy llorando
Mi corta infelicisima ventura.
Con quejas tierra y cielo importunando,
Con suspiros al aire escureciendo,
Con lágrimas el mar acrecentando.
Vida es esta, Señor, do estoy muriendo,
Entre bárbara gente descreida,
La malograda juventud perdiendo (2).

En los cinco años que dura su cautiverio, no es hiperbólico decir que, como león enjaulado, procura escapar

Del'amarga prision, triste y escura
Adonde mueren veinte mil cristianos (3).

En muchas ocasiones llega a jugarse la vida al intentar, no sólo salvarse él, sino al mayor número de compañeros de infortunio. Pero su serenidad le libra de la afrentosa muerte de los cautivos que intentan huir. Tiene algo aquel hombre que le atrae las simpatías de cristianos y renegados, y hasta su mismo

(1) Cervantes.—*Persiles y Sigismunda.*
(2) Epístola a Mateo Vázquez, escrita desde el cautiverio.
(3) Idem.

dueño y señor parece que está sugestionado por el valor, la audacia y la superioridad de aquel héroe que llega en ciertas ocasiones a dar muestra tal de despreciar la vida, que por este mismo desprecio se la perdonan. Alentaba en él todavía el alma fuerte y arrojada del soldado de los Tercios, y juzgaba que quizás en la misma intrepidez estaba la salvación en las empresas difíciles y arriesgadas.

Pero ni el rescate ni la libertad venían, a pesar de intentar lo primero su pobre familia, su madre principalmente, y él inventando toda clase de estratagemas para conseguir lo segundo. Y llega a tener momentos de verdadera desesperación, como cuando dice:

Todos (cual yo) de allá, puestas las manos,
Las rodillas por tierra, sollozando
Cercados de tormentos inhumanos,
Valeroso Señor, te están rogando
Vuelvas los ojos de misericordia
A los suyos que están siempre llorando» (1).

El mismo Cervantes parece contar en *El cautivo* sus sufrimientos y los riesgos que corre de perder la vida, cuando dice:

"Pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo, empalaba á éste, desorejaba á aquél, y esto con tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo, y por ser natural condición suya ser verdugo de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, al cual, con haber hecho cosas que quedarán en la me-

(1) Epístola a M. Vázquez, escrita desde el cautiverio.

moria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez...„

Más afortunado su hermano Rodrigo, es rescatado a los dos años de cautiverio, gracias a los esfuerzos de su familia y ayuda de los Padres mercedarios. Pero por Miguel pide mucho su señor Azán Bajá. Llega una y otra expedición de frailes redentoristas de cautivos, ve partir a sus compañeros libertados, y él se queda triste, abatido, desesperado viendo como los mejores años de su vida los está pasando, como quizás tenga que pasar la vida entera, en aquel ambiente de sufrimiento y de desamparo.

Llega un momento en que cree ya que su cautiverio se agrava en vez de mejorar. Su patrón Azán Bajá cesa en el gobierno de Argel, va a trasladarse a Constantinopla y embarca en una galera a sus esclavos. Entre éstos, como remero forzado, va Cervantes. Y si en Argel el rescate era difícil, en Constantinopla era ya casi imposible.

Pero Dios, la casualidad, el destino quiso que Cervantes pudiera escribir el *Quijote*. Un fraile trinitario de venerable memoria, fray Juan Gil, hace un supremo esfuerzo para salvar a aquel cautivo que está a punto de perderse para siempre y lo logra al fin, como se puede ver por el siguiente curioso documento:

"En la ciudad de Argel á 19 dias del mes de setiembre... el M. R. P. Fr. Juan Gil, Redentor susodicho, rescató á Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares, de edad de 31 años, hijo de Rodrigo de Cervantes y de doña Leonor de Cortinas, vecino de la villa de Madrid, mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano izquierda, cautivo en la galera del *Sol*, yendo de Nápoles á España, donde estuvo mucho tiempo en servicio de S. M. Perdióse á 26 de setiembre del año de 1575; estaba en poder de Azán Baxá Rey, y costó su rescate 500 ducados de oro de España, porque si no lo enviaba á Constantipla.... „

Los 500 escudos que costó el rescate — según la cuenta que presenta Navarrete — fueron reunidos en la siguiente forma:

1.ª	La madre y hermana de Cervantes habían entregado para su rescate 300 ducados, que á 11 reales hacen.....	3.300 rs.
2.ª	Fué ayudado con la limosna de Francisco Caramanchel, doméstico de Don Iñigo de Cárdenas Zapata, del consejo de S. M., con 50 doblas (1), qne son.....	250 rs.
3.ª	De la limosna general de la órden fué ayudado con otras 50 doblas.....	250 rs.
4.ª	Se buscaron prestados entre mercaderes 220 escudos, que á 135 ásperos (2) cada uno hacen 29.700 ásperos, y por consiguiente.	2.770 rs.
	TOTAL.....	6.770 rs.

Libre ya, vuelve caviloso á España, sin saber lo que será de su vida, maldiciendo su negra suerte, sin saber a qué puerta llamar, desengañado y cansado de los azares de la vida militar, no viendo en el horizonte de su porvenir más que un inmenso signo de interrogación.

El único provecho que sacó de aquel cautiverio, según confiesa él mismo, es que "aprendió a tener paciencia en las adversidades„.

(1) La *dobla* valía unos cinco reales.

(2) Diez *ásperos* valían aproximadamente un real.

Los cautivos en Argel.

Los piratas corsarios tenían abierta su madriguera en Argel. Con sus corsos al través del Mediterráneo tenían atemorizados a los navegantes, y éstos más que al naufragio temían el caer en manos de aquellos desalmados, gente brava y cruel, sin Dios ni conciencia, renegados cristianos en su mayor parte, que se lanzaban a la aventura por el mar, no sólo por el estímulo del botín, sino también por impulso aventurero y bravío, enardecidos por todo aquello donde hubiese ocasión de mostrar valentía y desenfreno, que aun en aquellas correrías se mostraba el espíritu emprendedor que empujaba a los hombres a hacer algo grande o gigantesco, fuese bueno o malo; que lo mismo se lanzaban al azar por el mar a descubrir y conquistar nuevas tierras, que a la presa de una galera veneciana cargada de ricas mercancías o de una galeota española que de Nápoles iba a España con soldados licenciados o enfermos. La cuestión era estar siempre en jaque, correr un riesgo, estar cada hora en actividad frenética. La piratería era una manera más de guerrear; pero con independencia y sin el freno de la disciplina.

Para España fué una continua zozobra y causa de muchos llantos y desasosiegos. En aquella época 30.000 familias españolas tenían que llorar por otros tantos hijos, hermanos o esposos cautivos en Argel. Tener cautivos en tierra africana era siempre una amenaza o una realidad. La copla popular, reflejo fiel del sentimiento, se apoderó de aquella tristeza que flotaba en el ambiente y compuso sencillos y sentidos cánticos, que recordaban las penas del cautiverio.

De laurel es la rama
de verde laurel,
de laurel siempre verde
como mi querer,
la rama de laurel:
prisionerito
mi amante en Argel,
¡Jesús, qué dolor!
prisionerito,
cautivo está mi amor...

era una tierna cantinela, de música lánguida y tristona que cantaban por entonces las doncellas en sus casas, haciendo labor, y las mozas al regresar de sus faenas del campo.

Tanta fué la preocupación que en todas las clases sociales causaba el estado de los pobres cautivos, que sino estuviera ya intercalada entre las obras de misericordia la de *redimir al cautivo* hubieran debido incluirla por entonces. Era una necesidad y una obra de caridad el acordarse de aquellos pobres españoles que sufrían allá lejos, allende el mar, las amarguras y tristezas del cautiverio. Y dos órdenes religiosas, la de la Merced y la de la Trinidad, en competencia, ejercitaban la obra misericordiosa de la redención. Los mercedarios y trinitarios, salían por calles, pueblos y aldeas pidiendo limosna para los pobres cautivos. La colecta solía ser abundante, siempre daban, unos por religiosidad, otros por compasión. Pero por mucho que recogían nunca había bastante para resca-

tar a todos de una vez. Temporalmente salían expediciones de frailes redentoristas para Argel, y allí rescataban cuantos podían y hasta tanto que alcanzaba el dinero.

Cervantes, en los *Baños de Argel*, recuerda la llegada de los frailes mercedarios y tiene palabras de alabanza para ellos:

CRISTIANO. La limosna ha llegado
A Bugía, cristianos.
OSORIO. Buenas nuevas son estas.
¿Quién viene?
CRISTIANO. La Merced.
OSORIO. Dios nos la haga.
¿Y quién la tiene á cargo?
CRISTIANO. Dícenme que un prudente
Varon, y que se llama
Fray Jorge de Olivar.

Y en *El trato de Argel* dedica también alabanzas a los frailes de la Trinidad:

FRANCISCO. Albricias, caro Aurelio, que ha llegado
Un navío de España, y todos dicen
Que es de limosna, cierto que en él viene
Un fraile trinitario cristianísimo,
Amigo de hacer bien y conocido,
Porque ha estado otra vez en esta tierra
Rescatando cristianos, y da ejemplo
de una gran cristiandad y gran prudencia.
Su nombre es fray Juan Gil.
AURELIO. Mira no sea
Fray Jorge de Olivar, que es de la orden
de la Merced, que aquí también ha estado,
De no menos bondad y humano pecho,
Tanto, que ya después que hubo expedido
Bien, veinte mil ducados que traía,
En otros veinte mil quedó empeñado.
¡Oh, caridad extraña! ¡Oh, santo pecho!

Curiosísimos son también los siguientes datos sobre el rescate de cautivos:

"Hecha en Argel la entrega del dinero en que se se habían concertado los rescates, cumplidas todas

las formalidades legales de los mismos y allanados con dinero ó regalos (1) las dificultades que solían ofrecerse en la salida de la ciudad y embarque de los cautivos, el redentor se dirigía con ellos al puerto, ordenaba que se embarcaran todos y haciéndolo él en último lugar, les daba la bendicion y mandaba levar anclas.

Solían desembarcar en Denia, y después de descansar, hacer algunas provisiones para el camino y alquilar una mula para el redentor, salían todos los demás á pie, siguiendo el camino que conduce á la ciudad de Valencia.

Una vez llegados á las inmediaciones de la ciudad, y reunidos todos los cautivos, los religiosos de las órdenes redentoras residentes en Valencia, encargados de hacer los preparativos de la entrada, solicitaban para ello la licencia del virrey, y concedida ésta, se organizaba la procesion, en la cual, precedidos de trompetas y atabales, iban todos los cautivos con la cabeza descubierta y en el pecho el escapulario de la orden redentora, por la calle del Mar hasta la iglesia Mayor, donde oían misa y sermon.

En estos días se solía imprimir la *Relación de los cautivos rescatados,* que se enviaba a todas las partes de España para que llegase á conocimiento de las familias de los redimidos; se hacía tambien la impresión de las *Patentes* de estar rescatado, que se entregaba á cada uno su particular, y repartidas las limosnas recogidas en la procesion se les daba licencia para ir á sus tierras„ (2)

"El martes 30 de enero de 1680 presenció Madrid... la entrada de la redencion de cautivos de la ciudad de Argel, con ciento setenta individuos entre sacerdotes, mujeres, niños y niñas, capitanes y pilotos, vueltos á la vida de la libertad por la diligencia y heróico celo de los Padres trinitarios. Entraron por la puerta de Toledo, saliendo á recibirlos todos los religiosos de la órden... Precedían unos clarines, y detrás cuatro galeras que conducían á los enfermos é impedidos. Al llegar á la iglesia de la Trinidad se cantó solemne *Te Deum.* Hospedáronse en varias casas los

(1) Estos consistían principalmente en bonetes toledanos, muy apreciados en la costa occidental de Africa, y en paños de Segovia, que en Valencia teñian de grana. Llevaban además muchos confites de varias partes de España, á que eran muy aficionados los argelinos.

(2) Pérez Pastor. —*Docum. cerv.*

cautivos, donde fueron recibidos con suma piedad y afecto. Al tercer día asistieron á una misa y á una espléndida comida. Dirigiéronse á Palacio, viéndose las calles y balcones llenas de numerosísima multitud... La procesion siguió su camino por la calle Mayor y la de Carretas, hasta subir á la Trinidad; y habiéndose retirado los cautivos á sus viviendas, al otro día recibieron sus pasaportes y socorros para encaminarse cada cual á su pais.„ (1)

"Los que quedaban allá, en la esclavitud, seguían viviendo aquella vida de tristezas y trabajos, encerrados "en los *baños*, que eran unas casas o corrales. En el llamado de la *Bastarda* encerraban a los cautivos del concejo, y aun los de algunos particulares, porque allí estaban más holgados y seguros; trabajaban diariamente en las obras públicas de la ciudad y en otros oficios, y de noche cuidaban de su recoleccion y seguridad. Los del *baño* grande del rey, que eran de rescate, estaban siempre encerrados y con porteros y guardas, que constantemente los vigilaban. No salían a trabajar con la demás chusma a no ser que por tardarse su rescate les aplicasen a ciertas fatigas, como ir por leña y otras que les mortificaban. Este *baño* real, donde estuvo Cervantes cargado de cadenas a fines de 1577, era cuadrilongo, de setenta pies de largo y cuarenta de ancho, repartido en altos y bajos, con muchas camarillas ó aposentos alrededor; en medio una cisterna con buena agua, y a un lado, en la parte baja ó inferior, estaba la iglesia ú oratorio, donde todo el año se decían misas por los sacerdotes cautivos, se cantaban los oficios divinos, se administraban los sacramentos, y á veces se predicaban sermones, siendo tanta la concurrencia en los días solemnes, que era preciso decir la misa en el patio; aprovechando esta ocasión los guardianes del *baño* para exigir de cuantos entraban una contribución con la que sacaban muchas ganancias„ (2).

Terminamos estas relaciones sobre el cautiverio con el siguiente cantar, con que chicuelos y desocupados, zaherían e injuriaban a los cautivos y que los pobres españoles oirían seguramente rechinando los dientes con rabia al ver su impotencia:

---

(1) Amador de los Ríos.—*Hist. de la villa y corte de Madrid.*

(2) Navarrete.— *Vida de Cervantes.*

Don Juan non venir,
Don Juan non venir,
Non rescatar, non fugir,
Acá morir, perro, acá morir,
Don Juan non venir.,. (1)

cantar sangriento que era para ellos un tormento más entre los muchos que padecían.

---

(1) Cervantes.—*Los baños de Argel*, jornada III.

Versos marianos de Cervantes.

Tiene el culto a la Madre de Dios, en España, tan fervorosos creyentes que creo no nos aventajan ni aun los italianos con su ideal y poética *madonna*. No hay pueblo ni aldea en España que no tenga su Virgen propia, a la que adoran y veneran e imploran en sus necesidades y aflicciones, con los nombres del Consuelo, de la Salud, de las Angustias, del Socorro, de la Misericordia, del Amparo, nombres cuya invocación despierta ideas de ayuda, protección, consuelo o esperanza en los grandes pesares y en las negras tristezas de la vida. Puede asegurarse que para implorar remedio al dolor, en sus tan variadas manifesciones háse de encontrar siempre una Virgen cuya advocación sirva para remediarlo.

Y es que esta creencia religiosa tiene algo tan poético, delicado, puro y tierno, que encaja perfectamente en el carácter español, más idealista que práctico. Leandro Fernández de Moratín, a quién no puede motejarse de escritor excesivamente ortodoxo (1),

(1) Véase *El auto de fe celebrado en Logroño.* Obras completas, edición Rivadeneyra.

confirma lo que decimos, cuando escribe en una nota a su composición *La Anunciación*:

"Hay críticos que desaprueban sin distinción toda obra poética de asunto sagrado, suponiendo que nuestra religión no presta materia al canto, y que su austeridad no consiente las flores de Helicona. Una mujer, la más perfecta de las criaturas, la más inmediata al trono de Dios, medianera entre El y la naturaleza humana; madre amorosa, amparo y esperanza nuestra, ¿qué objeto se hallará más digno de la lira y el canto? La Grecia, demasiado sensual en sus ficciones halagüeñas, no supo inventar deidad tan poderosa, tan bella, tan pura, tan merecedora de la reverencia y el amor de los hombres„.

Y Cervantes, que tan bien supo comprender y sentir el carácter español, y español él mismo hasta la médula, es devotísimo de la Virgen. En muchas de sus obras, principalmente en poesías, se ve claramente. Muchos de sus versos marianos fueron escritos, seguramente, en aquellas trágicas horas de la esclavitud, buscando consuelo a su desesperación.

Véanse los siguientes, que tienen toda la inspiración y corte de una suplicante oración:

En vos, Virgen santísima María,
de Dios y de los hombres medianera...,
en vos, Virgen y Madre, en vos confía
mi alma, que sin vos, en nadie espera...
Bien sé que no merezco que se acuerde
vuestra eterna memoria de mi daño,
porque tengo en el alma, fresco y verde,
el dulce fruto del amor extraño:
mas vuestra alta clemencia, que no pierde
ocasión de hacer bien, mi mal tamaño
remedie, que ya estoy casi perdido
de Scila y Caribdis combatido...»

versos que después puso en boca del protagonista de la comedia *El trato de Argel*, obra escrita con palpitantes recuerdos de la esclavitud.

Si, como dicen algunos cervantistas (1), la novela *El Licenciado Vidriera* tiene mucho de autobiográfica, Miguel, al emprender su viaje a Italia, de los "muchos libros que tenía, los redujo a unas *Horas de Nuestra Señora*, y un Garcilaso sin comento, que en las dos faltriqueras llevaba,,. Y recordando la visita que hizo entonces a Nuestra Señora de Loreto, dice que en aquel "santo templo no vió paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera y de pinturas y retratos, que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habrán recibido de la mano de Dios por intercesión de su divina Madre, que aquella sacrosanta imagen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devoción que le tienen.....,,

En la preciosa novela *El Cautivo*, la bella Zoraida, que profesa ideas muy vagas de catolicismo, tiene especial fe y ardiente confianza en Lela Marien, que así llama a la Virgen, y dice candorosamente:

"Cuando yo era niña tenía mi padre una esclava, la cual en mi lengua me mostró la zalá cristianesca, y me dijo muchas cosa de Lela Marien. La cristiana murió y yo sé que no fué al fuego, sino con Alá porque después la vi dos veces, y me dijo que me fuese á tierra de cristianos á ver á Lela Marien, que me quería mucho. No sé cómo vaya: muchos cristianos he visto por esta ventana y ninguno me ha parecido caballero como tú. Yo soy muy hermosa y muchacha y tengo muchos dineros que llevar conmigo; mira tú si puedes hacer cómo nos vamos y serás allá mi marido si quisieres, y si no quieres no se me dará nada, que Lela Marien me dará con quien me case... En la caña pondré un hilo, ata allí la respuesta, y si no tienes quien te escriba arábigo, dímelo por señas, que Lela Marien hará que te entienda. Ella y Alá te guarden y esa cruz que yo beso muchas veces, que así me lo mandó la cautiva.,,

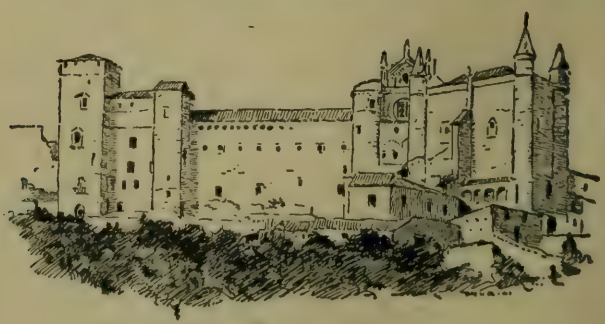
(1) Nicolás Díaz Benjumea.—*La verdad sobre el Quijote*,

Cervantes, en este episodio de su novela, se complace en mostrarnos la fe ingenua y candorosa que en una mora ha despertado la creencia en la Virgen, cuyas grandezas y amores una ignorante esclava refirió a Zoraida, siendo niña, como si le contara un cuento de bellas y bienhechoras hadas.

En una de sus comedias, *La Entretenida*, uno de los personajes recita el siguiente soneto, que parece una plegaria:

Por ti, Virgen hermosa, esparce ufano
contra el rigor con que amenaza el cielo
entre los surcos del labrado suelo
el pobre labrador el rico grano.
Por ti surca las aguas del mar cano
el mercader en débil leño á vuelo,
y en el rigor del sol, como en el hielo
pisa el soldado alegre el risco y llano.
Por ti infinitas veces, ya perdida
la fuerza del que busca y del que ruega
se cobra y se promete la victoria.
Por ti, báculo fuerte de la vida,
tal vez se aspira á lo imposible y llega
el deseo á las puertas de la gloria.
¡Oh esperanza notoria,
amiga de alentar los desmayados
aunque estén en miseria sepultados!

En *Persiles y Sigismunda* acuden los peregrinos a



la sierra de Guadalupe, y aquella belleza les tiene absortos, "pero llegó la admiración a su punto cuando vieron el granado y suntuoso monasterio, cuyas mu-

rallas encierran la santísima imagen de la Emperatriz de los Cielos; la santísima imagen, que es libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones; la santísima imagen, que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos y reparo de las desgracias„. Y uno de los peregrinos canta ante ella:

Niña de Dios, por nuestro bien nacida,
tierna, pero tan fuerte, que la frente,
en soberbia maldad endurecida,
quebrado habéis de la infernal serpiente...
.....
La justicia y la paz hoy se han juntado
en vos, Virgen Santísima, y con gusto
el dulce beso de la paz se han dado,
ara y señal del venidero Augusto.
Del claro amanecer, del sol sagrado
sois la primera aurora, sois del justo
gloria, del pecador firme esperanza,
de la borrasca antigua la bonanza. .

Bien se ve que la devoción de Cervantes a la Virgen no fué un sencillo alarde lírico, sino que eran arranque es poéticos que, á modo de oraciones, componía Miguel en momentos de verdadera inspiración, y muchas de ellas—como hemos dicho—fueron compuestas en los tristes y amargos días de su cautiverio en Argel, en aquellos días de desaliento y desesperación...

No han faltado críticos demasiado sagaces que han dudado del sentimiento religioso de Cervantes. Hoy semejante creencia no tiene fundamento; probado está que Cervantes no fué un místico, ni mucho menos; pero sus creencias religiosas fueron las propias de un cristiano viejo de aquella época, respetuoso con la religión y observador de sus preceptos sin alarde ni fanatismo.

¿Quién fué Ana de Rojas?

También tiene sus inconvenientes el ser inmortal. No le faltarán al genio, después de su muerte, hombres curiosones, que científicamente se llaman eruditos, que se encargarán de descubrir todo lo bueno y lo malo que el hombre ilustre hiciera durante su vida. La ciencia es implacable como la justicia, y las mayores indiscreciones—dicen—son perdonables si se tiene en cuenta el buen fin que las inspira. La crítica moderna ha de ser documental, y si en las investigaciones se descubre algo malo, tanto peor para el difunto; que no lo hubiera hecho. Ocasiones ha habido en la historia, en las que más le hubiera valido al genio haber sido un obscuro zapatero.

¿Quién había de decir a Ana de Rojas que sus amores con aquel jóven simpático, de rubias barbas, de mirar alegre y vivo, de labia fina e ingeniosa, que tan bien había sabido enamorarla, serían conocidos después de tres siglos y habían de traer de cabeza a los eruditos para penetrar en los mayores secretos de su vida?

Sin embargo, mucho se ha investigado, muchos pa-

peles amarillentos han revuelto los cervantistas, y en este caso poco ha podido descubrirse.

La ocasión de saber que Cervantes tuvo una hija natural, llamada Isabel, fué que estando nuestro escritor en Valladolid, en 1605, donde entonces residía la corte, hallaron, a la puerta de la casa donde vivía con su familia, a un caballero llamado D. Gaspar de Ezpeleta gravemente herido. Todos los habitantes de la casa fueron detenidos, y, por consiguiente, la familia de Cervantes.

Entre las declaraciones está la de la hermana de Cervantes, Magdalena, que dijo: "Que posaba con su hermano Miguel de Cervantes é doña Andrea su hermana, y que allí están las dichas doña Isabel, *que es hija natural de dicho su hermano*, y doña Constanza, hija legítima de dicha doña Andrea„. Preguntada Isabel dice llamarse "doña Isabel de Saavedra, *hija de Miguel de Cervantes,* y es doncella y de edad de veinte años„.

Al tener noticia de estas declaraciones el biógrafo Navarrete, empieza a hacer consideraciones, y dice:

"Para tener entonces esta joven la edad de veinte años, debería haber nacido á mediados de 1585, cuando ya llevaba su padre más de seis meses casado con doña Catalina de Salazar. Por consiguiente, no podía llamarse *hija natural,* como la llama doña Magdalena, ni era regular que doña Catalina la permitiese vivir á su lado si fuese habida de otra mujer durante su matrimonio. Y como por otra parte es tan común en las mujeres—especialmente en las solteras —el aparentar menos edad, ó decirla al poco más ó menos, hemos creído que Cervantes, durante su residencia en Portugal, se apasionó y fué correspondido de alguna dama portuguesa, de cuyo trato resultó esta hija, llamándola Isabel, por ser nombre tan predilecto y de tanta devoción en aquel reino, á causa de contar á santa Isabel en el catálogo de sus reinas; conjetura que se confirma con las expresiones y elogios que hizo siempre de Portugal, y particularmente de Lisboa, y del amor y hermosura de sus mujeres... Esto parece más verosímil que el haber sido fruto de otros amores con alguna mora en Argel, como se ha

sospechado por los que refiere el cautivo con Zoraida en el *Quijote,* ó de Zara con D. Lope, uno de los cautivos del *baño*, en la comedia *El trato de Argel*.„

Estas reflexiones que se hizo el Sr. Navarrete dieron lugar a que durante mucho tiempo se hablase de los amores íntimos de Cervantes con la mora Zoraida o con una dama portuguesa.

Pero el infatigable y afortunado cervantista don Cristóbal Pérez Pastor ha disipado la duda en sus *Documentos cervantinos.*

Ni Zoraida—dice—ni la dama portuguesa, ni la misma doña Catalina Salazar, consideradas por unos u otros autores como madre de Isabel de Saavedra, pueden disputar a Ana de Rojas este derecho declarado y reconocido por su misma hija en documento tan solemne como su testamento, en el cual dice:

"En el nombre de Dios Nuestro Señor, amén. Sepan quantos esta carta de testamento última é postrimera voluntad vieren, como yo, doña Isabel de Cerbantes é Sayavedra. mujer de Luis de Molina, escribano de su magestad, *hixa de Miguel de Cerbantes y Ana de Roxas*, mis padres, difuntos, que hayan gloria, vecinos que fueron, y yo lo soy, desta villa de Madrid...„

Estimamos como caso muy probable—añade el señor Pérez Pastor—que Isabel de Saavedra nació antes de que Miguel de Cervantes casara con doña Catalina Salazar Vozmediano.

Consideramos también como muy probable que Isabel nació antes de que Ana de Rojas y Alonso Rodríguez contrajeran matrimonio, pues de otra manera no se explica que durante su minoridad Isabel llevase constantemente el apellido Saavedra.

Esto es realmente cuanto de positivo se sabe. Se ha querido investigar si Ana era hidalga, dama de alto copete o una mujer vulgar, y directamente nada se ha podido saber de ella. La habilidad y penetración del Sr. Pastor le han hecho encontrar documentos

que prueban que Ana de Rojas tuvo una hermana llamada Luisa, casada con un tal Francisco del Prado, de profesión cirujano y barbero, natural de Miguelturra, que sus padres fueron Juan de Villafranca y Luisa de Rojas, y que en la familia hubo un tío fraile, el padre Presentado, de la orden de la Merced. Casada Ana de Rojas después con un Alonso Rodríguez, se sabe que de este matrimonio tuvo otra hija, llamada Ana Francisca de Rojas, hermana de madre de Isabel, la hija natural de Cervantes. Y esto es todo, por ahora.

¿Cómo sería y quién sería Ana, la amante de Cervantes?

No lo sabemos. Hemos de contentarnos hoy con su nombre, que ese privilegio triste o venturoso tiene el genio, que cuanto le rodea vive también eternamente con él. Muy a propósito podemos decir, como Lope de Vega:

"¿Qué mayor riqueza para una mujer que verse eternizada? Porque la hermosura se acaba, y nadie que la mira sin ella cree que la tuvo, y los versos de su alabanza son eternos testigos que viven en su nombre. La *Diana*, de Montemayor, fué una dama natural de Valencia de Don Juan, junto á León, y Esla, su río, y ella serán eternos por su pluma. Así la *Filida*, de Montalvo; la *Galatea*, de Cervantes; la *Camila*, de Garcilaso; la *Violante*, de Camoens; la *Silvia*, de Bernaldes; la *Filis*, de Figueroa; la *Leonor*, de Corte Real...„ (1).

¿No es extraño que Cervantes no nos haya dejado ningún indicio de sus amores con Ana de Rojas en sus obras literarias? Quieren los eruditos cervantistas que la *Galatea* no sea, como lo es la *Dorotea*, una obra autobiográfica, y, al no serlo, nos falta el único fundamento para saber algo más de aquellos amores de la juventud.

(1) *La Dorotea*, acto II.

La Galatea.

—

"En medio de una vida tan agitada y de tan varios viajes y destinos había compuesto y concluído para fines de 1583 *La Galatea,* que fué la primer obra suya que publicó: novela pastoril, acomodada al gusto de aquel tiempo, característica de la edad juvenil de Cervantes, y en que, satisfaciendo su inclinación á la poesía y al cultivo de su lengua propia, quiso acreditar la fecundidad de su ingenio, dar á conocer alguna de sus aventuras ó sucesos particulares, alabar á los poetas ó dirigir á la dama, objeto de sus amores, un obsequio tanto más delicado y apreciable en aquellos tiempos, cuando se procuraba salvar el pudor y decoro propio del sexo con la artificiosa alusión de trasladar á los campos las situaciones de aquella pasión, pintándola al natural entre el candor y la inocencia de sus moradores.

El mismo Cervantes indicó en el prólogo que muchos de los pastores de su novela sólo lo eran de traje... Encubierto Cervantes, bajo el nombre de Elicio, pastor en las riberas del Tajo, refiere sus amores con Galatea, pastora nacida en las orillas de aquel río, y como al mismo tiempo que Cervantes publica-

ba estas aventuras galanteaba á una dama principal de la villa de Esquivias, llamada doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, con quien poco después contrajo esponsales, no puede quedar duda de que ésta fué la verdadera Galatea„ (1).

Hemos copiado de uno de los mejores biógrafos de Cervantes los párrafos anteriores, no sólo porque nos dicen quién fué Galatea,—según dicho autor—sino también porque describe en cuatro trazos lo que era la novela de Cervantes.

Pero los cervantistas de ahora, con su crítica documentada, han convertido en prosa vulgar lo que parecía un poema amatorio. Veámoslo en lo que dice un erudito escritor moderno (2):

"Es muy seguida la opinión de que en su novela pastoril refirió Cervantes sucesos relativos á sus amores con doña Catalina Salazar *(Galatea)* cuando la pretendía para esposa, disfrazándose él con el nombre del pastor *Elicio*.

En la dedicatoria dice Cervantes que constituye la *Galatea* las "primicias de mi corto ingenio„. En el prólogo manifiesta que el momento en que da su obra al público, éste no gusta ya de lo pastoril; alega en disculpa de hacer lo contrario "la inclinación que á la poesía siempre ha tenido y la edad, que habiendo apenas salido de la juventud, parece que da licencia á semejantes ocupaciones„. No era, por consiguiente, esta novela fruto de los treinta y siete años, ni con mucho.

Más adelante, en el mismo prólogo, censurando la conducta de aquellos que dan al público con demasiada ligereza lo que escriben, como la de otros que tardía y perezosamente se atreven á comunicar sus escritos, añade: "Huyendo destos dos inconvenientes, no he publicado antes de ahora este libro ni tampoco quise tenerlo para mí solo más tiempo guardado„.

Así, pues, si la tuvo inédita algunos años (desde que transpuso los límites de la juventud, *que da licen-*

(1) Navarrete.—*Vida de Cervantes.*

(2) Cotarelo.—*Efemérides cervantinas.*

cia a semejantes ocupaciones)—sigue diciendo el Sr. Cotarelo—y cuando volvió del cautiverio se hallaba en tales circunstancias, no parecerá aventurado suponer que la trajo ya escrita, al regresar a la corte.

Nótese que la *Galatea* encierra muchos miles de versos, en toda clase de metros, que no se hacen en poco tiempo, y se convendrá en que no pudo ser escrita después del regreso a España. Algunos biógrafos han pensado lo mismo; pero no queriendo abandonar la idea de una historia personal, han supuesto que el libro, empezado antes de salir Cervantes de España, recibió su fin cuando su regreso, y que doña Catalina de Salazar aguardó su vuelta con una constancia digna del grande hombre dueño de su corazón. Pero la implacable cronología rechaza esta poética leyenda, porque, habiendo salido de España Cervantes, cuando más tarde en 1569 y habiendo nacido doña Catalina en 1565, no pudo a los tres años y pico inspirar al seudo Elicio un afecto tan tierno y prematuro.

Hay que atenerse, pues, a lo que ciertamente resulta de los hechos. Cervantes, que tenía el alma de verdadero poeta, salió de España cuando las églogas y el género pastoril eran la última moda poética, y en sus viajes, en el tinelo del cardenal, en campaña, a bordo de la galera, en las guarniciones de Nápoles, Messina y Palermo compuso versos amorosos, que poco a poco fué colocando, intercalados entre la prosa de una novela pastoril.

Parece indudable, ante la lógica de los hechos, que Cervantes debió escribir *Galatea* en sus ratos de ocio de soldado, prosiguióla en los momentos de tranquilidad del cautiverio, y pulió y retocó a su regreso a España. Pero si se tiene en cuenta la opinión de otro cervantista (1), cabe aún la duda de cuando escribió Cervantes su novela:

(1) Navarro y Ledesma.—*El Ingenioso Hidalgo*, cap. XXVII.

"Quizás por su amigo D. Antonio de Toledo, ó por Mateo Vazquez, ó por D. Juan de Silva ó por otros cortesanos supo una intriga amorosa entre una dama de la corte y un caballero que vanamente la solicitaba, parte por desdenes de ella, que mal encubrían una afección segura, parte por miramientos de familia y de corte ó por oposición del mismo monarca, según con claridad manifiesta en el curso de la novela se hace notar, y de ahí arranca el dato generador de la *Galatea*, en quien no hemos de ver á doña Catalina de Palacios, después mujer de Cervantes, ni en el enamorado Elicio á Miguel...

Que hay en la *Galatea* algunas partes, singularmente las composiciones en verso, anteriores al resto de la obra y aun, casi de seguro, escritas mucho antes de venir Miguel á España, debe tenerse por seguro; que hay también trozos descriptivos y otros en que se propuso *enseñorearse del artificio de la elocuencia*, como él mismo dice, intercalados y zurcidos con los demás de la composición, es indudable. Los elementos principales para la obra ya los tenía en la memoria ó por escrito; *pero esa condensación y apasionamiento no hubo de verificarse hasta que Miguel volvió á verse en un medio bucólico y pastoril como el de Lisboa*, y en una sociedad cortesana cual aquella, donde había á diario veinte conflictos semejantes al indicado en la *Galatea*."

Muy atendibles son, pues, las tres opiniones expuestas. Pero nótese que todas ellas están basadas en conjeturas más o menos lógicas, y que aun después de meditadas todavía puede preguntar algún malicioso: *¿Quién sería Galatea?*

Sábese que por entonces cortejaba a la hidalga toledana que después fué su mujer. Sábese también que una mujer pasa por la vida de Miguel como una sombra sutil ante los curiosos ojos de los cervantistas, sombra que se desvanece cuando quieren acercarse indiscretamente a ella para conocerla. Sólo, dice, *soy Ana de Rojas; hija mía y de Miguel es Isabel de Saavedra*, y por más ingeniosos medios que se empleen la sombra de aquella mujer desaparece discretamente, desvaneciéndose en el misterio.

Las novelas pastoriles.

La novela pastoril nace en Italia y pronto se extiende por toda Europa como una moda literaria. Es un género delicado, de gustos aristocráticos, "un ensueño poético, el idealismo quimérico de los sentimientos que se agita en la encantadora irrealidad de un paisaje fantástico„ (1). La vida aquella de ideal tranquilidad y dulce sosiego en el campo, en el bosque, a la orilla de murmuradores arroyuelos; la vida del amor ingénuo y de los celos dolientes en plena naturaleza; las endechas de amor, sonando como arrullos de tórtola en las florestas, todo este idealismo es como un fuerte contraste de la vida real en aquella época de guerras tenaces, de sangrientas rivalidades entre los pueblos, de ambiciones, de conquistas, del vivir agitado y estruendoso de la primera mitad del siglo XVI.

No es literatura popular, como el romance que se vendía en pliegos de cordel en las esquinas de las calles; es literatura cortesana, que leen en los estrados a las damas los caballeros galantes y rendidos, que a

(1) Lanson.—*Historia de la literatura francesa*.

veces las declaran por este medio su mal de amores. Los pastores son amartelados galanes, las pastoras ingratas o casquivanas damas. Suele ser literatura de encargo o de adulación. Lope de Vega escribe la *Arcadia* e idealiza en ella los amores de su amo el duque de Alba. Jorge de Montemayor, en su *Diana enamorada,* narra sus quereres por una dama leonesa. La *Diana* de Gil Polo tiene su clave, que los contemporáneos sabían muy bien descifrar. Y si no son tan extravagantes como los libros de caballerías. son tan nocivos, pues si éstos desvarían la imaginación, los pastoriles estragan el sentimiento. En la biblioteca de Don Quijote juntos estaban los libros de caballerías y las novelas pastoriles, y cuando el cura, el ama y la sobrina hacen el solemne espurgo, quiere el cura salvar de las llamas las novelas pastoriles; pero el ama, con su buen sentido, protesta y le chilla al buen clérigo:

"Ay señor, bien les puede vuestra merced mandar quemar como á los demás; porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor y andarse por bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza.„

Y que al extravío de la razón del hidalgo manchego habían contribuído los libros de caballerías no cabe dudarlo; pero no olvidemos que los pastoriles habían tenido también alguna culpa, y la prueba es que, cuando vencido el valiente caballero, da su palabra de estar retirado un año en su aldea sin tocar las armas, ya que no puede ser caballero, obsesionado por las lecturas de sus libros, pretende ser pastor, y dice:

"Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, be-

biendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos ó de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los durísimos troncos de los alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la oscuridad de la noche; Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos.„

Propósito que el buen Sancho recuerda a Don Quijete, cuando vuelto a su juicio y en trance de morir, le dice con toda ingenuidad sanchopancesca:

—"Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama y vámonos al campo vestidos de pastores como tenemos concertado...„

Y Don Quijote responde amargamente:

—"Vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño; yo fuí loco, y ya soy cuerdo; fuí Don Quijote de la Mancha, y soy ahora Alonso Quijano el Bueno.„

El hermoso asunto de la pastora Marcela, intercalado en el *Quijote,* es una novela pastoril, sin las sutilezas ni rebuscamientos de la *Galatea*, y tan natural, que se ha dado el curioso caso de que en cierta academia que se estableció a mediados del siglo XVIII, en la ciudad francesa de Troyes, por gente harto desocupada y en demasía crédula, se trató en una Memoria de un *Proyecto de un viaje a España para averiguar y hacer constar un hecho importante en la historia del caballero D. Quijote*, cual era la muerte del pastor Crisóstomo por los desdenes de la pastora Marcela, por haber creído que pasó efectivamente como lo cuenta Cervantes. Trataban nada menos que de averiguar el año, lugar en que murió y fué enterrado Crisóstomo, sacar además un testimonio del testamento en que el pastor dejaba por

heredera a la hermosa Marcela, reconocer también la fuente del alcornoque en cuya proximidad sepultaron a Crisóstomo y buscar el epitafio que le dedicó su amigo Ambrosio y otras frioleras de este jaez. No era mala empresa la que se proponían, y si Troyes no estuviese casi al norte de Francia merecía estar próxima a Tarascon y que los troyenses fuesen paisanos de Tartarín. Todo lo cual redunda en mayor gloria de Cervantes.

Mas volviendo a lo artificioso y ridículo del género pastoril, el mismo Cervantes se burla donosamente en el *Coloquio de los perros,* por boca de *Berganza,* uno de los dos canes sabios del hospital de Valladolid, que había sido perro de pastor, cuando dice a su compañero, mofándose de los cánticos y del lenguaje almibarado de los pastores de las novelas:

"... si los míos cantaban—dice *Berganza,* acordándose de sus antiguos amos los pastores—no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un "Cata el lobo do va Juanica„ y otras cosas semejantes, y esto no al son de chirumbelas, rabeles ó gaitas, sino al que hacía el dar un cayado con otro, ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncas, que solas ó juntas parecía, no que cantaban, sino que gritaban ó gruñían. Lo más del día se les pasaba espulgándose ó remendando sus abarcas, ni entre ellos se nombraban Amarilis, Fílidas, Galateas y Dianas, ni había Lisardos, Lauros, Jacintos ni Riselos; todos eran Antones, Domingos, Pablos ó Llorentes, por donde vine á entender lo que pienso que deben creer todos, que todos aquellos líbros son cosas soñadas y bien escritas, para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna; que á serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida, y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes; y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora; acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro.„

Donosa y mordaz crítica del mismo género que

Cervantes cultivó en su juventud cuando escribió la *Galatea*.

Y para terminar, no podemos resistir al deseo de transcribir el párrafo siguiente de los *Coloquios satíricos*, de A. de Torquemada (1), autor anterior a Cervantes, párrafo hermosísimo, modelo de castellano castizo, en el cual se pintan las excelencias del campo tal como son, sin artificio alguno:

"Cuando los hombres comían por pan las frutas de los árboles, las hierbas, las simientes y raíces y los otros mantenimientos sin hacer las mezclas que agora hacen, no se les acababa la vida tan presto, y así vereis que los ciudadanos y ricos que no viven con otro cuidado si no de procurar de poner artificiosamente otro diferente sabor en los manjares del que consigo tienen, que no siguen la orden de la naturaleza como la seguimos los pastores, los cuales nos contentamos con comer las cosas que he dicho, y el pan de centeno tenemos por curiosidad para nosotros; cuando hallamos algunas frutas montesinas ó algunas hierbas comedoras y también algunas raíces sabrosas, deleitámonos en comerlas. Si matamos alguna liebre ó conejo con nuestros cayados, ó si tomamos con lazos y redes que armamos algunas aves, no los estimamos en tanto que se nos dé mucho por comerlas, por la costumbre que tenemos de contentarnos con lo que ordinariamente comemos, porque nunca nos falta esto que digo, con abundancia de leche y queso y manteca y cuajada que nos dan las cabras y ovejas; y cuando la sed nos acosa, buscamos las fuentes de las montañas, y llegándonos á ellas, miramos cómo salen aquellos chorros de agua á borbollones por medio de las venas de la tierra, y á donde vemos que la arena está más limpia y dorada, con unas pedrecillas pequeñas que con la claridad transparente de la agua están reluciendo, allí nos echamos de bruces y nos hartamos... Cierto que poco cuidado tenemos de los buenos vinos y sidras y cervezas y alojas, ni de los otros brebajes que se hacen, porque el no verlos ni tratarlos nos quita la codicia dellos y de los manjares sabrosos y delicados; el gusto, como está

(1) Nueva Biblioteca de Autores Españoles — *Orígenes de la Novela*, t. II.

hecho á comer y beber lo que digo, parécele que no hay cosa que mejor sabor tenga. Y, verdaderamente, muchos de nosotros, comiendo algunas veces de las cosas que no acostumbramos, por buenas que sean, nos revuelven los estómagos y nos hacen mucho daño; así que no sentimos falta dellas, ni las procuramos, antes nos reimos y burlamos de ver á las otras gentes con un error y cuidado tan grande en tener cosas bien aderezadas y muchos manjares bien adobados para hartarse dellos, los cuales, pasando por tantas manos tan envueltos y revueltos, no pueden ir con aquella limpieza que lo que nosotros comemos, aunque á todos os parezca el contrario de esto. Y dejando lo que toca al comer y beber, muy gran ventaja es la que haga la vida pastoril á la de todas las otras gentes, en la quietud y reposo, viviendo con mayor sosiego, más apartados de ciudades y de todas las zozobras que el mundo suele dar á los que le siguen; las cuales son tan grandes y tan pesadas cargas, que si las gentes quisiesen vivir por la vida natural, habían de procurar por todas las vías que pudiesen de huirlas y apartarse dellas; pero no viven sino contra todo lo que quiere la naturaleza, buscando riquezas, procurando señoríos, adquiriendo haciendas, usurpando rentas, y todo esto para vivir desasosegados y con trabajos, con revueltas y con grandes persecuciones y fatigas. Los que somos pastores, el mayor cuidado que tenemos es de dormir muy descansadamente; muy pocas cosas nos hacen perder el sueño si no estamos en alguna parte donde tengamos temor á los lobos. A donde quiera que vamos hallamos muy buena cama, que es la tierra, en la cual nos acostamos sin hallar menos los colchones y cabezales blandos, ni las sábanas delgadas y mantas de lana fina... Cuando viene la mañana, alegróme con la luz;

estoy mirando el lucero que viene como guía del resplandeciente sol, miro cómo se está descubriendo poco á poco, cómo tiende sus claros rayos sobre la haz de la tierra... Oyo los cantos de las aves á las mañanas y á las tardes, que también con su dulce harmonía parecen música del cielo, y, en fin, veo pocas cosas que me den enojo y pocas que me desasieguen; como no veo lo que pasa en el mundo, tampoco lo codicio, ni parece que me falta nada...„

Casamiento de Cervantes.

En el libro de matrimonios y difuntos de Esquivias, al folio 95, está registrado el casamiento de Miguel de Cervantes con doña Catalina de Palacios:

"*En 12 de Diciembre (1584) el reverendo señor Palacios, digo, Juan de Palacios, Teniente, desposó á los señores Miguel de Cervantes, vecino de Madrid, y doña Catalina de Palacios, vecina de Esquivias. Testigos Rodrigo Mexía. Diego el Mozo y Francisco Maras.*—El Dr. Escribano.„

¿Quién es esta doña Catalina de Palacios? La hija de unos hidalgos de lugar, de Hernando de Salazar y doña Catalina de Palacios. Los Salazar, por parte del padre, son gente de rancia hidalguía, que han vivido antes en Toledo. Toledanos son también los Palacios, por parte de la madre, avencindados de largo tiempo en Esquivias. Son las dos familias de esas hacendadas que hay en los pueblos, que tienen tierras, viñas, unos cuantos pares de mulas, criados y viven rodeadas del respeto y consideración de sus convecinos: la aristocracia rural.

Cervantes es pariente lejano de los Salazar. ¿Ycómo fué conocer a doña Catalina? La vida es una sucesión

de actos, algunos de ellos insignificantes en las intenciones, trascendentales en sus consecuencias. Uno de estos hechos insignificantes sería, por ejemplo, que estando Esquivias tan próximo a Madrid, tuviera Miguel curiosidad, más bien necesidad, de conocer a sus parientes. Vería a la Salazar, doncella de diecinueve años, hidalguilla simpática, no burda labradora, sino lo que hoy llamamos una señorita de pueblo, instruída, bien educada, muy religiosa y recatada... ¿Fué amor o interés lo que impulsaría a Miguel a cortejarla? Rica realmente no lo era, pues su matrimonio no le produjo grandes bienes. La dote de doña Catalina ascendía a 4.258 reales (1). Si él, Cervantes, hubiese sido otro hidalguillo de lugar y si se hubiese conformado con residir en Esquivias, al cuidado de la hacienda, hubiera tenido lo suficiente para vivir holgadamente la vida de un hidalgo de pueblo. Pero lo más probable es que se casó por simpatía, y sin duda desde el punto de vista que se considere, el matrimonio de Miguel fué un hecho en el cual hubo poco lugar para la reflexión.

Lo que sí se sabe es que hubo cierta oposición de

---

(1) En la dote de doña Catalina figura un célebre majuelo, que después, en su testamento lega en usufructo a su marido, gravado con cuatro misas cada año. Pero «muerto el marido, el usufructo del majuelo pasa por dos años á la sobrina doña Constanza de Ovando con la misma carga de misas.

Corridos dos en el disfrute por la sobrina, pasa el famoso majuelo, siempre en usufructo, al hermano de doña Catalina, D. Francisco de Palacios, clérigo, elevando de cuatro á ocho las misas y añadiendo la obligación de entregar anualmente á su otro hermano, fray Antonio de Salazar 50 reales para libros ó para lo que él quisiere.

Y fenecidos los tres usufructuarios, hereda el majuelo la iglesia de Esquivias, no sin obligarla anualmente á treinta misas y á dos fiestas, en San Pedro y San Francisco, más la entrega de 100 reales para libros ó para lo que quiera su hermano fray Antonio, si aún viviese.

Me parece que no se le pueden dar más vueltas á un majuelo de cuatro aranzadas, poco más ó menos».—Gómez Ocaña, *El autor de Quijote*.

parte de los hidalgos toledanos en otorgar la mano de doña Catalina a aquel joven, muy simpático, muy despejado, con aspecto de cortesano, de aire desenvuelto y que había *visto mucho mundo*—como dicen todavía en los lugares, — pero que no tenía más caudal que su buena presencia y simpatía y que *hacía versos* allá en la corte. ¡Vaya usted hoy día, en estas mismas condiciones, a pretender a la hija de un labrador rico, y le ocurrirá lo mismo que a Cervantes! Con fundamento o sin él, Esquivias tiene su leyenda para estos amores: créese allí que un tío de doña Catalina, viejo hidalgote, gruñón y severo, se puso por medio, y dió mucho que sentir a los novios. Cervantes después—dicen—se vengó convirtiendo al tío de Catalina, llamado Alonso Quijada, en el hidalgo manchego de su *Don Quijote*. Dada, pues, la oposición, es de presumir que la que decidió el pleito fué la misma doña Catalina, la cual, a pesar del disgusto de la familia, se enamoriscó de Miguel, quién no dejaría de poner toda la industria de su ingenio en tal empresa. La verdad es que los Palacios no perdonaron nunca a Cervantes su triunfo, y que su cuñado, el clérigo Juan de Palacios, el que les dió la bendición nupcial, hizo a Miguel una guerra sorda toda la vida.

Por lo pronto, éste no podía vivir en aquel ambiente pueblerino. Algo grande le bullía en el cerebro, y Esquivias, entre gente zafia y lugareña, no era lugar a propósito para que *aquello* que él sentía pudiera llegar a fruto de bendición. Y el matrimonio se fué a vivir a la corte. Allí tiene amigos, admiradores de su *Galatea;* en los corrales de Madrid se representan obras suyas, y es ya poeta estimado por los ingenios de la corte. ¿Qué iba a hacer Miguel en aquel lugaron de Esquivias?

Prueba de que Cervantes era ya poeta conocido es que, un año después, se publica en Madrid un *Jardín espiritual*, colección de poesías de autores conocidos, entre ellos Lope de Vega, dado a luz por un fray Pedro de Padilla, y entre los poetas figura Cervantes

con tres composiciones (1). Quizá también por entonces le aplaudieran las comedias *Los tratos de Argel*, *La destrucción de Numancia* y *La batalla naval* en los corrales de Madrid. Se sabe también que en esta época trata a Lope de Vega, a los Argensolas, a Vicente Espinel, que figuraban ya como autores de nota, y como a tal consideran ellos también a Cervantes.

Durante unos dos años vive con su mujer en Madrid, haciendo alguna que otra escapatoria a Esquivias. Después, ¿qué ocurre? La necesidad o el espíritu aventurero impulsaron a Cervantes a dejar a su mujer y marcharse él a Sevilla en busca de algún cargo productivo que quizás le han prometido darle. El mismo recuerda su decisión de abandonar la corte cuando dice, en el prólogo de sus *Comedias:* "tuve otras cosas de que ocuparme, dejé la pluma y las comedias...„.

En Esquivias queda doña Catalina con su familia. Y aventurado es formar juicios temerarios sobre si condenar a Miguel por abandonar a su mujer o a ésta por no acompañar a su marido. Sea lo que fuere, lo cierto es que durante los treinta y dos años que estuvieron casados, exceptuando los dos primeros y los diez últimos, veinte años vivieron cada uno por su lado sin tener hogar propio. Y si se quisieran hacer suposiciones la ocasión se presta bien a ello. Pero no: con razón dícese vulgarmente que cada vida es un misterio, y ante el misterio íntimo de este período de la vida de Cervantes no hay más que consignar el hecho sin hacer comentarios ni suposiciones temerarias. Sobre todo, que no hay documentos en que fundamentarlos. Pero el solo hecho de una tan larga separación da, seguramente, motivo para creer que el matrimonio no fué feliz ni hubo esa penetración de afectos que engendra la vida diaria y el compartimiento de los azares de la existencia entre marido y

(1) Publicadas en todas las colecciones de versos de Cervantes.

mujer. Faltaron también los hijos en aquel matrimonio estéril, y no tuvieron, por tanto, la querencia al hogar, en el cual los pequeñuelos crean obligaciones y preocupaciones, que son como un remachamiento de la unión matrimonial.

Creemos que es apasionado el juicio que el Sr. Navarro y Ledesma forma sobre esta anómala situación, cargando toda la culpa sobre la mujer de Cervantes, como si éste no tuviera alguna en aquel desaguisado conyugal.

"Es un hecho curioso—dice—este de que los historiadores no hayan reparado cómo Cervantes pasó lo mejor de la vida separado de su mujer, sin que esta excelente señora pareciera estremecerse ni afectarse por ello. ¿Qué esperaba doña Catalina de Miguel? ¿Le consideraría aún como el calavera hecho a andar entre cómicos y danzantes, y por eso le dejaba a su antojo vagar por Andalucía en dudosas comisiones? ¿Pensaba que Miguel estaba allí haciendo una carrera provechosa y de porvenir? Y creyese lo uno ó lo otro, ¿dónde se ve el amor de doña Catalina a su marido? ¿Dónde la solicitud y el interés por los sucesos de su vida?

„Es la verdad—dice también el Sr. Rodríguez Marín—(1) que el insuperable ingenio no se llevaba nada bien con doña Catalina, siquiera formalmente no diesen nunca por rota la recia coyunda matrimonial, y que esa frialdad de trato, debida en gran parte á parecerse poquísimo las sendas Minervas de entrambos cónyuges, hubo de hacerse nieve luego que la adusta hidalga de Esquivias llegó á saber que su marido tenía bastarda sucesión.„

Nótase en la mayoría de los cervantistas cierta antipatía por doña Catalina, cuya figura fría y pasiva les es poco agradable; ¿pero fué la culpa sólo suya y no influyó en ello la conducta de su marido? Es cierto que muestra más inclinación por su hermano el clérigo que por el marido. Pero el hermano es astuto e interesado y ejerce sobre doña Catalina una influen-

(1) *Rinconete y Cortadillo*, edición crítica.—Sevilla, 1905.

cia que Cervantes no puede contrarrestar estando ausente. En una palabra: débese dejar este pleito por sentenciar a falta de pruebas.

Diez años sobrevivió doña Catalina a Cervantes. Murió en Madrid el 31 de Octubre de 1626, a los sesenta y un años, viviendo en la calle de los Desamparados, y fué enterrada en el convento de las Trinitarias, donde también reposaba ya el cuerpo de su marido.

El Teatro antiguo.

Cuando, a los sesenta y ocho años, en 1615, uno antes de su muerte, publica Cervantes, en un tomo, sus *Comedias y entremeses*, en el prólogo de la obra se complace en recordar con cariño sus juveniles tiempos, cuando vió representar al famoso Lope de Rueda, bien fuese en Sevilla, Valladolid o Segovia o en Madrid, y al evocar sus recuerdos nos esboza con su pluma, en cuatro trazos, lo que era el Teatro en aquel tiempo:

"Días pasados—dice—me hallé en una conversación de amigos, donde se trató de comedias y de las cosas á ellas concernientes... Tratóse también de quién fué el primero que en España las sacó de mantillas y las puso en toldo y vistió de gala y apariencia. Yo, como el más viejo que allí estaba, dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento. Fué natural de Sevilla y de oficio batihoja, que quiere decir de los que hacen panes de oro. Fué admirable en la poesía pastoril, y en este modo, ni entonces ni después acá, ninguno le ha llevado ventaja; y aunque por ser muchacho yo entonces no podía hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por

algunos que me quedaron en la memoria, vistos agora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho.„

La forma de como se representaban entonces los pasos de Lope de Rueda nos la da también, trazando un curioso cuadro del Teatro á mediados del siglo XVI:

"En tiempos de este célebre actor todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un corral y se cifraban en cuatro pellicos blancos, guarnecidos de guadamesí dorado, y con cuatro barbas y cabelleras, y cuatro calzados, poco más o menos. No

había figura que saliese del centro de la tierra por lo hueco del teatro, el cual componían cuatro bancos en cuadro, y cuatro ó seis tablas encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmos; ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles ó almas. El adorno del teatro era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacía lo que llamaban vestuario, detrás de la cual estaban los músicos, cantando sin guitarra algún romance antiguo.„

Pero cuando, entre los años de 1583 a 1587, se representan en Madrid más de veinte comedias de Cervantes—según nos dice también en el citado prólogo—ya había cambiado bastante el aspecto de los corrales, que sin dejar de ser pobres de apariencia y de distribución muy incómoda, eran ya lugares destinados ex-

clusivamente a representaciones. Y para que la descripción que a continuación hacemos sea aún más sugestiva, hemos de compararlos con la suntuosidad y elegancia de los teatros modernos, en los cuales el arte y la comodidad se hermanan para hacer brillantísimas las salas, deslumbrantes de riqueza y de buen gusto. No hemos estado ninguna vez en el teatro Español—antiguo corral de la Pacheca—sin hacer la comparación, representándonos el antiguo corral allí donde ahora, aun en su modestia, hay una sala severa y entonada, con algo de templo del Arte.

Madrid, poco importante en la primera mitad del siglo XVI, no tenía ningún teatro fijo ni regular, y sólo desde el año de 1561, en que esta villa se convirtió en en corte de los reyes, comenzó a aumentarse rápidamente su población y riqueza, y atrajo a su seno muchas compañías errantes, haciéndose sentir la necesidad de construir un edificio destinado a sus representaciones. Los primeros pasos que se dieron para remediar este inconveniente están relacionados con objetos bien extraños a todo esto.

En el año de 1565 formaron varios habitantes principales de Madrid una hermandad, que se tituló de *La Sagrada Pasión*, con el objeto de alimentar y vestir a cierto número de pobres; pero poco después se extendieron más sus atribuciones, cuando, bajo la protección del rey y del Consejo de Castilla, se encargó de la dirección de un hospital para mujeres pobres y enfermas. Para subvenir a los gastos de este hospital, que se fundó en la calle de Toledo, concedió el cardenal Espinosa un privilegio exclusivo a la cofradía de la Pasión de arrendar a los actores que viniesen a Madrid el local necesario para sus representaciones.... La cofradía de la Pasión destinó tres lugares a la representación de las comedias: un corral en la *calle del Sol* (1); otro que alquiló para este

(1) ¿Será la Puerta del Sol?—se pregunta Mesonero Romanos en el *Antiguo Madrid*, tomo I.

servicio, y era propiedad de Burguillos, en la del Príncipe; y el tercero en la misma calle, perteneciente a Isabel Pacheco. Según indican los datos más antiguos, ya en el año de 1568 se dieron representaciones en estos teatros. El alquiler pagado al principio fué muy escaso (seis reales por representación); pero subió tanto al poco tiempo, que llegó a ser la renta más crecida del hospital, y sin ella hubiesen faltado los recursos para atender a los enfermos.

En 1579 hubo nueva mudanza en los teatros de Madrid, pues las cofradías de la Pasión y de la Soledad compraron otro corral en la calle de la Cruz y en poco tiempo lo habilitaron. Este teatro, llamado de la *Cruz* o de las *Obras pías*, superó por su extensión y comodidades a todos los demás, hasta tal punto, que sólo el de Isabel de Pacheco compartió con él, aunque menos frecuentado, los favores del público y de los actores.

Los corrales eran patios que daban a las casas vecinas. Las ventanas de estos edificios contiguos, provistos ordinariamente de rejas y celosías, hacían las veces de palcos. Las del último piso se llamaban *desvanes* y las de abajo *aposentos*. Estas ventanas, como los edificios de que formaban parte, eran propiedades de distintos dueños, y cuando no las alquilaban las cofradías, quedaban a disposición de aquéllos, aunque con la obligación de pagar anualmente cierta suma por disfrutar del espectáculo. Debajo de los aposentos había una serie de asientos en semicírculo, que se llamaban gradas, y delante de éstas el patio, espacioso y descubierto, desde donde las gentes de la clase más ínfima veían de pie el espectáculo. Este linaje de espectadores, así a causa del tumulto que promovían, como por sus ruidosas demostraciones, se llamaban *mosqueteros*, sin duda porque su alboroto se asemejaba a descargas de mosquete. En el *patio*, y cerca del escenario, había filas de bancos, probablemente también al descubierto, como el patio, o resguardados, a lo más, por un toldo de lona, que los

cubría. Una especie de cobertizo preservaba a las gentes de la intemperie. En el fondo del corral había otro departamento, que se llamó la *cazuela* o el *corredor de las mujeres.*

La hora ordinaria en que comenzaba la función era la de las dos de la tarde. Al principio sólo había representaciones los domingos y días festivos; pero a causa de la creciente afición se hicieron también en los de trabajo, dos días a la semana, los martes y jueves, y los tres días de Carnaval. Cerrábanse los teatros el miércoles de Ceniza y no se abrían hasta la Pascua (1).

Interesante es la descripción que un escritor moderno nos hace del antiguo corral de la Pacheca (2).

"Pasaron—dice, refiriéndose a los que iban a la representación—por una puertecilla estrecha, donde estaba el cobrador de la compañía, que recibió los doce maravedís (unos diez céntimos) de cada uno por la primera entrada. Más adelante, a otro cobrador, en la segunda puerta, abonaron los veinte maravedíes de cada asiento de banco y penetraron en el interior del corral.

Era un gran espacio, alargado y curvo por una de sus cabeceras (la cazuela), siendo la otra el tablado. Estaba descubierto, excepto el escenario, la cazuela y un tejadillo que a los costados amparaba las gradas (3). Por encima de todo, sujeto con cuerdas y argollas, había un gran telón o toldo de anjeo que velaba el sol y aumentaba las medianas condiciones acústicas del local. El piso era de piedra, con ligero declive hacia el centro, y en él un sumidero para las aguas pluviales. A los lados estaba limitado por las paredes de las casas contiguas, que teniendo el derecho de abrir ventanas, las utilizaban para ver las comedias. Pero los dueños cedían este derecho a los arrendatarios mediante cierta cantidad, y sufrían las molestias de dar paso al público para estas ventanas,

---

(1) *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, por A. Schack

(2) Emilio Cotarelo.—*El hijo del Conde-Duque.*

(3) Sólo para hombres; la cazuela era para las mujeres.

que unas tenían rejas y otras celosías. Era el sitio más estimado de todos, ya porque no se entraba por el teatro, ya porque se podía ver sin ser visto y ya porque, siendo verdaderas habitaciones, solían los poseedores convidar a sus amigos a merendar y charlar libremente. Así es que príncipes y grandes señores disfrutaban con predilección de estas ventanas y rejas.

Algo más abajo y también mezclado en ellas, estaban los aposentos que se alquilaban para familias, costando en la época en que aludimos diecisiete reales cada uno. Más abajo todavía, pero bastante levantadas del suelo, veíase la cazuela, en el fondo, y las gradas, a los lados.

Y ya en el terreno o patio había, ante el escenario, casi al propio nivel, los bancos de tres personas, que podían tomarse, por entero, a costa de un real de plata, y por asiento a veinte maravedíes. Detrás de ellos y separados por una gran viga, a la altura del cuello, por lo que le llamaban *degolladero*, quedaba el espacio destinado a la gente de a pie (los mosqueteros), que sólo pagaban los doce maravedíes.

En lo más alto del edificio había unos palcos, estrechos y oscuros, que llamaban *tertulias*, *aposentillos* y *desvanes*. Eran los sitios preferidos por los ancianos y religiosos. Estos últimos gozaban alguna ventaja en el precio de sus lugares.„

Hoy, cuando leemos una comedia de Lope de Vega, no nos explicamos cómo dentro de un mismo acto pudieran hacer mutaciones tan rápidas como de un bosque a una calle, de una choza al palacio real, acostumbrados como estamos a que se nos presenten las escenas con toda propiedad, tanto que en muchas ocasiones llega a decidir el éxito de una obra el decorado y vestuario. Y es porque "el público toleraba que en el artificio de las decoraciones se pasara súbitamente desde la selva al palacio o desde la gruta al castillo sin moverse del lugar ni cambiar los cachivaches del escenario. Bastaba que el recitante se ocultara un segundo tras uno de los colgajos que servían de telones y que volviese a presentarse, diciendo: "Ya estamos en el palacio, castillo, iglesia o en la gruta„ (1), para que

(1) Ricardo Sepúlveda.—*El corral de la Pacheca*, Madrid, 1888.

aquellos ingénuos espectadores se forjaran la ilusión de una mutación. Lo principal entonces era que el actor declamase con voz robusta y que el recitado tuviese tonos de canturia, desconocidos hoy, y que la comedia tuviera lances rápidos e imprevistos, que el bobo interrumpiera las situaciones más graves con sus chocarrerías, que los versos fueran sonoros y enérgicos, y el público quedábase tan satisfecho.

Hoy todavía, en pueblos y aldeas, se representan las obras, como en el siglo XVI, en corrales y sin decorado alguno, sirviendo de telón una sábana y de decoración el fondo de una cuadra. El alcalde preside en el tablado, como antaño, e interrumpe a veces la representación con su aprobación o sus protestas cuando le viene en gana. La entrada al espectáculo, también como antaño hacían los cómicos trashumantes, se paga en dinero o en especies, como un chorizo o un huevo. Los que conozcan la vida rural saben que no exageramos.

Bien lejos estaban las representaciones de efectuarse con el silencio y compostura de ahora. Aun durante la función, sobre todo si no agradaba, era una continua algarabía de voces, chillidos y silbidos como en nuestras plazas de toros. Sólo en el teatro del Buen Retiro, que mandó construir Felipe IV, se representaba con el comedimiento debido. Cuenta Pellicer en sus *Avisos*—algo como un diario que aparecía periódicamente a mediados del siglo XVII—que un día tuvo la reina el capricho de ver en el teatro de la corte una comedia representada con igual bullicio que el de los corrales. Y Pellicer da la noticia siguiente, refiriéndose a la función:

"Asimismo, para que viese todo lo que pasa en los corrales en la cazuela de las mujeres, se ha representado bien al vivo, mesándose y arañándose unas, dándose vayas otras y mofándose los mosqueteros. Han echado entre ellas ratones en cajas, que, abiertas, saltaban, y ayudado este alboroto de silbatos, chiflos y costraderas, se hace espectáculo más de gusto que de decencia."

¿Y como al tratar del Teatro antiguo hemos de olvidar al pícaro soldado y al cómico pícaro Agustín de Rojas y su *Viaje entretenido*, en el cual, entre sus aventuras, nos cuenta las de su vida de cómico? Imposible resistir en esta ocasión a transcribir una de sus aventuras, que servirá para formarse idea de lo que era la vida de la farándula en aquellos tiempos:

"Fuimos aquella noche á otro lugar, donde ya llevábamos orden para ganar de comer. Pedí licencia, busqué dos sábanas, pregoné la Egloga, procuré una guitarra, convidé á la huéspeda y díjele á Solano que cobrara. Y al fin, la casa llena, salgo á cantar el romance de "Afuera, afuera; aparta, aparta„: acabada la copla, métome, y quédase la gente suspensa, y empieza luego Solano una loa, y con ella enmendó la falta de la música. Vístome una sábana y empiezo mi obra, cuando salió Solano de Dios Padre, con otra sábana abierta por medio y toda junto á las barbas, llena de orujo, y una vela en la mano; entendí de risa ser muerto. El pobre vulgo no sabía lo que le había sucedido; pasó esto, é hice mi entremés de bobo, dejé la coleta del huevo, y llegóse al punto de matar al triste Abel, y olvidóseme el cuchillo para degollarle y quítome la barba y degolléle con ella. Levantóse la chusma y empieza á darnos grita; supliquéles perdonasen nuestras faltas porque aún no había llegado la compañía. Al fin, ya toda la gente rebelada, entra el huésped y dice que lo dejemos, porque nos quieren moler á palos. Con este divino aviso, pusimos tierra en medio, y aquella noche nos fuimos con no más cinco reales que se habrían hecho. Después de gastar este dinero, vendido lo poco que nos había quedado, comido muchas veces de los hongos que cogíamos por el camino, dormido por los suelos, caminando descalzos (no por los lodos, sino por no tener zapatos), ayudando á cargar á los arrieros, dar agua á las mulas y sustentándonos más de cuatro días con nabos,

sutilmente llegamos una noche á una venta donde nos dieron entre cuatro carreteros que estaban allí juntos veinte maravedís y una morcilla porque les hiciéramos la comedia. Con esta vida penosa y esta notable desventura llegamos al fin de nuestra jornada. Solano en cuerpo y sin ropilla (que la había dejado empeñada en una venta), y yo en piernas y sin camisa, con un sombrero grande de paja, con mucha ventanería y vuelta la copa á la falda, unos calzones sucios de lienzo y un coletillo muy roto y acuchillado...„

De los corrales antiguos de la corte sólo queda el recuerdo histórico. Unicamente subsiste el corral de la Pacheca, que después de ser modificado en 1745, agrandándole, lo destruyó un incendio en Julio de 1802. El Ayuntamiento de Madrid lo reedificó en 1806. Pero su aspecto era tan pobre, que en 1840, entre otras modificaciones, se repararon las sillas, que llevaban nada menos que treinta y siete años de servicio, y que algunos preferían llevar de sus casas. En 1867 se hizo la fachada que hoy tiene y desde dicho año se le llama teatro Español.

Hoy en día es como esas viejas casas solariegas que viven de la gloriosa tradición, que sus hidalgos dueños quieren conservar a toda costa con parches y reparaciones. ¡Veneranda ruina, templo ruinoso del Arte, dentro de cuyos muros está latente la historia del Teatro español durante cerca ya de cuatro siglos!

"Los recuerdos histórico-literarios de aquellos antiguos corrales ó coliseos (el de la Cruz y el del Príncipe)—dice el Sr. Mesonero Romanos—(1) nos llevarían muy lejos, y son, por lo demás, bastante conocidos; sólo diremos que en ambos, indistintamente, brillaron en su tiempo (al paso que en los suntuosos del Buen Retiro, de Palacio y de los sitios del Pardo y de la Zarzuela) las populosas musas de Lope de Vega, Tirso, Moreto y Calderón; que el primero solía dar preferencia al de la Cruz, y también el monarca Felipe IV, tan aficionado á este espectáculo, que solía

(1) *El Madrid antiguo*, tomo I.

asistir de incógnito á él entrando por la plazuela del Angel y casa contigua (1). Don Rodrigo Calderón, el duque de Lerma y otros magnates preferían, por el contrario, asistir al del Príncipe, donde tenían aposento con *celosía*.„

---

(1) El teatro de la Cruz estaba situado al final de la calle del mismo nombre. El Sr. Mesonero Romanos vió derribarlo para continuar la calle de Espoz y Mina hasta la plaza del Angel.

En Sevilla.

1

El primer nombramiento que tiene Cervantes en Sevilla parece ser que es el de comisario de provisiones, para acopiar grandes cantidades de víveres con destino a la *Armada Invencible*, que abasteciéndose estaba en Lisboa antes de salir para Inglaterra. Terminada esta primera misión, continúa desempeñando durante más de quince años diferentes cargos de proveedor de galeras, recaudador de impuestos y agente ejecutivo, que hacen que recorra casi toda Andalucía con misiones tan pesadas y enojosas.

"Dolor y fatiga—dice un cervantista (1)—causan aún hoy ver al infeliz Cervantes bregar con tantos miles de arrobas de aceite, de fanegas de trigo y cebada, tratar con arrieros, molineros, carreteros, bizcocheros, alguaciles y demás gente de este jaez; rendir tres, seis y ocho veces una misma cuenta; prestar multitud de fianzas; sufrir excomuniones inmotivadas y encarcelamientos por quejas ajenas; litigar pleitos injustos; caminar de un lado á otro sin descanso en invierno y en verano, por diez y doce reales de salario, y al cabo de todo este inmenso trabajo salir más pobre que había entrado en él."

(1) E. Cotarelo.—*Efemérides cervantinas.*

Es verdaderamente raro este período de la vida de Cervantes, Ciertamente que en aquella época el cultivo de las letras, aun siendo autor de nota, no era muy productivo y se necesitaba contar con una posición más segura y positiva que la de escritor para poder vivir. Era costumbre entonces acudir a la protección de algunos de los próceres, que bien por afición a las buenas letras o por simple vanagloria, se dedicaban a proteger a los autores de valía, sirviéndoles éstos de secretarios o confidentes. No se sabe positivamente si fué por que Cervantes tuvo un carácter independiente, que le impedía ser adulador para conseguir una de estas protecciones, o si llevado de un temperamento aventurero prefirió aquella vida errante de peligros y emociones, aunque harto cansada, a vivir en un palacio y ser criado más o menos distinguido, pero criado al fin, de un duque de Alba, de Sessa o de Lerma. Quizás se propusiese lograr, por medio de sus servicios, que al fin le diesen un cargo bien retribuído en la Administración del Estado. Y algo intenta cuando a los tres años de haber desempeñado tan diversos empleos en Andalucía presenta, en 1590, un memorial al rey, acompañado de la información del cautiverio en Argel y de sus servicios como soldado. En la solicitud dice:

«Pide y suplica humildemente, cuanto puede á V. M. sea servido de hacerle merced de un oficio en las Indias de los tres ó cuatro que al presente están vacos, que es uno la contaduría del nuevo reino de Granada ó la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, ó contador de las galeras de Cartagena, ó corregidor de la ciudad de la Paz; que con cualquiera de estos oficios que V. M. le haga merced lo recibirá; porque es hombre hábil y suficiente y benemérito para que V. M. le haga merced; porque su deseo es continuar siempre al servicio de V. M. y acabar su vida, como lo han hecho sus antepasados, que en ello recibirá muy gran bien y merced.»

Este memorial pasó, por orden del rey, al presidente del Consejo de Indias. Y como Cervantes no tenía ningún protector de empuje, al pie del memorial es-

tamparon este decreto: "*Busque por acá en qué se le haga merced*„, que fué como negarle lo que pedía. Y siguió aquella azarosa vida por ciudades y pueblos andaluces, bregando con concejos marrulleros y ladinos labradores, que ponían astutamente toda clase de dificultades a los proveedores.

La residencia oficial de Miguel estaba en Sevilla. Allí descansaba de sus comisiones, y cuando éstas terminaban pasaba a veces largos períodos cesante, llevando una vida de verdaderos trabajos y privaciones. En cierta ocasión, según un documento cervantino, tan apurado debió de verse, que necesitando hacerse ropa, tuvo que buscar un fiador para poder comprar cinco varas y media de raja de mezcla, a 20 reales la vara, tardando cuatro meses en poderlo pagar (1). Y mucha culpa de sus apuros la tenía, a veces, el atraso de las pagas, pues en cierta ocasión llegaron a deberle 112.608 maravedíes por el salario de doscientos setenta y seis días, a razón de 12 reales diarios, que ganó en una comisión que desempeñó en Ecija. Pero lo cierto es que, fuese debido al retraso en cobrar o a ser poco previsor, Cervantes pasó en Sevilla temporadas en que, si no llevó la vida bohemia, poco faltó. Y no sería aventurado creer que en aquella vida libre y azarosa de Sevilla, Cervantes, en sus ratos de ocio, siempre observador y amigo de lances arriesgados, se complaciese buscando en aquel ambiente de miseria y podredumbre de la vida sevillana, y se encontrase cara a cara con Monipodio, el amo del hampa sevillana, y tratase muy de cerca a los rufianes matones Chiquiznaque y Maniferro, y conociese a la madre Pipota y oyera las desvergüenzas de la Cariharta y de la Gananciosa, y observando de cerca sus costumbres y anotando cuidadoso rasgos pintorescos se complaciera en presentarlos después en ese cuadro maravilloso de costumbres rufianescas que

(1) P. Pastor.—*Documentos*, II.

tituló *Rinconete y Cortadillo*, novela admirable de observación y de pintura realista (1).

Otro desfile de tipos muy curiosos del hampa sevillana hay también en su comedia *El rufián dichoso*. *El Lebrija*, *el Lobillo, el Patojo*, *la Salmerona* eran *gentes distinguidas* en Sevilla, que Cervantes, curioso y observador como artista, conoció bien y frecuentó sus chamizos, llevado de su ansia de ver y anotar siempre cuanto podía saciar su imaginación. Y nótese cómo Cervantes, en pleno siglo XVI, guardaba los principios de la escuela naturalista y daba quince y raya a Zola, que tanto se ufanaba de estudiar sus tipos en la misma realidad.

Y bien a las claras se ve que Cervantes estaba mucho más a gusto en Sevilla que en el Madrid cortesano, donde no faltaba también, al lado de la vida fría y ceremoniosa de la corte, el hampa de pícaros e intrigantes; pero sin aquel ambiente alegre y despreocupado, aquella gracia espontánea, aquel ingenio vivo y natural; y sabido es que Cervantes, por la gracia, por el humorismo irónico, por la riqueza de imaginación más que alcalaíno parece sevillano.

Y así, unas veces ejerciendo los cargos que podía conseguir de comisario o ejecutor, otras descansando forzosamente en Sevilla de sus comisiones, a ratos entregado por completo a la vida bohemia en el ambiente aquel de libertad y de vida alegre, a ratos absorbido en anotar, dar forma y escribir versos y romances y quizás algunas de las novelas que después publicó, pasó Cervantes en Andalucía, sobre todo en Sevilla, una parte de la suya.

---

(1) Veáse la edición crítica de *Rinconete y Cortadillo*, de Rodríguez Marín, donde trata magistralmente de la vida pícara de Sevilla en aquella época.

II

En una de las temporadas en que estuvo cesante, después de muchos empeños y presentación de fianzas y garantías, consiguió una misión dificilísima, que él creyó le proporcionaría alguna ganancia, y de la cual sólo sacó grandes disgustos y preocupaciones, y por remate cerca de tres meses de prisión en la cárcel de Sevilla.

Rebuscando los hurones de la Contaduría mayor de Hacienda hallaron que el reino de Granada adeudaba por tercias y alcabalas nada menos que 2.557.029 maravedíes. Y para aquellos tiempos en que el erario estaba a veces exhausto, unas 18.800 pesetas era una suma de importancia, que a buen seguro el rey encontraría muy bien hallada y alabaría el celo de sus covachuelistas.

Dieron, pues, a Cervantes una Real cédula, en la cual se le concedía *vara alta de justicia* para cobrar dichos atrasos, y a Granada fué investido de su alta autoridad. ¡Válgame Dios, y qué engorrosa y pesada fué su misión! Solamente leer los documentos cervantinos que van probándonos sus pasos por Baza, Guadix, Loja, Ronda, produce como un mareo al ver tanto número, tanta contrariedad y tanto tesón por parte de los deudores al pagar, tanto subterfugio y enredo en las cuentas, que no se explica cómo Cervantes tuvo paciencia y habilidad para vencer tantos obstáculos.

Ocurrió en una de sus comisiones que para ahorrar los gastos de remesa a la corte de algunas cantidades, prefirió girarlas por medio de letras desde Sevilla a Madrid. Uno de los giros, por valor de 7.400 reales, lo hizo el banquero portugués Simón Freire de Lima. En mal hora entregó Cervantes esta cantidad al portugués. De la noche a la mañana desapa-

rece de España Freire de Lima, después de declararse en quiebra. Por pronto que acude Cervantes a Sevilla no llega a tiempo y se encuentra con que otros acreedores han embargado ya toda la hacienda del banquero. Da parte de lo ocurrido, el Estado tiene prioridad sobre los demás acreedores y se logra recuperar la cantidad perdida.

Pero este desaguisado, del cual Cervantes no tuvo culpa alguna, despierta suspicacias en los señores de la Contaduría, y obligan a los fiadores que tenía Cervantes en Madrid a que diesen cuenta de las cantidades que éste había cobrado en las comisiones. Los fiadores contestan que no podían presentar las cuentas pedidas por estar Cervantes en Sevilla y

tener él los papeles y documentos necesarios para hacerlo. Emplazado para que presentase fianza de los alcances y que en el término de veinte días rindiese cuentas en la corte, y no hallando fiador con tanto apremio, fué encarcelado desde el 6 de septiembre hasta el 1.º de diciembre, en que fué libertado, bajo promesa de que en término de treinta días rendiría cuentas y pagaría los alcances que debiese. Un

verdadero embrollo administrativo. Pero Cervantes no va a Madrid, no se sabe por qué no presenta las cuentas, y sigue en Sevilla viviendo, ignorándose de qué.

Y pasa un año, y por un nuevo auto de la Contaduría se emplaza a Cervantes otra vez, para que en el término de treinta días rinda sus cuentas. Pero cuando llegó el auto Cervantes no estaba ya en Sevilla. ¿Dónde estaba? Quizás en Madrid, llamado por asuntos de familia. Que no había huído, al parecer, lo prueba que más tarde reaparece en Sevilla, y por el enojoso embrollo de las cuentas créese que vuelve a estar en la cárcel, no se sabe si por muchos o pocos días o meses.

Este desdichado asunto, que tantos disgustos le ocasionó, fué para él una advertencia de que por aquel camino nada provechoso había de encontrar, si se propuso tener un medio de vivir con el desempeño de tan pesadas y molestas ocupaciones. Si fué llevado por instintos aventureros y ansias de expansión y libertad, debió comprender que ya a su edad no estaba para aquellos ajetreos y aquellas desazones. Y fué la última ocupación que tuvo en su rara y accidentada vida administrativa.

A los treinta y ocho años que tenía cuando fué a Sevilla a probar fortuna o a vivir aquella vida libre, hay que añadir los diecisiete que, aproximadamente, estuvo desempeñando tan variados cargos por Andalucía; de suerte que ya tenía cincuenta y cinco cuando, cansado y desengañado, se retira a vivir con su familia y aparece, en febrero de 1603, establecido en Valladolid, adonde había ido a responder de los pesados cargos de sus comisiones de Granada. Estaba entonces en Valladolid la corte, reinaba ya el hijo de Filipo, y la vida española había sufrido un cambio de rumbo muy marcado.

Yo, el Rey.

El 13 de septiembre de 1598, a los setenta y un años, murió el hijo de Carlos V, el rey Filipo, en una pobre celda de El Escorial, de frías y blancas paredes, carcomido por la gota, agusanado, putrefacto aun antes de expirar. ¡Y aquí sí que no hay nada legendario ni maravilloso como en el retiro de Yuste y en los tétricos funerales del César, su padre!

Es Felipe II uno de los reyes, quizás el más zarandeado de la Historia. No hay medio posible de concertar a sus admiradores y a sus detractores; *O ¡conmigo o contra mí*, se aplica perfectamente a su figura.

"Lo que uno afirma y sostiene con empeño—dice uno de sus admiradores (1)—lo niega el otro resueltamente. Enemigos tiene que lo presentan a los ojos cual monstruo cruelísimo, derramador de sangre humana y asesino de su propio hijo... Hay quien pone talento en el espíritu y nobleza en el corazón de Don Felipe II, y no faltan ojos que no ven en su persona sino al hombre común y vulgar de la muchedumbre.

Los historiadores cristianos españoles y extranje-

(1) José F. Montaña.—*Nueva luz sobre Felipe II*, Madrid, 1891.

ros "señálanle unánimemente como gran político, justiciero, prudente, pío, catolicísimo, martillo de turcos y de herejes, brazo derecho de la cristiandad. Trátanle en cada página de sus escritos con el mayor respeto y suma devoción...„

Los enemigos francos y declarados del rey suelen afirmar sin exordios ni rodeos que fué este monarca padre sin entrañas, matador de cortesanos, político del infierno, digno de ser condenado por los Tribunales de justicia como el más perverso de los criminales. Sombra funesta que inspira al propio tiempo aborrecimiento y espanto; ser inquieto, insaciable, sospechoso, pérfido, de frente pálida y odiosa, traidor, hipócrita que se consume en sed de sangre y de poder, ojos de víbora, rostro macilento, figura miserable, carácter vil y hierba venenosa...

Para Felipe II no hubo—según ellos—sentimientos humanos, ni amor natural, ni respeto a la justicia, ni a la amistad, ni a los méritos, ni al prójimo, ni al mismo Dios. Y añaden que celos y venganzas le arrastraron a quitar la vida, en espantoso martirio, a su mismo primogénito el príncipe D. Carlos. Que la sed de sangre humana le movió a derramarla a torrentes en Francia, Italia y, principalmente, en los Países Bajos, "tierra de víctimas y sacrificios„. Que temores y despechos le obligaron a dar orden para que cuatro asesinos, entre las tinieblas de la noche, atravesaran con arma blanca y mortífera, en una calle de Madrid, el corazón del caballero cortesano D. Juan de Escobedo, secretario del inmortal vencedor de Lepanto. Que sin formación de causa, hollando los principios generales de humanidad y justicia, en el mayor sigilo y en el más profundo silencio hizo ejecutar en el castillo de Simancas al señor de Montigny. Que sin razón ni fundamento mandó tiránicamente decapitar al mártir de la libertad D. Juan de Lanuza, el gran Justicia de Aragón. Que fué enemigo de la industria, del comercio y del progreso humano, él, que fué perseguidor de turcos, moros y herejes, apóstatas y malos cristianos... Y, en fin, llamaron Demonio del Mediodía a quien desde muy mozo se declaró brazo derecho y fortaleza invencible del catolicismo... Señálanle hoy como defensor incansable de las grandezas, nacionalidad, honra e independencia de España: pero mañana le denominan derrochador, muerte de la Hacienda y públicos tesoros de la patria. Aquí es la figura soberana y simpática, de mirada sutilísima y alteza de entendimiento; allí se le convierte

instantáneamente en príncipe vulgar y pequeño, incapaz de empresas grandiosas y miras levantadas.„

Después de tan variados y encontrados juicios, ¿no podrá decirse que es cuestión de simpatía o de temperamento que unos le llamen el rey Prudente, el rey Negro, el rey Justiciero o el rey Sanguinario? Lo que no puede negarse es que el prototipo del rey absoluto está en su persona. El es el centro de la circunferencia, y todas las iniciativas, como los radios, parten de su omnímoda voluntad. Lo mismo se ocupa de las menudencias del culto que de la distribución de fuerzas en una batalla. En el archivo de Simancas hay documentos curiosos que prueban su minuciosa cicatería..

"*Memoria de mano de S. M. de los días en que han de servir los ornamentos que agora ay y los que se están haziendo, quando vengan:*

„En las fiestas de Nuestra Señora y de los confesores y otras algunas las que pareciere de las que ha de haberblanco, sirva lo blanco y amarillo.

„En las fiestas de Nuestra Señora, de las sanctas vírgines y otras algunas de las que están en el ordinario que haya blanco, sirva lo blanco todo:

„En los dias de las sanctas que son vírgines y mártires juntamente, sirva lo blanco y colorado.

„En los dias de las sanctas que no son vírgines ni mártires, sirva lo amarillo todo.„

Todo pasa por su mano, lo anota y lo resuelve, desde la correspondencia de los virreyes hasta el humilde memorial de un soldado. Los asuntos que ha de resolver son a veces tan importantes, que no se comprende cómo tiene tiempo para ocuparse de verdaderas minucias. Así se explica que un cronista de aquellos tiempos, Luis Cabrera de Córdoba (1), nos describa el siguiente cuadro de familia laboriosa, al presentarnos al rey despachando los negocios de Estado, ayudado de la reina y los infantes:

(1) *Historia de Felipe II.*

"El Rey Católico vino á pasar el estio en el monasterio de San Lorenzo, donde se entregaba al despacho de los negocios, siendo muy ayudado por la reina y los infantes. El escribía y firmaba, la reina echaba la arenilla en las cartas y los infantes las llevaban á una mesa, donde Sebastián de Santoyo, el mayordomo encargado de los papeles, hombre fiel, de mucha discreción y muy querido del rey, hacia los paquetes y los pliegos y los enviaba á los secretarios.„

Y si a su carácter absorbente y minucioso se añade que en más de una ocasión se vió que era un irresoluto y en demasía cauto, indecisión que a veces se confunde con la prudencia y es defecto propio de hombres metódicos y ordenados, y que en las grandes ocasiones retrasaba la solución, tomándose tiempo para meditar y decidir, se podría creer que es cierto el dicho que se le atribuye: *El tiempo y yo contra otros dos.*

Pero no pretendamos analizar rasgos y hechos de una figura tan compleja como la de Felipe II, análisis difícil, que requiere tiempo y estudio, y contentémonos en esta ocasión con presentar algunas notas pintorescas que nos den una impresión, más o menos acertada, de la época.

¡Oh, aquel afán de imponer el catolicismo en Francia, en Inglaterra, en Flandes, aquel odio a la heterodoxia, aquella obsesión de que todo el mundo había de vivir en la unidad religiosa, cuánta grandeza y cuánta ruina ocasionó a España! Un procurador, Francisco Antonio Alarcón, protesta por entonces con energía en las Cortes contra un tributo extraordinario sobre la harina, necesario para sufragar los gastos de la guerra en Flandes, y dice valientemente:

"Pregunto: ¿Qué tiene que ver que cesen acullá las herejías, que nosotros paguemos tributos de la harina? ¿Por ventura serán Francia, Flandes, Inglaterra más buenas cuanto España fuese más pobre...? Sin duda es dañosísimo que entiendan los enemigos y aun los amigos extranjeros que las cosas de esta monarquía han llegado á tanto extremo, que ni para librar-

nos de la guerra ni de las herejías de otros reinos, ya no hay otro remedio, como dicen los señores de la junta, sino quitarnos el pan de la boca...„

Pero si trazar su silueta moral es tarea harto compleja y difícil, cuadros en lienzos y a pluma nos han quedado de aquella época para conocer bien su figura corporal. Las pinturas ya las conocemos por los retratos de los dos hermanos, notando a la par los singulares contrastes entre ambos en el capítulo *Don Juan de Austria* (1). Ahora, si lo queremos ver moverse y respirar acudamos a los cuadros de la pluma:

"Fué el Rey de mediana estatura y disposicion bien sacada—dice el Dr. Salazar de Mendoza (2)—, airoso y derecho, de miembros bien proporcionados y repartidos, de buena gracia y donaire, de manera que la vista se recreaba en mirarle, convidaba á quererle, amarle y respetarle. El cuerpo, bien organizado y compuesto. De muy hermoso rostro, grave, sereno y agradable. Blanco y colorado; la barba y el cabello, rubio. Los ojos, claros, rasgados, grandes y alegres; la frente, ancha y llana; la nariz, bien formada y asentada. El labio superior menor que el bajo, como há muchos años que le tienen los de la Casa de Austria.„

He aquí un retrato que difiere bastante de las impresiones que nos causa el cuadro de Pantoja, aunque los dos nos presentan a Felipe II siendo todavía joven. El siguiente—de Luis Cabrera (3)—ya nos le ofrece en edad madura y se aproxima más al de los lienzos:

"Tenía la frente señorial, clara, espaciosa; los ojos grandes, despiertos, garzos, con mirar tan grave, que ponía reverencia el mirarlos y agradaba. La hermosura, digna de imperio, era de gran ornamento en la forma del cuerpo, conveniente á su dignidad, con partes en cierta gracia y perfección entre sí, y con el ánimo tan correspondiente, que de los rústicos

(1) Véase la página 55.

(2) *Monarquía de España*, título IV, libro V.

(3) *Historia y vida de Felipe II*, primera parte.

que ni le conocieron ni vieron en compañía ó solo en una selva, juzgándole digno de toda veneracion, era saludado con reverencia.„

Bien distinto es el siguiente, trazado por un cronista, en el último año de su vida:

"El poderoso Monarca no era sombra de sí mismo; la demacración le había dejado en los huesos y sufría horriblemente, porque los malignos humores, buscando salida, habían roto por las partes más débiles del cuerpo, cubriendo de llagas sus manos y las yemas de los dedos.„

El relato de sus últimos días pone espanto en el ánimo más frío. Parece una visión romántica de Becquer, recargada de tintas sombrías. Su traslado desde el alcázar de Madrid a El Escorial (donde tenía empeño en morir) en una silla de forma especial, entre cama y ataúd, donde iba acostado, y llevado a hombros por robustos mocetones, que, paso a paso, tardaron seis días en llegar al monasterio, prueba la tenacidad de aquel hombre, que aun sabiendo los dolores que ha de sentir en tan molesto traslado, quiere morir en su celda del monasterio, rodeado de todo el severo aparato de la religión.

La última hora de Felipe II no puede describirse—dice un cronista moderno (1)—, porque su muerte no se parece a la de ningún mortal. En aquel lecho de dolor no estaba ni siquiera el cadáver del monarca: sólo había restos consumidos o huesos desligados; gusanos que luchaban con la centella de la vida, que aún quedaba en el corazón y en la cabeza de Felipe.

El alma pugnaba por salir de aquel cuerpo, que fué vestidura noble del rey más grande del siglo, y el cuerpo que resistió largos años y en lucha fué cayendo a pedazos, deshaciéndose por la gangrena y extinguiéndose por la consunción; no palpitaba ya de

(1) R. Sepúlveda.—*Antiguallas*, Madrid, 1898.

miedo cuando el monje que auxiliaba al agonizante le decía con angustiada voz: *Post hominem vermis; post vermem fetor et horror...* Pidió que le mostrasen su ataúd y que le diesen el crucifijo que, al expirar, tuvo en sus manos su padre Carlos V. Después de muerto, no siendo posible embalsamar el cadáver ni vestirlo, por la descomposición en que se hallaba, D. Cristóbal de Mora, el íntimo del rey, conteniendo sollozos y respirando sales, cosió por sí mismo las sábanas del lecho sobre los despojos del gran Felipe, y, así amortajado, lo colocó en un ataúd de madera.

La religión desplegó sobre aquella tumba todas sus pompas; pero ni el amor ni la amistad depositaron una sola lágrima.

Así murió aquel rey, que fué terror y pesadilla de propios y extraños.

En Francia, y en Flandes sobre todo, su muerte, lejos de ser sentida, fué acogida con verdadera satisfacción, como a quien se le muere un tenaz enemigo, que le ha causado desdichas y quebrantos dentro de su vida.

Brantôme (1) recogió un sangriento y mordaz soneto que un poeta anónimo dedicó a la muerte de Felipe, y al cual puso el siguiente piadoso y atenuante comentario:

"*Après sa Mort sçeu en France et en Flandres, aucuns firent son Tombeau por ce Sonnet, auquel en tout ne faut prester Créance, comme Chose faite par Hayne, Passion et Animosité.*„

Dice el soneto:

Il est donc mort, ce Grand, ce Tyran, ce Monarque,
cet alteré de Sang, ce Monstre ambitieux,
qui pensoit éviter l'Ordonnance des Cieux,
braver Pluton, la Mort, les Destins et la Parque?
Mais Caron l'a passé, qui avec luy embarque
cette Inquisition, dont le Feu furieux

(1) *Œuvres complètes*, tomo V, *Philippe II*.

a si longtemps bruslé les Hommes génereux,
conduisant aux Enfers ce Triomphe en sa Barque.
Il fit mourir sa Femme, il tua son Enfant,
il pilla Portugal, injuste Triomphant
du Royaume d'autruy; et puis insatiable;
Pauvre en son Abondance, il brouilla le François,
fit mettre a Mort leur Roy, viola toutes Loix.
ores, Jouet des Morts, et des Vivants la Fable (1).

Claro es que, a la hora presente, la crítica seria y documentada, española y extrajera, ha convertido la diatriba en sereno juicio, y la figura de Felipe II ha quedado encuadrada en su primitivo valer y merecimientos.

---

(1) La traducción literal es así:

«¿Ha muerto, pues, ese gran hombre, ese tirano, ese monarca,—ese sediento de sangre, ese monstruo ambicioso—que creía poder eludir las órdenes del Cielo,—desafiar a Plutón, a la Muerte, al Destino y a la Parca?—Pero Caron le ha embarcado, y con él embarca—esa Inquisición, cuyo fuego furioso—ha, durante tanto tiempo, quemado a los hombres generosos,—conduciendo a los infiernos a ese triunfador en su barca.—Mató a su mujer, mató a su hijo,—saqueó a Portugal, injusto triunfador—del reino ajeno, y después, insaciable y pobre en la abundancia, enemistó a los franceses;—mandó matar a su rey, violó todas las leyes,—y ahora es juguete de los muertos y escarnio de los vivos.»

La primera edición del "Quijote„.

Hacia fines de 1604 estaba Cervantes en Valladolid, donde Felipe III, a instancias de su privado el duque de Lerma, había trasladado la corte. Tenía terminada su inmortal obra y solicitó el debido privilegio para imprimirla, el cual le fué concedido por el rey en 20 de septiembre al "libro intitulado *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, el cual—dice el privilegio—os había costado mucho trabajo, y era muy útil y provechoso„.

Según se cree, Cervantes tenía concertada la publicación de su obra con un editor famoso de aquellos tiempos, Francisco de Robles, "librero del rey„, sin que se sepa cuanto le valió a Cervantes el trato con su editor. En la célebre imprenta de Juan de la Cuesta empezó inmediatamente la tirada de la primera edición. En Noviembre del mismo año Cuesta ha terminado la impresión, y el librero Robles manda un ejemplar al corrector de libros, el licenciado Francisco Murcia, quien lo devolvió, conforme y firmado, en 1.° de Diciembre.

Para ponerlo a la venta falta aún la tasa, que tardaron algunos días en conceder los señores del Con-

sejo, y "tasaron cada pliego del dicho libro en tres maravedíes y medio, el cual tiene 83, que al dicho precio monta el dicho libro 299 maravedíes y medio, en que se ha de vender en papel„ o sea en rústica.

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QVI-
XOTE DE LA MANCHA,

Compuesto por Miguel de Cervantes Saauedra.

DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR,
Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.

Año, 1605.

CON PRIVILEGIO,
EN MADRID Por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

Por fin, a mediados de Enero de 1605 pónese a la venta, al precio de ocho reales y medio, en la librería

de Francisco de Robles, El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Curiosa e interesante es la historia de esta primera edición, desconocida durante cerca de dos siglos. La causa han tratado de explicarla de diversos modos los cervantistas. Ocurrió en esta primera edición, que bien fuese por descuido del impresor o porque se perdieran algunos pliegos del original, se salta de pronto en la relación más de una página, en la cual, principalmente, debía darse cuenta del hurto del rucio de Sancho Panza por el pícaro Ginés de Pasamonte, sin lo cual la continuación queda muy confusa. El mismo Cervantes, o quizás el editor, al notar tan grave omisión mandarían retirar los ejemplares que aún no se habían vendido y se empezaría inmediatamente la tirada de una segunda edición corregida, inutilizando los ejemplares que quedaron de la primera. Por inclinarse a esta explicación el notable bibliógrafo de Cervantes Leopoldo Ríus (1) ha sido hasta ahora la más seguida.

Pero otro cervantista no menos ilustre, el Sr. Rodríguez Marín, nos da otra explicación más clara de la rápida desaparición de la edición príncipe del *Quijote*, explicación apoyada por documentos que el docto investigador ha encontrado en el Archivo general de Indias. Según él, el gran número de ejemplares del *Quijote*, que, a poco de publicarse, fué enviado a América, contribuyó en mucho al rápido agotamiento de la edición primera.

"Probablemente—dice—en entrambas flotas (Marzo y Julio de 1605) se remitió a las Indias casi toda la edición príncipe del *Quijote*. Sólo con esta conjetura podemos explicarnos bien aquellas palabras que Ríus, el gran bibliógrafo de Cervantes estampó al tratar de la sobredicha edición original: "... edición desconocida durante casi dos siglos... Es hecho difícil de explicar el de haber enseguida desaparecido los pocos

(1) *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes*, Barcelona, 1895-1904.

ejemplares que de la edición príncipe se tiraron„. Ríus, parando las mientes en esto, se inclinó á creer que por la falta de explicación del robo del rucio, "Cervantes ó el librero procurarían retirar los ejemplares de la primera, activando solamente la venta de la segunda impresión de Madrid„. No opino de ello como Ríus. Ni autores ni libreros paraban la atención en pelillos, hasta el punto de inutilizar, por dame acá ese rucio, los ejempleres de una tirada. A conocer el docto bibliógrafo el resultado de mi investigación en el Archivo de Indias, paréceme que se hubiera explicado, como yo me lo explico, el raro hecho que él apuntaba, y, mejor dicho todavía, reparando en que las ediciones de cualquiera clase de libros, cuando se publicó la primera parte del *Quijote*, raras veces llegaban al millar de ejemplares. Por lo común, de las obras de entretenimiento no se estampaban arriba de setecientos cincuenta ejemplares, en especial tratándose de libros que todavía no tuvieron á su favor el aplauso del público.„ (1).

Debido, pues, al rápido agotamiento de la edición príncipe y a la inmediata tirada de una segunda edición, durante cerca de dos siglos—como hemos dicho—se ha tomado por la primera la que realmente es la segunda.

El biógrafo Navarrete, en 1819, cotejó las dos primeras ediciones, y, a pesar de ver las notables diferencias que hay entre ellas, cosa extraña, cayó en el error de considerar como primera edición la segunda, error que siguieron los editores sucesivos.

Un docto bibliógrafo, D. Vicente Salvá, ha sido el que ha descubierto la verdad. En 1829 publicó en Londres un *Catalogue of Spanisch and Portuguesse books*, donde se comparan las diferencias entre las dos ediciones. En la portada de la edición príncipe, en la dedicatoria léese "*dirigido al Duque de Beiar, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar y Bañares*... En la segunda edición hay la importante errata de llamar al Duque "Conde de Barcelona„ en lugar

(1) *El «Quijote» y Don Quijote en América*, Madrid, 1911.

de Benalcázar; sabido es que el título de conde de Barcelona sólo corresponde al rey. Además, en la edición príncipe se lee debajo del escudo: "*Con privilegio*„, en tanto que en la segunda aparece, con tipos más pequeños: "*Con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal*„. Las demás variantes del texto en las dos ediciones están minuciosamente cotejadas por capítulos, folios y líneas en la obra cervantina de Ríus, en la cual pueden apreciarse las importantes variantes, omisiones y correcciones hechas en la segunda edición.

Solamente como curiosidad presentamos una visible variante, quizás aconsejada por algún censor religioso.

Dice en la edición príncipe (capítulo XXVI, folio 131, línea 7):

"... mas ya se que lo más que el hizo, fue rezar, y encomendarse á Dios: pero que haré de rosario, que no le tengo? En esto le vino al pensamiento, como lo haria, y fué que rasgó vna gran tira de las faldas de la camisa, que andauan colgando, y diole once ñudos, el uno mas gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario, el tiempo que allí estuuo, donde rezó un millón de Aue Marias...„

En la segunda edición se limita a decir:

"... mas ya se que lo mas que él hizo, fue rezar, y assi lo haré yo. Y siruierole de rosario vnas agallas grandes de vn alcornoque, que ensartó, de que hizo vn diez...„

Son rarísimos los ejemplares que hoy quedan de la edición príncipe, considerados como verdaderas joyas bibliográficas de inestimable precio. Ríus dice que ha visto un ejemplar en la Biblioteca de la Academia Española, otro en el Museo Británico de Londres y otro también en la Biblioteca Nacional de París. Y sabía que existían ejemplares en las bibliotecas particulares del conde de Benahabis, del duque de Riánsares, del general Fernández San Román y en la Bi-

blioteca del Congreso de Washington; este ejemplar algo incompleto.

Posteriormente a esta enumeración de los primeros ejemplares que conocía Ríus, y que describe en su *Bibliografía crítica*, la Biblioteca Nacional se enriqueció con otro ejemplar completo de la primera y segunda parte, regalo del distinguido bibliófilo Sr. Zapater, hecho pocos años después de publicada la obra de Ríus.

Además del ejemplar de la Biblioteca del Congreso de Washington, los yanquis tienen otro magnífico en la rica Biblioteca de la *Hispanic Society of America*, asociación formada por apasionados hispanistas, dedicados al estudio de nuestra maravillosa literatura. A la cabeza de estos admiradores de nuestras letras está el acaudalado y distinguido bibliófilo Mr. Archer de Huntington, quien adquirió el ejemplar de la edición príncipe completa en la Biblioteca del marqués de Jerez, que contenía además preciosas joyas de las primeras ediciones de nuestros clásicos, que en su mayorían han ido a parar también a la Biblioteca del hermoso y suntuoso palacio de la *Hispanic Society*, para el cual nuestro insigne artista Moreno Carbonero há tiempo está pintando diversos lienzos con asuntos regionales de España.

La Biblioteca de los *Estudis Catalans*, de Barcelona, tiene también otro ejemplar de la edición príncipe, regalado por un generoso bibliófilo.

Además de estos diez ejemplares conocidos, se sospecha que existen otros cuatro o cinco en manos de particulares, algunos quizás en América, adonde fué a parar casi toda la edición príncipe, como hemos dicho anteriormente.

En la revista *La Bibliomanie*, correspondiente al año de 1880, se daba la noticia de haber sido vendido un ejemplar de la primera edición príncipe, con otro de la segunda parte de la segunda edición, en 2.200 francos. Hoy, seguramente, se hubiesen vendido a precio mucho más elevado, si se considera que hemos

visto anunciado a la venta un ejemplar de la primera de Valencia (1605), que corresponde a la quinta edición de las publicadas en dicho año, y conforme con la segunda, en 600 pesetas. Y un ejemplar de la segunda parte, tercera edición conocida de las publicadas (Valencia 1616), también en 600 pesetas (1).

Según ha tenido la bondad de decirnos el docto director de la Biblioteca Nacional, Sr. Rodríguez Marín, hoy día no faltaría quien ofreciese de tres a cuatro mil duros por un ejemplar completo bien conservado de la primera y segunda parte de la edición príncipe, si el afortunado poseedor tuviera valor para desprenderse de tan preciado libro.

Pero si los ejemplares de la edición príncipe son tan raros y costosos, podemos tener la vanagloria de poder presentar en España una reproducción exacta de los ejemplares de la edición príncipe de la primera y segunda parte por medio de la fototipografía (2), procedimiento inventado por el coronel D. Francisco López Fabra. Es una edición notable, de la cual se tiraron 1.605 ejemplares para España y 1.000 para el extranjero. Con el fin de hacer más valiosa dicha edición, después de terminada la tirada, se inutilizaron las planchas, igual a lo que hacen los escultores de nota con los modelos después de su reproducción en bronce.

El afán de escudriñar cuanto se relaciona con la primera edición ha causado verdadero estrago en algunos cervantistas aficionados. Citaremos sólo un caso.

Cayó en manos de un cervantómano de Palencia un ejemplar de una de las primeras ediciones del

---

(1) Catálogo de la librería de P. Vindel, Abril de 1901, número XII. En dicho catálogo se anuncia un ejemplar, Madrid, Gabriel Sánchez, 1797-98, de los seis que se tiraron en vitela, en 4.000 pesetas.

(2) *Facsímile de la primera edición de «Don Quijote»*, Barcelona, 1871-73.

Quijote—al parecer, la segunda de Cuesta,—dónde un curioso lector, contemporáneo de Cervantes, fué acotando al margen del libro observaciones críticas, atreviéndose a veces a enmendar la plana al autor. Este ejemplar anotado es, en verdad, un curioso encuentro bibliográfico.

Pero el afortunado poseedor no se contentó con poner en lugar preferente de su librería el rico ejemplar, sino que le dió por escudriñar las notas y cayó en la tentación de pensar que las acotaciones eran de puño y letra del mismo Cervantes, que había hecho correcciones, anotaciones y salvado erratas en aquel ejemplar. Cada vez más convencido, y con un informe de peritos calígrafos de la Escuela Normal, de Palencia, en el cual declaraban que podía creerse era la misma letra la de las acotaciones y la de Cervantes, lanzó a los cuatro vientos su hallazgo (1). ¡Menudo revuelo produjo, como es natural, la noticia de haber sido encontrado en Palencia un ejemplar del *Quijote*, corregido de puño y letra de Cervantes! Pero pronto eminentes y doctos cervantistas, después de estudiado atentamente el ejemplar y sus acotaciones, declararon que las notas marginales no eran de letra de Cervantes, y sí de algún curioso lector contemporáneo suyo, que entretuvo sus ocios en acotar y subrayar algunas páginas del inmortal libro y, hasta echándoselas de poeta, añadir a los hermosos versos del epitafio de la losa que cubrió el cuerpo del desgraciado amante Crisóstomo, las tres vulgarísimas estrofas siguientes:

Yace aquí de un amador
el mísero cuerpo helado,
que fué pastor de ganado,
perdido por desamor.
Murió á mano del rigor

(1) El fruto de los trabajos y desvelos del poseedor del raro ejemplar ha sido publicado en un grueso tomo, titulado *La restauración del «Quijote»*, por Feliciano Ortego Seix, 1898.

de una esquiva hermosa ingrata,
con quien su imperio dilata
la tiranía de amor.
«*Si él enseñara dinero*
hallara dos mil mujeres
que le hicieran mil placeres.»

versos llenos de ruda ironía, impropia del delicado relato de Cervantes.

Parece hoy sorprendente, si se tiene en cuenta la carencia absoluta de rapidez de comunicaciones en aquellos tiempos, la prontitud con que las obras literarias eran conocidas, no sólo en España, sino también en el extranjero. Y es que, a pesar de la lentitud de los viajes y de las molestias del camino, la comunicación entre las regiones de España y el extranjero era mucho más activa de lo que generalmente se cree. No faltaban gentes por los caminos: mercaderes, soldados, estudiantes, clérigos, pícaros, mendigos y arrieros se reunían a descansar por la noche en los mesones del camino, que marcaban las jornadas de un punto a otro, a modo de itinerario moderno. En las veladas de aquella gente andariega, antes de retirarse a sus desvanes y aposentos después de la sobria cena, se comentaban las noticias que unos y otros traían de distintos lugares, y a la mañana siguiente, al dispersarse cada cual en diferentes direcciones, llevaban las nuevas que habían oído a otros pueblos, y así sucesivamente, sin necesidad de periódicos, llegaban toda clase de noticias a los lugares más distantes en poco tiempo relativamente. Añádase lo extendida que estaba la afición a las buenas letras, que se leía mucho más de lo que también generalmente se cree, que había mucho más gusto literario que hoy y que las obras de los ingenios corrían pronto de boca en boca y de mano en mano, y no extrañará que de aquella originalísima obra de Cervantes cuantos habían podido leerla se hicieran lenguas y entraran en ganas de leerla a cuantos oían sus alabanzas. No es extraño, pues, que casi al mes de pu-

blicarse en Madríd la primera edición del *Quijote*, aparezca otra en Lisboa, reproducción de la edición príncipe, salvo algunas censuras eclesiásticas, lo cual obliga a Cervantes y a su editor Robles a solicitar

EL INGENIOSO
HIDALGO DON
QVIXOTE DE LA
Mancha.

Compueſto por Miguel de Ceruantes
Saauedra.

EM LISBOA.

Impreſſo com liſença do Santo Officio por Iorge Rodriguez. Anno de 1605.

privilegio también para Portugal y que, concedido, aparezca en seguida otra edición lisbonense autorizada. En el mismo año de 1605 aparecen una tras de otra dos ediciones en Valencia, con lo cual en el mismo año en que se publicó el *Quijote* se tiraron seis

ediciones, éxito literario no conocido ni aun en nuestros días.

No, sin razón, se vanagloria Cervantes de la popularidad que en tan poco tiempo tiene su obra, al decir que "los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: "Allí va *Rocinante*„; y los que más se han dado a su lectura son los pajes; no hay antecámara de señor donde no se halle un *Don Quijote*, unos le toman y otros le dejan, éstos le embisten y aquéllos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto...„ (1).

Más de doce mil ejemplares se habían vendido cuando Cervantes empezaba a escribir hacia 1614 la segunda parte del *Quijote*, "y a mí se me trasluce—añade—que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca„ (2).

Cervantes con su *Quijote* se hizo tan popular, que hasta en una obra publicada casi simultáneamente con el *Quijote*, *La pícara Justina*, su autor escribía los siguientes versos, de cabo y centro rotos:

Soy la Rein—de Picardi—
más que la ru—conocid—
más famo—que doña Oli—
que Don Quijo—y Lazari—
que Alfarach—y Celesti—

de lo cual se deduce que el *Quijote* se puso a la par, o quizás superó, a la fama que gozaban *La Celestina*, *El Lazarillo de Tormes* y *Guzmán de Alfarache*, las cuatro mejores joyas de la prosa castellana.

Pero si su obra le dió fama, no fueron iguales la

(1) *Quijote*, segunda parte, cap. III.
(2) *Quijote*, segunda parte, cap. III.

nombradía y el provecho. El pobre Cervantes no salió en su vida de una estrecha medianía, rayana en la pobreza. Hay un testimonio irrecusable en lo que certifica el censor de la aprobación de la segunda parte del *Quijote,* el licenciado Márquez Torres, cuando refiere las alabanzas que mereció Cervantes de los caballeros franceses que acompañaron al embajador de Francia en su visita al arzobispo de Toledo, los cuales caballeros, "apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimación en que, así en Francia, como en los reinos sus confinantes, se tenían sus obras: *La Galatea*, que alguno dellos tiene casi de memoria, la primera parte de ésta, y las novelas. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen al autor de ellas, que recibieron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. *Halleme obligado á decir que era viejo*, *soldado*, *hidalgo y pobre;* á que uno respondió estas formales palabras: *¿Pues á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público?* Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento y con mucha agudeza, y dijo: Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo„.

Gran satisfacción debió sentir en las postrimerías del otoño de su vida, a los cincuenta y ocho años, al verse festejado y admirado de propios y extraños; aunque también le apesadumbraría que a la gloria no acompañase la fortuna, achaque muy común entre escritores y poetas.

¿Cómo se leía el "Quijote„ en el siglo XVII?

En el prólogo de la hermosa edición que la Academia Española hizo en 1780 del *Quijote* refiérese la siguiente tradición, a la cual la crítica moderna da pocos visos de verosimilitud, pero que, no obstante, es en extremo curiosa y digna, por tanto, de conocerse.

Cuéntase que los libros de caballerías habían llegado a tal descrédito entre la gente docta de la época de Cervantes, que cuando este inmortal escritor ofreció al ilustre varón el duque de Béjar la dedicatoria del *Don Quijote*, al saber que se trataba de un libro de aventuras caballerescas rehusó que su nombre figurase al frente de la obra, temiendo las censuras de las personas ilustradas, que habían declarado guerra a muerte a aquellos perniciosos y descabellados engendros, que tanto daño causaban en las imaginaciones de las gentes del pueblo.

Cervantes se valió de un ardid propio de su gran ingenio para convencer a su ilustre protector, proponiéndole que escuchase solamente la lectura de un capítulo del *Don Quijote*, antes de formar ningún juicio desfavorable sobre la obra que deseaba poner bajo su protección.

Y en memorable noche, ante escogido auditorio de amigos del duque, Cervantes leyó un capítulo de su obra. Al terminar, la desconfianza trocóse en admiración, y fué tanto el agrado y gusto con que fué escuchado, que a petición de todos hubo de leer toda la obra, entre los aplausos del noble auditorio.

¡Inolvidable noche aquella en la cual el *Quijote* nacía para ser inmortal!

Si por arte de encantamiento alguno de nosotros hubiera podido gozar de aquellas deliciosas primicias oyendo leer a Cervantes las locuras del Hidalgo manchego, grande hubiera sido la sorpresa que hubiese experimentado al oir quizás una lengua que en nuestros oídos sonaría con acento distinto a la que hoy usamos.

Tiene esto una explicación bien sencilla: es que el sistema fonético de la lengua castellana del siglo XVII no parece ser el mismo que el del siglo XX, sino que en el espacio de tres siglos éste ha sufrido una notable transíormación.

El idioma de una nación, en efecto, no es siempre el mismo, ni fonética ni ideológicamente; es decir, ni en cuanto a su pronunciación ni al valor de sus palabras, como no son las mismas ni las costumbres ni la cultura de aquella época, comparada con la presente.

La lengua, como expresión fiel y verdadera del carácter de un pueblo, sigue las mismas transformaciones y vicisitudes que las gentes que la hablan, y así como los pueblos están en perpetua transformación, las lenguas también evolucionan, se transforman y varían de una época a otra, porque el lenguaje es una materia sonora que el pensamiento humano transforma insensible y continuamente. Cada época tiene sus maneras particulares de pronunciar, sus sistemas de sonidos, y estas maneras cambian insensiblemente según determinadas leyes fonéticas que la Lingüística estudia (1).

(1) Arsenio Darmesteter.—*La vie des mots*, París, 1895.

Así, pues, el castellano de la época de Cervantes ha debido sufrir una transformación comparado con el que hoy hablamos. Pero, ¿en qué consiste el cambio de pronunciación? Determinarlo con precisión es muy difícil, *verba volant scripta manent;* tenemos los libros de aquella época, pero los sonidos de sus letras, ¿cómo averiguarlos con certeza?

Con el descubrimiento del fonógrafo, las generaciones venideras no tendrán ya duda alguna sobre la forma de la masa sonora del castellano del siglo xx. Y para que sea aún más eficaz tan notable invento, como conservador de la palabra hablada, sabido es también que en la *Sorbona* se inauguró solemnemente en el año 1911 una especie de museo *sui generis*, llamado Archivo de la palabra. En este archivo se van coleccionando y guardando cuidadosamente discos impresionados por las notabilidades más afamadas de la época. Los mejores cantantes, los grandes oradores, los poetas célebres, los más aplaudidos actores dejan las huellas de su arte y de su inspiración en la masa de los discos, que cuidadosamente clasificados en el archivo, servirán a las generaciones venideras como de libros vivientes de real evocación de la voz y del arte de los grandes genios de la humanidad.

Pero no solamente desde el punto de vista artístico es notable la creación del Archivo de la palabra, sino también como manifestación científica importantísima. En adelante podrán estudiarse científicamente las leyes fonéticas modificadoras de una lengua a través de los tiempos. Hasta hoy sólo podían estudiarse las transformaciones morfológicas, sintácticas y lexicológicas de un idioma. Ya podrán registrarse todas sus modificaciones, y la lengua hablada y escrita del siglo xx podrá compararse con la de los siglos futuros. En este caso el gramófono desmiente ya el *verba volant, scripta manent* del proverbio latino.

Muy estimables trabajos de investigación se han

hecho, principalmente por D. Tomás Sánchez (1), quien ha inferido, por la combinación de rimas de los poetas del siglo XV y anteriores, que entonces el castellano poseía vocales medias y sonidos más suaves que actualmente, pudiendo asegurarse que tenía grandes puntos de semejanza con el gallego, portugués y catalán, pues, así como un río, al dividirse en varios brazos, conserva durante algún tiempo la misma calidad de sus aguas, del mismo modo también el castellano tenía entonces analogías fonéticas con sus hermanos, y tanto el gallego como el catalán era una lengua conocida y hablada en las cortes de Castilla y de León por todos los doctos (2).

Todavía en el siglo XVI y parte del XVII, según respetables testimonios, conservaba el castellano algunos de sus antiguos sonidos, y tanto es así, que no falta quien afirme que si hoy nos fuese posible oir cómo hablaban Cervantes y Lope de Vega, nos parecerían extranjeros por su pronunciación (3).

¿Cómo se leía, pues, el *Quijote* en 1605, cuando se publicó la primera edición? Entonces su verdadera ortografía era QUIXOTE, y aquí entra ya la duda. ¿Cómo sonaba la X? Creen unos que era equivalente a la CH francesa, otros que a nuestro sonido actual de la J. Curioso es este pleito, que está aún sin sentenciar, pues cada parte aduce datos en su favor que producen gran perplejidad.

Escribíase *Quixote*—dice un discreto filólogo (4)—y pronunciábase *Quichote*, dando a la *ch* un sonido parecido a la misma letra francesa en *chapeau*. Antiguamente—añade,—y hasta el reinado de Felipe IV, pronunciaba el castellano la *jota* con suavidad *(iota)*,

---

(1) *Poesías castellanas anteriores al siglo XV.*

(2) Víctor Balaguer.—*Historia de los trovadores.*

(3) Antonio Puigblanch. — *Opúsculos gramático-satíricos*, Londres, 1832.

(4) Monlau.—*Diccionario etimológico*, Madrid, 1859.

lo mismo que el provenzal o el francés. Luego la *x* y la *j* tenían sonido distinto.

El sabio lingüista Julio Cejador dice, al contrario, que la *j* fué siempre gutural, aun en tiempos de Nebrija, a últimos del siglo xv (1). Otro eminente autor, Emilio Cotarelo, cree que la *j* y la *x* tenían el mismo sonido gutural de hoy (2). En cambio un filólogo muy estimado, el Sr. Cuervo, defiende, con buenas pruebas, sacadas de gramáticas de aquella época, que la *j* sonaba como la francesa de hoy o la *sc* del italiano (3). Y el eminente Menéndez Pidal, notable autoridad en esta materia, dice: "La pronunciación española no fué, naturalmente, siempre la misma; podemos distinguir dos períodos principales, separados por el siglo xvi; en éste y en principios del xvii se efectuaron importantes cambios, que dieron por resultado la pronunciación moderna„. Y añade: "la *x* dió la palatal sorda *ch* del español antiguo, convertida en el español moderno en la gutural sorda *j*„ (4).

Falta aún un testimonio muy valioso. A últimos del siglo xvi y principios del xvii sabida es la preponderancia que, no sólo el castellano, sino también las costumbres de la corte de España, adquieren en Francia en los reinados de Luis XIII y XIV. El mismo Cervantes nos lo dice en el *Persiles y Sigismunda:* "preguntáronlas (tres damas francesas) quién eran, en castellano, porque conocieron ser españolas las peregrinas, y en Francia ni varón ni mujer deja de aprender la lengua castellana„ (1). Aprovechando la ocasión de tal preponderancia del castellano, aparecen en dicha época en diversos puntos de Francia gran número de profesores de español, truchimanes y emigrados la mayor parte, y algunos hasta publi-

(1) *La lengua de Cervantes (Fonética).*

(2) *Fonología española.* Madrid, 1909.

(3) *Antigua ortografía y pronunciación castellana.—Revue Hispanique,* tomo II, 1895.

(4) *Gramática histórica española,* Madrid, 1904.

can su correspondiente gramatiquilla, cartilla o manual de conversación. Pues bien; en las obras de estos profesores, al tratar de la pronunciación, están conformes en que la *j* y la *ch* tienen, sino igual sonido que en francés, por lo menos, muy parecido (1).

Pero la diferencia de pronunciación, al parecer, no consistía sólo en estas dos letras. También distinguíase la *s* sencilla entre dos vocales, que sonaban como en francés *rose* o *poison*, y las dos *ss*, que sonaban fuertes, como en *rosse* o *poisson* también, es decir, con el sonido fuerte actual. La *ç* y la *z* diferenciábanse también de sonido, según algunos tratadistas de aquella época.

Mas, como también hemos visto, hay quien opina que todos estos sonidos han sido siempre los mismos que actualmente, y faltándonos más pruebas claras y precisas, ¿quién se atreve a sentenciar este curioso pleito? Difícil es apoyar imparcialmente una u otra opinión. Sin embargo, nosotros nos inclinamos por la diferencia de pronunciación (2).

Y si tal fuese la fonética en aquella época, léase cualquier trozo del *Quijote* y se verá que la lengua es mucho más dulce y armoniosa a causa de la mayor variedad de sonidos, y si hoy tiene para nosotros tan

---

(1) Véanse las obras de César Oudin, que también fué el primero que tradujo al francés la primera parte del *Quijote*; Ambrosio de Salazar, Juan de Luna, el continuador de *El Lazarillo de Tormes* Juan de Robles, entre otros.

(2) «Fácilmente habrá quien se imagine que estuvo fija la lengua castellana en su edad, clásica por excelencia, desde las églogas de Garcilaso hasta Calderón; pero nada más inexacto. En esos dos siglos se verificaron cambios profundos en la fonética, en la morfología y en la sintaxis... En ese tiempo se vió desaparecer la *s* y la *z* sonoras y quedaron sólo las sordas que hoy tenemos: se confundieron entre sí las fricativas. *j* sonora y *x* sorda (que corresponden a los sonidos de la *j* y *ch* francesas) para convertirse luego en la fricativa velar *j*.» — J. Cuervo. — *El castellano en América. Bulletin hispanique*, 1903.

gran encanto la lectura del inmortal libro, ¿qué sería matizando aún mas la riqueza de su lenguaje?

No he de seguir con nuevas observaciones; y como decíamos al principio, si en la histórica noche en la cual Cervantes leía ante el auditorio del duque de Béjar su inmortal obra, hubiéramos tenido la suerte, por raro milagro, de participar de aquellas dulces primicias, nos hubiéramos quedado asombrados al oir quizás un castellano muy distinto del de nuestros días.

De capa y espada...

Fué un drama vulgar de los de capa y espada, tan corrientes en aquellos tiempos. Dos embozados que se encuentran de noche en una calle extraviada de Valladolid, que se traban de palabras, que sacan las espadas, riñen y, de pronto, uno de ellos vacila, deja caer la espada al echarse las manos al pecho, mientras tanto el otro envaina rápidamente y desaparece en las sombras de la noche. En frente hay unas casas; a ellas se encamina el malherido, y tropezando, sitiéndose desangrar, logra meterse en el primer portal que encuentra y cae al suelo pidiendo confesión.

¡Fatalidad! En aquella casa vive Cervantes, en compañía de sus dos hermanas Andrea y Magdalena, una sobrina y su hija Isabel. El cuarto de al lado lo habita la viuda del cronista Esteban Garibay con su hijo, un joven clérigo. Oye éste los lamentos, baja, y viendo la gravedad, vuelve a subir a pedir ayuda a Cervantes, que ya estaba acostado, y entre los dos suben al herido al cuarto de Garibay y lo colocan en una cama. Al quitarle la ropilla ven que el herido se desangra por momentos, y avisan a un cirujano y al

alcalde de corte. El primero cura de momento al herido; el segundo empieza las indagaciones necesarias. Pero los cuidados del cirujano son inútiles, el herido muere antes de los dos días, y mientras tanto el juez prosigue la sumaria.

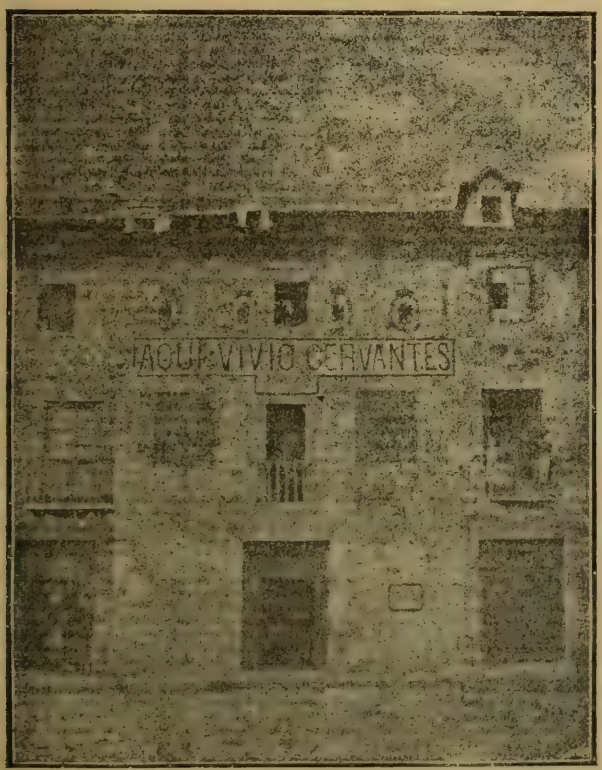
Descúbrese quién es el herido. Es persona conocida en Valladolid, uno de tantos caballeros galantes, enamoradizos y calaveras, llamado D. Gaspar de Ezpeleta. Por uno de sus criados empieza a descubrirse la verdad del drama: "El dicho D. Gaspar—declara el criado—ha tratado y trata de amores con una mujer casada, que los nombres y casa ha declarado al dicho señor alcalde—la mujer casquivana es la señora del escribano Galván, que vivía junto al Salvador—é que habiendo venido a noticia del dicho su marido, tiene entendido que han habido y tenido dares y tomares é pesadumbres, porque el dicho D. Gaspar entraba y salia de ordinario en su casa é muchas noches se quedaba en ella... é que no sabe ni entiende que este daño le pueda venir de otra parte si no es de la casa de la dicha mujer.„

Le bastaba al alcalde de corte esta declaración para saber quién había sido el matador: un compañero suyo, gente de curia, quizás amigo suyo. Era preciso echar la culpa a otro para salvar al compañero y correr un velo sobre el escándalo.

Y los vecinos de la casa en que habían socorrido a Ezpeleta fueron todos a la cárcel. ¡Buen pago a su caridad! Cervantes, sus hermanas, la sobrina y su hija fueron acosados a declaraciones. Vino a enredarlo una vieja beata, que vivía en la guardilla, con una declaración en que acusaba de casquivanas a las jóvenes de la casa, aunque "no trata con ninguna dellas, porque, como dicho tiene, siempre le ha parecido mal y causado escándalo las demasiadas conversaciones y libertades con que viven„. La calumnia de la deslenguada vieja complica el asunto y hace el juego del indigno juez. Pero al cabo de algunos días la declaración de la patrona de la casa en que se alo-

jaba el galanteador favorece a los detenidos, y siendo ya imposible retener a los inocentes, son puestos en libertad, no sin haber pasado amargos días de pesadumbre.

Este episodio, que viene a aumentar el número de



desdichas y contratiempos que sufrió Cervantes en su accidentada vida, ha servido a los cervantistas para anotar preciosos datos de su biografía.

Se ve que Cervantes, algunos meses después de publicada la primera edición del *Quijote*, vivía en Valladolid en una casa modesta, en un barrio alejado, frente al matadero y cerca del Campillo del Rastro, a orillas del Esgueva. Y, según hemos visto, vi-

vían con él su hermana mayor Andrea, ya señora respetable de sesenta y un años, con su hija Constanza; su otra hermana, Magdalena, la predilecta de Cervantes, "beata de más de cuarenta años„, según el sumario, e Isabel, hija de Cervantes. Su mujer, doña Catalina, no estaba en Valladolid, pues prefería quedarse en Esquivias a vivir con la familia de su marido. Una ausencia más de las muchas que, en la vida de casados, les había separado.

Y de la sumaria se deduce también un triste dato. A Cervantes, la venta de su obra, el inmortal *Quijote*, que ha producido, y sigue produciendo, tanto a editores nacionales, y a extranjeros con las traducciones, no le produjo bastante para vivir aun con holgura, y seguía siendo así como agente de negocios, ocupación que indudablemente le produciría más que cuanto escribiese con su preciosa pluma. Dedúcese esto por la declaración que presta doña Andrea, que dice que su hermano recibía algunas visitas "por ser hombre que escribía y trataba negocios, y que dicho Méndez le había pedido que fuese al reino de Toledo á hacer ciertas fianzas para las rentas que había tomado„. De lo cual se deduce que Cervantes continuó en Valladolid las agencias de negocios que durante su estancia en Sevilla le ocuparon tanto tiempo, como una ayuda para poder vivir con el decoro propio de una persona que ya era conocida y estimada.

No mucho después, en 1606, dispuso el veleidoso duque de Lerma que la corte se trasladase a Madrid, sin atender los lamentos y las protestas de los engañados valisoletanos, y más atento á las dádivas y favores de los madrileños.

Cervantes levantó la casa, y con toda la familia se trasladó también a Madrid.

El "Quijote„ de Avellaneda.

A pesar de los privilegios que por cierto número de años concedía el Consejo Real a los autores para que sin su consentimiento no pudieran reimprimir sus obras, había muy poca honradez y escrupulosidad literaria en autores y editores en aquellos tiempos. Eran muy frecuentes las ediciones apócrifas, la mayoría de las veces notablemente alteradas, que se hacían en diversos puntos de España. Y no era eso lo malo, sino que sin delicadeza y sin pundonor profesional, autores noveles o desconocidos firmaban sus obras con nombres ilustres. Véase un caso concreto ocurrido a Francisco de Rojas, el autor de *García del Castañar*, y que nos cuenta él mismo en el prólogo de la Segunda parte de sus comedias.

"Imprimen en Sevilla—dice—las comedias de los ingenios menos conocidos, en nombre de los que han escrito más; si es buena la comedia, usurpando á su dueño la alabanza; y si es mala, quitando la opinión al que no la ha escrito. Habrá quince días que pasé por las Gradas de la Trinidad, y entre otras comedias que vendían en ellas, era el título de una *Los desatinos de amor,* de don Francisco de Rojas. ¿No

me basta (dije) mis *desatinos*, sino que con mi nombre bautizan los ajenos?... Dos comedias de las que leyeres en este libro, andan impresas por esas esquinas; pero tan mal, que les falta más de la tercera parte; que en Zaragoza y Sevilla quitan a cada comedia dos pliegos, porque se puedan ceñir en cuatro.„

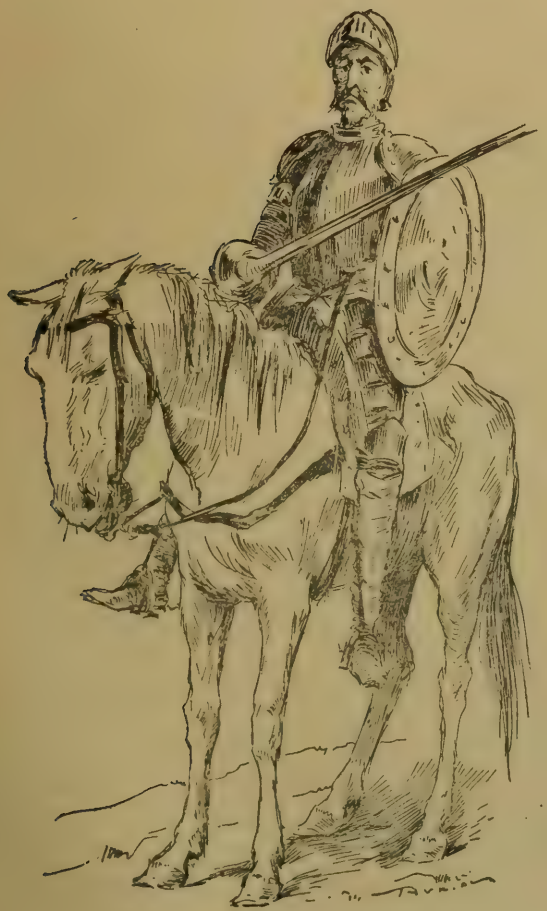
Y no hablemos de los plagios, que eso era moneda corriente, y desde Lope de Vega hasta el más insignificante poetilla, no se paraban en barras para entrar a saco en cercado ajeno. No faltaban tampoco desahogados continuadores de segundas partes, que aprovechaban el título de una obra conocida y estimada para despacharse a su gusto prosiguiéndola, a despecho del verdadero autor, quien era el primer sorprendido al ver que alguien se le había adelantado, sin pedirle autorización para proseguir su obra. A Mateo Alemán, el autor de *Guzmán de Alfarache*, antes de que pensase en publicar la segunda parte, se la dió hecha un autor valenciano bajo el pseudónimo de Juan Martí.

Con el *Quijote*, obra tan popular desde su aparición, ocurrió lo mismo. Escribiendo estaba Cervantes el capítulo 58 de la Segunda parte cuando supo con sorpresa que los libreros de la corte ponían a la venta un *Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda*, impreso con licencia en Tarragona, año de 1614, obra de la que no fué Cervantes ni aún padrastro, como lo era de la primera parte, del *Quijote,* según dice él mismo.

Graciosísima es la sorpresa e indignación que siente don Quijote en la venta, camino de Barcelona, cuando se entera de la publicación de la *Segunda parte de su vida,* de lo que estaba bien ajeno. Cervantes, por boca del caballero manchego, traza en cuatro rasgos la sorprendente escena.

Dice así el hidalgo: (1)

"Llegóse, pues, la hora del cenar, recogióse a su estancia don Quijote, trujo el huesped la olla así como estaba, y sentóse a cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de don Quijote



estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir don Quijote: Por vida de vuesa merced, señor don Gerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de don Qui-

(1) Segunda parte. Cap. 59.

jote de la Mancha. Apenas oyó su nombre don Quijote, cuando se puso en pié, y con oído alerta escuchó lo que del trataban, y oyó que el tal don Gerónimo referido respondió: ¿Para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la historia de don Quijote de la Mancha, no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo eso, dijo el don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que a mí en esto más me desplace, es que pinta a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo cual don Quijote, lleno de ira y de despecho alzó la voz, y dijo: Quien quiera que dijese que don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión el guardarla con suavidad y sin hacer fuerza alguna. ¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento. ¿Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aún cuanto dijere, que al buen pagador no le duelen prendas? Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tal lo parecían, y uno dellos echando los brazos al cuello de don Quijote, le dijo; Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, a despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego: y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó don Quijote, y sin responder palabra comenzó a hojearlo, y de allí a poco se le volvió, diciendo: En esto poco que he visto he hallado tres cosas dignas de reprensión. La primera, es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza, mi escudero, se llama Maria Gutiérrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien y en esta parte principal ye-

rra, bien se podrá temer que yerre en todas las demás de la historia.....„ (1).

Pero lo grave y extraordinario del caso es que el tal Avellaneda, no sólo peca de osadía y despreocupación al apoderarse de lo que no es suyo, sino que arremete contra el viejo y noble Cervantes y le injuria y le calumnia, como lo haría un rufián, en el prólogo de la obra.

Subrayadas van todas las injurias e insidias:

"Como casi es comedia la historia de don Quijote de la Mancha,—dice el Avellaneda—no puede ni debe ir sin prólogo; y así sale al principio desta segunda parte de sus hazañas este, *menos cacareadò y agresor de sus lectores que el que á su primera parte puso Miguel de Cervantes Saavedra y más humilde que él segundó en sus novelas, más satíricas que ejemplares,* si bien no poco ingeniosas. No le parecerán á él, lo son las razones desta historia, que se prosigue con la autoridad que él la comenzó y con la copia de felices relaciones que a su mano llegaron *(y digo mano, pues confiesa de sí que tiene solo una; y hablando tanto de todos, hemos de decir del que, como soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos, tiene más lengua que manos) pero quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su segunda parte;* pues no podrá, por lo menos, dejar de confesar tenemos ambos un fin, que es desterrar la perniciosa lición de los vanos libros de caballerías, tan ordinario en gente rústica y ociosa; *si bien en los medios diferenciamos; pues él tomó por tales el ofender a mí, y particularmente a quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras y la nuestra debe tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas e innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo, y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo*

(1) Hay que confesar que Avellaneda tenía razón en este punto. Cervantes llama por primera vez *Mari Gutiérrez* a la mujer de Sancho en el cap. VII de la primera parte. Y unos cuantos renglones antes Sancho dice que su mujer era *Juana Gutiérrez*. Y ya en la segunda parte, cap. V, no acordándose Cervantes de los nombres anteriores, la llama por vez primera *Teresa Panza*.

Oficio se debe esperar... (1) *Y pues Miguel de Cervantes es ya viejo como el castillo de Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos (como él dice) al Preste Juan de las Indias o al Emperador de Trapisonda, por no hallar titulo quizás en España, que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca*, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien murmura, y ¡plegue a Dios aún deje, ahora que se ha acogido á la Iglesia y sagrado! Conténtese con su Galatea y comedias en prosa; que eso son las más de sus novelas: no nos canse. Santo Tomás en la 2, 2, q. 36, *enseña que la envidia es tristeza del bien y aumento ajeno*..... Pero disculpa los yerros de su Primera parte, en esta materia, *el haberse escrito entre los de una cárcel; y así no pudo dejar de salir tiznada dellos, ni salir menos que quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados*„...

Véase ahora cómo contesta Cervantes al villanesco ataque en el prólogo de su Segunda parte, y

---

(1) Alude en este párrafo a la conversación que en el capítulo L del *Quijote* sostienen el canónigo de Toledo y el Cura, condenando la falta de verosimilitud y orden que encuentran en las obras dramáticas, entonces en boga, en las cuales «un niño en mantillas en la primera escena del primer acto y en la segunda sale ya hecho hombre barbado. ¿Y qué mayor disparate que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde; un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregatriz? ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden o podían suceder las acciones que representan, sino que he visto comedias que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda, en Asia, la tercera se acabó en Africa, y aún si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabará en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo?...»

Esta crítica la interpreta Avellaneda como un ataque de Cervantes a Lope de Vega, en cuya defensa sale el autor tordesillesco. Pero no ha querido fijarse en que Cervantes dice también: «Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos dellos

compárese la nobleza del uno y la ruindad del que, no sólo fué expoliador, sino también calumniador:

"Válame Dios—empieza exclamando Cervantes—y con cuanta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, ó quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del segundo *Don Quijote;* digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado; con su pan se lo coma, y allá se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimacion de los que saben donde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla

---

hay que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarían si no fuesen de aquel jaez...»

Y para que se vea la malévola suspicacia del oficioso Avellaneda, no repara tampoco en el elogio de Lope de Vega que hace Cervantes, cuando añade: «y así procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra, le pide, y que esto es una verdad, vése por muchas e infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos días, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y, finalmente, tan llenas de elocución y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama, y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas como han llegado algunas al punto de perfección que requieren.»

En cuanto a lo que dice de que Cervantes trata de ofender también al Avellaneda, se desconoce en qué pudiera darse por ofendido de un modo concreto a la par que Lope de Vega.

que libre en la fuga: y es esto en mi manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano de mis heridas, sin haberme hallado en ella... y háse de advertir. que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorar con los años. He sentido también que me llame envidioso, y que como á ignorante me describe qué cosa sea la envidia, que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada: y síendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo (1), engáñóse de todo en todo, que del tal adoro su ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa. Paréceme que me dices que ando muy limitado y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflicción al afligido, y que la que debe tener este señor es sin duda grande, pues no osa parecer á campo y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho traicion de lesa majestad. Si por ventura llegares á conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros y tantos dineros cuanta fama...

Dile también que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodándome al entremés famoso de la Perendenga, le respondo que viva el Venticuatro mi señor, y Cristo con todos; viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie; y vívame la suma caridad del Ilustrísimo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo...„

Y como si la defensa noble y enérgica de Cervantes no fuera bastante para anular completamente al falso

(1) Por Lope de Vega, según se desprende claramente del prólogo de Avellaneda.

licenciado Avellaneda, le remata cuando en el testamento de Don Quijote dice éste, dando muestras de una gran nobleza de alma, indignada por soberano desprecio:

"Item suplico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trujere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente se pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.„

¿Quién fué el licenciado Fernández de Avellaneda? Hoy está ya probado que el autor oculta su nombre verdadero bajo tal pseudónimo. Por más investigaciones que se han hecho no ha podido aún descubrirse quién fué el osado continuador del *Quijote*, y no faltan conjeturas más o menos fundamentadas (1).

Muchos y meritorios cervantistas opinan que el autor debió de ser un fraile o clérigo que tuviera algún grave resentimiento con Cervantes. Se cita como autor a fray Luis de Aliaga, fraile de mucha cuenta, personaje influyente en la corte de Felipe III y confesor de este monarca y a quien se odiaba mucho por su carácter interesado y astuto, tanto, que se le conocía con el sobrenombre de Sancho Panza, según sabemos por el poeta cortesano y satírico, el

(1) Menéndez y Pelayo estudia magistralmente esta cuestión en *El Quijote de Avellaneda*, tomo CXXXVI de *Escritores castellanos*.. Ultimamente se ha publicado un genial libro, titulado *Avellaneda es Cervantes*, en el cual se pretende probar nada menos que el autor del *Quijote* apócrifo es el mismo Cervantes y no otro autor anónimo, como es creencia firme y arraigada.—*Avellaneda es Cervantes*, Ricardo M. Unciti, Biblioteca Studium, 1915.

conde de Villamediana, en una conocida décima, que empieza así:

Sancho Panza, el confesor
del ya difunto monarca.

Creyóse aludido o retratado el fraile en el escudero de Don Quijote, y para venganza escribió el *Quijote* apócrifo. Hoy día es cada vez más discutida esta conjetura y hasta está casi abandonada.

También creen algunos que Lope de Vega fué el inspirador o instigador para que algún amigo y admirador suyo escribiese el segundo tomo, vengándose así de la crítica que de sus obras dramáticas cree que hace Cervantes en el *Quijote* (1). También ha sido rechazada en absoluto esta hipótesis.

Citan otros nada menos que a Bartolomé Leonardo Argensola, o a Alarcón o Tirso de Molina, hipótesis aún más fantásticas e infundadas.

Quien más probabilidades lleva hoy de ser el autor del falso *Quijote* es un poeta aragonés llamado Alfonso Lamberto, quien, habiendo acudido a unas Justas poéticas en Zaragoza, en 1647, fué duramente vejado por sus malos versos y a quien se le conocía por el apodo de *Sancho Panza*.

A Sancho Panza, el estudiante
oficial o paseante,
cosa justa á su talento,
le dará el verdugo ciento (2),
caballero en Rocinante,

es la condena del fiscal de las Justas censurando sus ramplones versos. "Este poeta—dice el biógrafo Pellicer (3),—a quien se le llama Sancho Panza, y cuyo nombre se calla, parece que es el fingido Alonso Fer-

(1) Véase Primera parte, cap. XLVII.

(2) Azotes.

(3) Véase la *Vida de Cervantes* y notas de J. A. Pellicer en la edición del *Quijote*, de 1798, en Madrid, por Saneha.

nández de Avellaneda.„ Suposición qne luego amplía con nuevos datos. Menéndez y Pelayo es de la misma opinión que Pellicer y hasta cree que el sabio Alisolán—historiador arábigo supuesto, como el Cide Hamete Benengeli de Cervantes—es un anagrama de Alonso Lamberto. Conjetura muy verosímil que tiene muchos partidarios. Sin embargo, hasta hoy continúa siendo realmente un enigma el verdadero nombre de Avellaneda, y aun ha empezado a correr la

especie de que bajo ese pseudónimo se ocultaba el poeta Pedro Liñán de Riaza.

De la obra de Avellaneda poco hemos de decir. Ni por el estilo ni por la narración puede compararse con la de Cervantes. Es una imitación burda de bisutería comparada con una afiligranada joya. El Don Quijote de Avellaneda es un loco rematado, un pobre orate a quien se le ocurren verdaderas simplezas.

Quiere imitar el Quijote cervantino y le falta la grandeza y altura de miras que guían al verdadero caballero en todo sus actos. *Quiso ser él y no acertó á serlo*, dice el mismo Cervantes (1). Sancho Panza es un escudero grosero y soez; le falta la gracia, la picardía del verdadero Sancho; y no es más que un criado burdo y solapado que en vez de admirar a su amo—como lo hace a veces Sancho el bueno,—es el primero en reirse de las tonterías de su amo. Tanto el caballero como el escudero son dos figuras grotescas e innobles.

Grosero e innoble lo es también en su lenguaje el Avellaneda. Leyendo ciertos pasajes se ve que fué persona de pésima educación y de un gusto mucho más pésimo aún. Véase una muestra de su ingenio, elegida al azar:

"Dime por Dios, Sancho amigo, si esta gente te ha hecho algún tuerto o desaguisado... Señor, dijo Sancho, ninguno desta casa me ha hecho tuerto; que como v. m. ve, los dos ojos me tengo sanos y buenos, que saqué del vientre de mi madre; ni tampoco me han hecho desaguisado; antes tienen guisada una olla y un conejo tal, que el mismo Juan de Espera en Dios la puede comer...„

Y para remate, tiene episodios tan crudamente obscenos, como el cuento del *Rico desesperado*, entre otros, que causan verdaderas náuseas. Y, sin embargo, la censura eclesiástica dice en la aprobación que la obra "no contiene cosa deshonesta ni prohibida„ según afirma el censor, todo un señor doctor y canónigo de la Santa Iglesia de Tarragona.

La obra de Avellaneda no tuvo aceptación alguna y hasta pasó casi ignorada para la generalidad del pueblo, y si no hubiera sido porque el mismo Cervantes, al defenderse de las insidias del libro, hablase de Avellaneda, hubiera pasado inadvertido, tan poco mérito literario tiene. Sólo se conoce una edición en

(1) Prólogo de las *Comedias y entremeses*.

el siglo XVI, y hasta primeros del siglo XVIII, en que Lesage, escritor francés, autor de *Gil Blas*, *El bachiller de Salamanca* y otras imitaciones o traducciones del español perfectísimas a tal punto de que Isla, al traducir el *Gil Blas* cree que la obra de Lesage es traducción de un manuscrito *robado* a un español; hasta que Lesage — como decimos — hizo una traducción en 1704 de la obra de Avellaneda, mejorándola en quinto y tercia y eliminando las situaciones soeces, nadie volvió a acordarse del *Quijote* apócrifo. La traducción de Lesage fué un gran éxito literario, y como entonces en España todo lo francés y toda su estirada y artificial literatura pseudo-clásica era admirada y puesta de moda por algunos escritores francófilos, como Luzán, Nasarre y Montiano, el *Quijote* de Tordesillas tuvo un éxito transitorio, e igual ocurrió con la edición que Nasarie hizo bajo el pseudónimo de Isidro Perales en 1732, hasta hubo autor, como Montiano, que lo juzgó superior al de Cervantes. ¡Dios le haya perdonado la heregía! Desde entonces, de vez en cuando, se hacen algunas ediciones, y se lee sólo como libro de consulta o por mera curiosidad literaria (1).

(1) Véase la reimpresión de Barcelona (1905), con una introducción de M. Menéndez y Pelayo.

La imprenta de Juan de la Cuesta.

Bajando por la calle de Atocha, al llegar al Hospital del Carmen, fijaos en la fachada de la iglesia y veréis en ella una lápida, artísticamente labrada, que indica el lugar donde estuvo la imprenta de Juan de la Cuesta, en la que se compuso la primera edición príncipe del *Quijote*. Lugar venerable que todo amante de nuestros clásicos mira al pasar con respeto y cariño, pues de aquella imprenta, que perteneció primeramente a otro impresor muy conocido de los buenos bibliófilos, Pedro del Madrigal, salieron famosas obras del siglo XVI y XVII que hoy nos deleitan con su lectura.

El nunca bastante alabado cervantista, Cristóbal Pérez Pastor, nos dá en sus *Documentos cervantinos* los siguientes datos sobre la famosa imprenta:

"Pedro Madrigal, natural de Negrilla, provincia de Salamanca, aprendió en esta ciudad el oficio de impresor, llegando á ser uno de los mejores oficiales, entre los muchos que allí había.

Hacia 1586 se estableció en Madrid, donde había pocas imprentas, á cuyo fin se trajo de Salamanca varios materiales que compraría de alguna antigua imprenta de aquella ciudad.

Puso la imprenta en unas casas que alquiló en el camino de Atocha, más abajo del Hospital de Antón Martín, las cuales pronto pensó adquirir, pues en 1587 tomó dinero á censo para ayudar á pagar el primer plazo de dicha compra, que importó en total 825 escu-

dos, 425 en el primer plazo, y los demás á ciertos plazos, con el cargo de la veintena cada vez que se vendiese, y de un censo de 107 reales y 14 maravedises y seis gallinas cada año.

La casa estaba situada "*por delante la calle de Atocha, por las espaldas, casas de Pedro López, cordonero, por un lado, calle nueva, que llamamos de los Reyes* (1), *y por el otro, solares de Pedro de Prado.*„

En esta casa siguió la imprenta de Madrigal mientras éste vivió, y en la misma continuó después de su muerte, acaecida en 1594, pues habiendo su viuda contraído segundas nupcias con Juan Iñiguez de Lequerica, impresor de Alcalá, las imprentas del marido en Alcalá y la de la viuda de Madrigal, María Rodríguez, siguieron funcionando independientemente.

Siguió la viuda con los antiguos oficiales hasta encontrar un regente entendido que dirigiera los trabajos, para cuyo cargo se buscó á Juan de la Cuesta,

(1) La actual *Costanilla de los Desamparados*.

que establecido en Segovia con una pequeña imprenta, vino a Madrid y entró en casa de María Rodríguez en noviembre de 1592, pocos meses después de enviudar por segunda vez la María Rodríguez.

Su celo y buena dirección serían parte a modificar el primitivo contrato, pues además de darle casa en la dicha imprenta, se le concedió el derecho de poner su nombre en las portadas de los libros que en dicha casa se imprimían y hacer todos los contratos con los autores y editores, los conciertos con los oficiales de la imprenta y las compras de papel.

De orden de Felipe III se trasladó en 1609 el Colegio de Niños desamparados, que estaba en la calle de Santa Isabel, á la de Atocha, y se mandó labrar la casa é iglesia del actual hospital de Nuestra Señora del Carmen, con cuyo motivo el dicho Colegio debió ofrecer á María Rodríguez, en cambio de la casa de la imprenta, otra, que era de dicho Colegio, situada en la calle de San Eugenio, y la segunda á la derecha, entrando por la de Santa Isabel.

Por los años 1610 á 1611 ocurrió la muerte de María Rodríguez, pasando la referida casa é imprenta á poder de María de Quiñones, viuda de Pedro Madrigal, hijo, que era impresor como su padre, y continuando la tipografía bajo la dirección de Juan de la Cuesta.

Con estos datos se puede afirmar que la edición príncipe de la primera parte del *Quijote,* se imprimió por primera vez en el mismo sitio donde hoy está la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, y la segunda parte en la calle de San Eugenio, segunda casa, antigua, de la derecha, entrando por la de Santa Isabel.„

Las obras impresas en casa de Juan de la Cuesta, tienen en la portada el escudo que figura en la primera edición del *Quijote,* con el lema *Post tenebras spero lucem*, lema que algunos comentaristas del *Quijote*, poco o nada versados en bibliografía, creen es una alusión a los ataques contra el absolutismo de la Inquisición, el Rey, el duque de Lerma, los nobles y otras sutilezas por el estilo, que según ellos encubre el *Quijote* y que pretenden desentrañar y explicar a su manera; lo cual hoy ningún cervantista toma en serio. A estos comentaristas maliciosos, hay que oponer la opinión que dió sobre la obra de Cer-

vantes, há mucho tiempo, el erudito don Bartolomé José Gallardo:

"El *Quijote*—dice—es una mina inagotable de discreciones y de ingenio, y esta mina, aunque tan beneficiada en el presente y en el pasado siglo, admite todavía gran laboreo. ¡Es mucho libro éste! Comúnmente se le tiene por un libro de mero entretenimiento, y no es sino un libro de profunda filosofía.„

Véase si no decíamos con razón que aquel lugar donde estuvo la primitiva imprenta de Cuesta despierta un recuerdo venerable a los amantes de nuestros clásicos.

La segunda parte del "Quijote„

En la dedicatoria de las *Comedias y entremeses* al conde de Lemos, escrita en septiembre de 1615, dice a su protector: "Don Quijote de la Mancha queda calzadas las espuelas en su segunda parte para irá besar los pies de V. E„; y, efectivamente, en el mes de noviembre del mismo año volvió el hidalgo manchego a sus correrías por el mundo, después de nueve años de estarse quedo y silencioso en su lugar. Y añade: "Creo que llegará quejoso, porque en Tarragona le han asendereado y mal parado„, aludiendo al *Quijote* de Avellaneda,

Imprimió también la Segunda parte el célebre Juan de la Cuesta; pero como a éste le habían obligado a trasladar sus talleres, en 1609, a la calle de San Eugenio, "en la segunda casa a la derecha, entrando por la de Santa Isabel„ (1), aunque próximo al lugar de donde salieron las tres primeras ediciones madrileñas de la primera parte, la segunda se imprimió en este taller de la calle de San Eugenio.

Según la tasa, los ejemplares fueron vendidos a 292 maravedíes; o sean unos ocho reales y medio, al mismo precio que los de la Primera parte.

Poco tiempo quedaba de vida a Cervantes cuando el público, lleno de curiosidad excitada por el primer tomo, volvía a seguir con fruición las aventuras

(1) Véase «La imprenta de Juan de la Cuesta», pág. 164.

del ingenioso Hidalgo. Tenía Cervantes entonces sesenta y ocho años cumplidos; escasamente vivió después cinco meses, sin darle tiempo de saborear el triunfo que con su segunda aparición había tenido Don Quijote.

Y no parece sino que presentía su próxima muerte y quería aprovechar el tiempo perdido en la ociosidad literaria y empleado en prosaicas faenas administrativas en Andalucía, para legar a la posteridad los exquisitos frutos de su delicado ingenio. Antes de la segunda parte del *Quijote*, a últimos de 1613 publica las *Novelas ejemplares*. En el prólogo nos dice que, sesentón, con las barbas que fueron há veinte años de oro, ya de plata, casi todos sus dientes desaparecidos y ya "algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies„, es viejo aquel que en la batalla naval de Lepanto perdió la mano izquierda de un arcabuzazo, luchando con el ardor y valentía de su juventud.

A últimos del año siguiente (1614) publica su *Viaje del Parnaso*, curioso poema que tiene mucho de autobiográfico y en el cual va exponiendo el juicio que le merecen los poetas de su época, como también lo hizo Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*.

Y muy poco antes de publicar la segunda parte del *Quijote* reune en un tomo, después de elegirlas cuidadosamente, *ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados*, con lo cual nos legó varias de sus obras dramáticas. "antes impresas que representadas„. Cuestión fué de amor propio la publicación de esta obra. Él mismo lo confiesa en el prólogo. Los autores (así se llamaban los cómicos) hacían poco aprecio de las comedias cervantinas, tanto, "que no hallé—dice—autor que me las pidiese, puesto que sabía que las tenía; y así las arrinconé en un cofre y las consagré y condené a perpétuo silencio. En esta sazón me dijo un librero que él me las compraría si un autor de título no le hubiese dicho que de mi prosa se podía esperar mucho, pero que del verso nada; y, si va a decir la verdad, cierto que me dió pesadumbre el

oirlo...„, y tan cierto, que aun el mismo Cervantes dijo lo mismo, con su modestia, en el *Viaje del Parnaso:*

Yo, que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia, que no quiso darme el cielo,

la crítica, bien poco autorizada ciertamente, del autorcillo, le llegó á lo vivo, y sacando del cofre las comedias y entremeses, leyólas atentamente "ví no ser tan malas ni tan malos, que no mereciesen salir de las tinieblas del ingenio de aquel autor á la luz de otros autores menos escrupulosos y más entendidos.„

Y véase como la ligereza o pedantería de un cómico hizo que Cervantes nos legase en un tomo sus obras dramáticas.

Una prueba también de la actividad literaria que siente en sus postreros días, es que promete publicar después del *Quijote* la segunda parte de su *Galatea*, los *Trabajos de Persiles y Sigismunda* y luego las *Semanas del Jardín*. Por desgracia, la muerte no le dejó terminar más que el *Persiles y Sigismunda*. De las otras dos, nada se sabe. Desde luego no se publicaron; quien sabe si a su muerte la viuda dejaría que se perdiesen los originales entre los muchos papeles, notas y apuntes que Cervantes, como todos los escritores, dejaría al morir, y si una mano cariñosa no recoge, siquiera como un recuerdo, que representa las últimas ilusiones y esperanzas del muerto, se pierden para siempre.

La Segunda parte del *Quijote* fué la última obra que vió publicada, pues el *Persiles* no se puso a la venta hasta primeros del año siguiente, ocho meses después de su muerte.

La influencia de los libros de caballerías

Siempre lo maravilloso, lo fantástico y lo estupendo, todo aquello que deja ancho campo a los vuelos insensatos de la imaginación, cuanto halaga por lo extraordinario o antinatural la insana curiosidad, ha tenido y tendrá acogida en los gustos del público de todas las épocas. ¿No tiene hoy un público numerosísimo y ferviente la novela policíaca, menos artística e interesante que los libros de caballerías? Libros de caballerías científicos son las obras de Julio Verne que nos suspendían y maravillaban, como aún hoy deleitan y entusiasman a nuestros hijos. Bien saben los juglares modernos, esos ciegos que van por las plazas de los pueblos con esas pinturejas en lo alto de una percha, que cuanto más horripilantes sean las figuras, mayor será el círculo que se formará a oir el romance.

Pero los libros de caballerías eran algo más que obras que interesasen al pueblo por lo fantástico y maravilloso, era que aquello tan estupendo estaba en relación con el estado de los ánimos, acostumbrados desde hacía siglos a todo lo grande y esforzado, a la

hazañas de un Gran Capitán, a la osadía de un Cristóbal Colón, a la temeridad de un Hernán-Cortés..... El pueblo necesitaba algo aún más maravilloso para saciar su imaginación, y de ahí el éxito de los libros de caballerías. Gigantes por su valor, de carne y hueso, los veía todos los días acometer aventuras en las cuatro partes del mundo, y necesitaba aún gigantes legendarios que pudieran interesarle, y éstos los encontraba en la lectura de los *Amadises*, *Felixmartes, Olivantes* y *Palmarines*. Y tan acostumbrado estaba el pueblo a oir hablar de portentosas hazañas y de increíbles aventuras reales y verdaderas, que se dió a creer que aquéllas que leía, aún las más inverosímiles y las más fantásticas, habían ocurrido y eran ciertas. Y en apoyo de cuanto decímos, véase el siguiente conocidísimo párrafo del *Quijote* que plásticamente describe la influencia de los libros de caballerías: (1)

"... y como el cura dijese que los libros de caballerías que don Quijote había leído le habían vuelto el juicio, dijo el ventero:

—No sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo, no hay mejor leyenda en el mundo, y que tengo por ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo á mí, sino á otros muchos, porque cuando es tiempo de la siega se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos del más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil cosas: á lo menos de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noche y días.

—Y yo ni más ni menos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino cuando aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado que no os acordais de reñir por entonces.

—Así es la verdad, dijo Maritornes; y á buena fé

(1) Primera parte, Cap. XXXII.

que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciendo la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles.

—¿Y á vos qué os parece, señora doncella?, dijo el cura, hablando con la hija del ventero.

—No sé, señor en mi ánima, respondió ella; también yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo recibo gusto en oillo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasión que les tengo.

—¿Luego bien remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran?

—No sé lo que me hiciera, respondió la moza, sólo sé que algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil cosas parecidas: y ¡Jesús! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado lo dejan que se muera ó que se vuelva loco: yo no sé para qué es tanto melindre; si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa.

—Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto.„

Y como quiera que el cura quisiera quemar algunos de los libros de caballerías que tanto estimaba el ventero, diciéndole que todo lo que contaban eran disparates y devaneos, exclamó el ventero muy convencido:

—A otro perro con ese hueso, como si yo no supiese cuantas son cinco. y donde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco; bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sean disparates y mentiras, estando impresos con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gentes que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamienios que quitan el juicio.

—Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto

se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos, y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar. así se consiente imprímir, y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros.„

El llorado maestro Menéndez y Pelayo nos cuenta también varias interesantes anécdotas (1) sobre la creencia del vulgo de que tales aventuras eran reales, tan gran influencia producían en sus imaginaciones.

Cuenta D. Francisco de Portugal en su *Arte de la galantería* que un caballero de su nación encontró un día, al entrar en su casa, llorando a su mujer, a sus hijos y a los criados. Sobresaltóse el caballero y preguntó muy acongojado si algún hijo o deudo había muerto. Respondiéronle ahogados en llanto que no. Entonces replicóles aún más confuso: "Pues ¿por qué llorais?„ Y dijéronle a coro: "*Señor, háse muerto Amadis*„, como lo acababan de leer en su historia, tan grande era el cariño y la admiración que aquel valiente y enamorado caballero había despertado en ellos.

Melchor Cano, en su libro *Lugares teológicos*, refiere haber conocido a un sacerdote que tenía por verdaderas las historias de Amadis y Don Clarian, alegando la misma razón que el ventero del *Quijote*, que cómo podían decir mentiras libros impresos con aprobación superior y privilegio real.

Otro autor, Alonso de Fuentes, en la *Summa de philosophia natural*, traza la semblanza de un doliente, precursor del hidalgo manchego, que se sabía de memoria todo el *Palmerín de Oliva* y "no se hallaba sin él aunque lo sabía de coro„.

---

(1) *Colección de escritores castellanos, Cultura literaria de Cervantes*, tomo CXXXVI.

En cierto cartapacio de D. Gaspar Garcerán, conde de Guimerán, fechado en 1600, se cuenta de un estudiante de Salamanca que "en lugar de sus liciones leía en un libro de caballerías, y como hallase en él que uno de aquellos famosos caballeros estaba en un aprieto por unos villanos, levantóse de donde estaba, y empuñando un montante, comenzó a jugarlo por el aposento y esgrimir en el aire, y como le sintieran sus compañeros, acudieron a saber lo que era, y él respondió: "Déjenme vuestras mercedes, que leía esto y esto y defendía a este caballero. ¡Qué lástima! ¡Cuál le tratan esos villanos?„

Otro caso de locura furiosa cuenta D. Luis Zapata en su *Miscelánea*, como acaecido en sus tiempos, antes de 1599. Un caballero muy manso, muy cuerdo y muy honrado, sale furioso de la corte sin ninguna causa y comienza a hacer las locuras de Orlando, "arroja por ahí sus vestidos, quédase en cueros, mató a un asno a cuchilladas y andaba con un bastón tras los labradores a palos.„

Y véase como Cervantes, que tal vez conociera estos casos concretos de monomanía caballeresca, hizo de su caballero manchego, no una ficción, sino un personaje tomado quizás de la misma realidad. Y tampoco exagera cuando, en el escrutinio que hacen el cura y el barbero en la librería de Don Quijote, nos cuenta que "entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños, y así como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo:

—Tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros y nos encanten, en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo. Causó risa al licenciado la simplicidad del ama y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues po-

día ser hallar algunos que no mereciesen el castigo de fuego.

—No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores; mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos, y pegarles fuego, y si no llevarlos al corral, y allí se hará lo hoguera y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama; tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes...„

El *Quijote* es un libro de caballerías lleno de agudísimas y donosas burlas y bien se ve el propósito de Cervantes de "derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más„, sana intención que vuelve a repetir en las últimas líneas de su hermosa obra, "pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por los de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna„.

Y murieron atacados por lo ridículo, que es la muerte más afrentosa y más segura. Fué, de este modo—dice Menéndez Pelayo—el *Quijote* el último de los libros de caballerías, el definitivo y el perfecto.

La Vejez.

Aquel Cervantes joven, animoso, entusiasta, que dominado del afán de aventuras, propio de su época logra por fin ir a la deseada Italia lleno de ilusiones;' que después guerrea como un valiente más en los tercios españoles y es héroe en la batalla de Lepanto; el cautivo arrogante y digno, sufrido y generoso, arriesgado y prudente, según las ocasiones; aquél que escribió la pastoril *Galatea* ilusionado de amores, y que después de haber gozado del primer idilio amoroso de la juventud con aquella Ana de Franca, se casa luego vulgarmente, como un hidalguete de lugar, en la tristona Esquivias con la sencilla doña Catalina de Palacios, y que acometido de pronto de sus impulsos aventureros, a poco de casado, se lanza a la vida ajetreada y azarosa de comisionado por las Andalucías, donde respira a sus anchas y goza de la libre, variada y arriesgada vida que constituía el fondo de su carácter, y que después de largos años de sufrir penosos trabajos y amargos desengaños y las tristezas de la prisión en inmundas cárceles, vuelve cansado, desilusionado y se rodea de su familia

en Valladolid, y termina, retoca y publica su Don Quijote de la Mancha; aquel hombre, de vida tan accidentada y pintoresca, es ya un sesentón, domado por los años y el agobio de los trabajos.

Vivía en la calle de la Magdalena, al principio, próximo a los conventos de la Merced y de la Trinidad (1), a donde había trasladado su hogar desde Valladolid. Sus dos hermanas, Andrea, señora ya respetable de más de sesenta años, Magdalena, ya muy entrada en los cincuenta, y su mujer doña Catalina, también ya cincuentona, vivían con él. Su hija natural Isabel, por segunda vez casada, vivía con su marido, Luis de Molina, en casa propia que habría heredado de su primer marido, Diego Saiz del Aguila, en la calle de la Montera, junto al moderno Pasaje de Murga y frente a la calle de Jardines (2). Y en aquella casa de la calle de la Magdalena, Cervantes se dedica a sus trabajos literarios, rodeado de aquella familia tan allegada, y en aquel ambiente tranquilo escribe sus últimas obras.

Las tres mujeres, que vestían el hábito de la Orden tercera, estaban entregadas por completo a sus devociones; y entre misas, novenarios y cuarenta horas dejarían parte del día solo a Cervantes, que dominado de la actividad literaria de que dió notables pruebas en los últimos años de su vida, corregiría, puliría sus últimas obras, disfrutando de esa paz y tranquilidad que no había tenido nunca en su juventud. Y en esa edad en que la imaginación, rotas las alas, vuela

(1) El convento de la Merced ocupaba el lugar que es hoy Plaza del Progreso. El de la Trinidad era el antiguo Ministerio de Fomento, hoy derruído, en la calle de Atocha, y llegaba hasta la calle de la Magdalena.

(2) Hasta hace algunos años se daba como hecho cierto que Isabel de Cervantes había sido monja profesa en las Trinitarias y compañera en religión de sor Marcela, la hija de Lope de Vega. Lejos de ser así, la hija de Cervantes fué dos veces casada, y su padre llegó a ser abuelo, pues del primer matrimonio Isabel tuvo una hija que murió en tierna edad.

a ras de tierra obligada por la razón fría y despiadada, Cervantes en el silencio de su estancia, recordando su juventud, lo que había visto y lo que había vivido, cuantas veces lanzaría burlonas carcajadas notando lo ridículo de aquellos tiempos de Felipe III, comparados con los que él había visto y vivido en los tiempos del padre, de Felipe II. Dos reinados había conocido, y bien podía juzgar los dos, ahora sobre todo, que consideraba las cosas fría y serenamente. Eran una antítesis completa el padre y el hijo. En lo físico no hay nada más distinto. Tiene Felipe III todo el aspecto de un pacífico burgués flamenco, con la cara gruesa, mofletuda, pelo rubicundo, mirar apacible y cuerpo fornido. Felipe II fué todo espíritu, todo nervio; Felipe III es todo materia, todo sangre. Verdaderamente que su aspecto es poco *real*, parece un hombre asombrado de ser rey, que con torpeza lleva tanta majestad como le han cargado sobre los hombros.

Ni en lo moral tampoco se parece ni remotamente. Felipe III abdica hasta de su dignidad en un privado, con tal de que no le perturben su pasividad comodona; no quiere, le cuesta trabajo pensar, y pensar nada menos que en gobernar el imperio que le dejaba su padre. Las devociones, la caza, eran su vida. ¡Oh, Felipe II, que no se movía la hoja de un árbol de tu gran imperio sin tu consentimiento!

Aquel Don Juan de Austria, el duque de Alba, el marqués de Santa Cruz, desfilarían ante los ojos de Cervantes tal como los conociera en su juventud y se preguntaría que cómo era posible que en tan corto tiempo los gigantes se convirtiesen en enanos.

Y desengañábase Miguel de que en los tiempos que corrían, la astucia, el favoritismo, la adulación, la complacencia, el soborno, eran las llaves falsas que abrían las puertas de aquella sociedad frívola, si se quería, no medrar, sino mal vivir al día. Y lo que nunca pudo ni supo hacer, cuando la juventud le daba fuerzas y bríos para luchar, ahora, viejo y achacoso,

tiene que buscar el apoyo de los grandes y poderosos.

Y al joven caballero conde de Saldaña, hijo segundo del omnipotente duque de Lerma, que picábase de poeta y protector de poetas y tenía justas poéticas en su palacio, moda que fué como plaga que se apoderó de todos los galanes caballeros de la corte y que era como la aurora que anunciaba la poética corte de Felipe IV, al conde de Saldaña dedica una oda cortesana y aduladora, demasiado artificiosa para ser sincera:

Florida y tierna rama
del más antiguo y generoso tronco
que celebró la fama
con acento sutil el metal ronco;
pues yo á tu sombra vivo,
laurel serás de lo que en ella escribo.
¡Oh, genio de Saldaña.
honra y amparo de mi dulce plumal,
sombra y amor me ofreces...

esto decía Cervantes, en 1613, al caballero Saldaña, al hijo del duque de Lerma, para pagarle algún favor... que bien pagado quedaba al verse así ensalzado por Cervantes.

A otro caballero, a un *sportman* de aquellos tiempos conocidísimo en la corte como "muy diestro en toda clase de ejercicios corporales y rejoneador de toros, matando uno furioso delante de Felipe IV, que le valió el aplauso poético de varios ingenios„ D. Diego de Tapia, caballero del hábito de Santiago, hijo de personaje muy influyente, el Sr. D. Pedro de Tapia, oidor del Consejo Real y consultor del Santo Oficio de la Inquisición, dedica Cervantes su *Viaje del Parnaso*, y hasta se cree que el prócer le costea la edición.

"Dirijo á Vmd.—le dice—este *Viaje* que hice al Parnaso, que no desdice á su edad florida ni á sus loables ejercicios. Si Vmd. le hace el acogimiento

que yo espero de su condición ilustre, él quedará famoso en el mundo y mis deseos premiados.„

Quienes más protegieron a Cervantes fueron el magnate conde de Lemos y el arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval, tío del duque de Lerma, Según se deduce de la dedicatoria de la *Estafeta del dios Momo*, del satírico Jerónimo Salas Barbadillo, el arzobispo tenía señalada pensión a algunos escritores de valía de su época, entre ellos Cervantes. "Recibió (el arzobispo)—dice Barbadillo—sin escrúpulo el libro del *Escudero Marcos de Obregón* y premió al autor, mandando que se le señalase un tanto cada día para que pasase su vejez con menos incomodidad. *La misma piedad ejercitó con Miguel de Cervantes*, porque le parecía que el socorrer a los hombres virtuosamente ocupados era limosma digna del Primado de las Españas.„ Cervantes alaba siempre que puede a sus dos protectores y les manifiesta su profunda gratitud. Al conde de Lemos dedica las *Comedias y entremeses*, las *Novelas ejemplares*, la segunda parte del *Quijote* y el *Persiles y Sigismunda*, en cuyos prólogos bien claramente se ve cuán agradecido está al amparo del conde.

Desvanécese con estos datos la vulgar leyenda de que Cervantes no cenó la noche en que terminó el *Quijote* y que, pobre y desvalido, pasó hambres y miserias. Lejos estuvo de gozar del bienestar que se merecía y sí eran más las necesidades que los recursos; pero la pobreza absoluta, felizmente, no la sufrió. Tristezas de las que desgarran el alma, causadas por la muerte de seres queridos, fueron las que ennegrecieron sus últimos años. En algo menos de dos ve conmoverse su hogar por la muerte de su hermana Andrea; un año después Magdalena, su otra hermana, muere también, dejando abatido al pobre Cervantes, solo con su mujer doña Catalina.

Y busca consuelo y lenitivo en el trabajo, y entre los años 1612 a 1616 es cuando más frutos da su es-

pléndido ingenio, según hemos visto en el capítulo anterior. La religión es también para él otra ocupación, y una necesidad impuesta por las ansias de su espíritu. Por añadidura nunca hubo en Madrid tanto fervor religioso, impuesto acaso por la moda, y nunca se vieron por las calles tantas y tan suntuosas procesiones, en las cuales, más que de sincera piedad y recogimiento, se hacían alardes de vanidad y ostentación, y lucían, caballeros y cortesanos, veneras y distintivos, pavoneándose ante las damas que ocupaban los balcones del largo trayecto. Cervantes perteneció a una de las cofradías más encumbradas, titulada *Indignos esclavos del Santísimo Sacramento*, inscrita en el convento de la Trinidad y trasladada años más tarde al Oratorio del Olivar, de la calle de Cañizares. Notable era también dicha cofradía por figurar en ella los escritores más ilustres de aquel siglo, y junto al nombre de Cervantes estaban los de Lope de Vega, Salas Barbadillo, Vicente Espinel y Quevedo, entre otros muchos.

También concurría Cervantes a las Academias, abiertas por aristócratas, y a las cuales acudían escritores, poetas, aprendices y caballeros aficionados, y en donde más se discutía y se murmuraba que se leía. Lo prueba el siguiente conocidísimo párrafo de una carta de Lope de Vega, contando lo ocurrido en la tertulia del hijo del duque de Pastrana, llamada humorísticamente *Academia Selvaje:*

"Las Academias están furiosas:—escribe Lope—en la pasada se tiraron los bonetes dos licenciados; yo leí unos versos con unos anteojos de Cervantes, que parecían huevos estrellados mal hechos."

Pero Cervantes con los trabajos, las penas y los desengaños iba empeorando en su salud. La traidora enfermedad que debilitaba su corazón agobiaba su cuerpo. Sus piernas flaqueaban, sus espaldas se encorvaban, y su figura venerable y simpática, era

mirada con respeto por las calles cuando pasaba lentamente para ir a sus devociones, a la imprenta de su amigo Juan de la Cuesta, donde se imprimían sus últimas obras, o a las Academias, en las cuales su opinión era muy solicitada en las lides literarias.

En verdad que bien pronto podía decir el insigne hombre aquello que su Alonso de Quijano el Bueno había dicho en solemne ocasión: "en los nidos de antaño no quedan pájaros ogaño."

La muerte.

En los primeros meses de 1616 Cervantes estaba en Esquivias, quizás para probar si los aires puros del campo y la descansada y monótona vida de aldea sentaban mejor a su salud. Mas fué inútil el intento, pues a más de no encontrar mejoría, la vida espaciosa y tranquila de pueblo le aburría, a él, siempre tan activo y ya hecho a las costumbres de la corte. Y un día, aprovechando la ocasión de que dos amigos tenían que venir a la corte, hace un esfuerzo, monta a caballo y vuelve a Madrid.

Pero dejemos que él mismo nos lo cuente, y notemos de paso cómo en aquel cerebro no faltaban energías; cómo la gracia, la sutil ironía de su estilo no le abandonan ni aun en los momentos agudos del ataque; página es la siguiente escrita quizás a retazos, entre dolor y dolor, y que, como uno de sus últimos escritos, merece leerse con cariño y admiración. Cuéntanos primero, con su gran humorismo, el encuentro con un estudiante, gran admirador suyo:

"Sucedió, pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que á mis espaldas venía picando con gran priesa uno que al pare-

cer traía deseos de alcanzarnos, y aún lo mostró dándonos voces que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venía vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales: verdad es que no traía más de dos, porque se le venía á un lado la valona por momentos y él tenía sumo trabajo y cuenta de enderezarla; llegando á nosotros dijo: ¿Vuesas mercedes van á alcanzar algún oficio ó prebenda á la corte, pues allí está su Ilustrísima de Toledo y su Majestad ni más ni menos, según la prisa con que caminan, que en verdad que á mi burra se le ha cantado el victor de caminante más una de vez? A lo que respondió uno de mis compañeros: El rocín del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa desto, porque es algo que pasilargo. Apenas hubo oído el estudiante el nombre de Cervantes, cuando apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cojín y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió á mí y acudiendo á asirme de la mano izquierda, dijo: Sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las musas. Yo que en tan poco espacio vi el gran encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder á ellas y así abrazándole por el cuello, donde le eché á perder de todo punto la valona, le dije: Ese es un error donde han caido muchos aficionados ignorantes: yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las musas, ni siquiera de las demás baratijas que ha dicho vuesa merced; vuelva a cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conversación lo poco que nos falta de camino: hízolo así el comedido estudiante; tuvimos algún tanto las riendas, y con paso sentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució, diciendo: Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará todo el agua del mar Océano, que dulcemente se bebiese; vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna.„

La contestación de Cervantes revela un pesismo resignado y como un presagio de un próximo fin, sin que se forje ilusiones de enfermo ni le asuste la idea de la muerte:

"Eso me han dicho muchos, respondí yo, pero así

puedo dejar de beber á todo mi beneplácito, como si para sólo eso hubiera nacido; *mi vida se va acabando*, y al paso de las efemérides de mis pulsos, que á más tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado; en esto llegamos á la puerta de Toledo y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos ganas de decillo y yo mayor gana de escuchallo. Tornele á abrazar, y volvióseme á ofrecer; picó á su burra, y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien habría dado gran ocasión á mi pluma para escribir donaires, pero no son todos los tiempos unos, tiempos vendrán quizás, donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta y lo que se convenía.„

Y termina con las siguientes palabras de desgarradora tristeza, que no pueden leerse sin honda emoción, con la misma emoción con que oiríamos a un moribundo despedirse serenamente de la vida:

"Adios, gracias; adios, donaires; adios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida.„ (1).

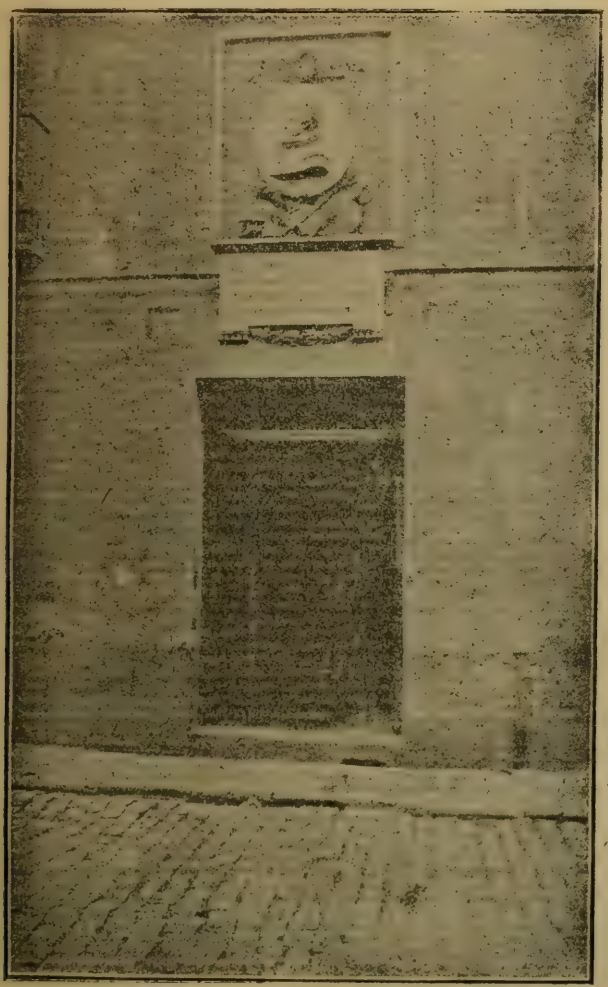
Vivía Cervantes entonces en la calle del León, en la casa que hoy hace esquina a la calle de Cervantes, que en aquellos tiempos se llamaba de Francos. Vecino suyo era el gran Lope de Vega, que en dicha calle de Francos habitaba la casa número 11 antiguo y 15 moderno, propiedad suya, y en la cual tenía oratorio particular, donde celebraba su misa cómodamente, a más de un huerto que él mismo cuidaba (2).

Por mi mano plantado tengo un huerto,
que, con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto,

(1) Prólogo de *Fersiles y Sigismnnda.*

(2) Dice Montalbán en la *Fama póstuma*, hablando de Lope, «haberle hallado muy de mañana regando su huerto, después de haberse desayunado con un torrezno y escrito el primer acto de una comedia.»

podía decir también como el otro gran poeta fray Luis de León. Contrastes de la vida: Cervantes ocupaba en la misma calle un piso segundo, harto modesto,



casi pobre, y cuyo techo dicen que estaba aguardillado (1). Allí vivió, resignado y paciente sus últimos

(1) La casa era propiedad del Capellán de las Trinitarias Francisco Martínez Marcilla, natural de Cuenca, que habitaba el piso primero. Ya sabemos que Cervantes vivía en el segundo. Debió haber

días, en compañía de su mujer, que ya no pensaba en escapatorias a Esquivias, pues harto necesitado de cuidados y atenciones estaba el pobre enfermo.

¡Oh, qué tristes días pasaría entre aquellas paredes al ver que sus fuerzas iban descaeciendo por momentos y la vida se le escapaba del cuerpo a cada nuevo ataque, que conmovía todo su ser con el pasmo del dolor! ¡Qué amargura se apoderaría de su alma viendo cuán poco le valió ser un genio y no tener quizás a veces lo preciso para costear medicinas que aliviasen sus dolores ni manjares finos que excitaran su dormido apetito!

¿Quién sabe si en uno de esos momentos de negra y callada desesperación y abatimiento escribiera a su insigne protector el arzobispo de Toledo, dándole cuenta de la enfermedad y de las necesidades que tan larga enfermedad ocasionaban en su pobre hogar?

Y es indudable que al enterarse el caritativo prelado de que aquel hombre, que él sabía muy bien apre-

---

gran armonía y amistad entre el propietario y su ilustre inquilino, como lo prueba el hecho de que el capellán Martínez Marcilla fué testamentario de Cervantes. La casa fué demolida en 1833, y construída de nuevo, es la actual. Desapareció, pues, todo rastro de la primitiva. Sobre el portal de la casa actual una lápida, colocada en tiempos de Fernando VII, a instancias del cronista madrileño Mesonero Romanos, conmemora el lugar donde murió Cervantes.

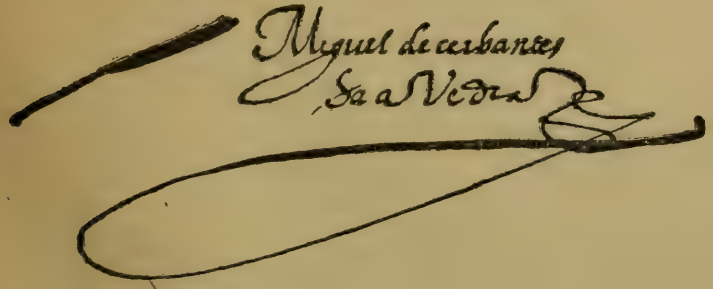
Cuando cambiaron el nombre de la calle de Francos por el de Cervantes cometieron un gran desacierto, porque la casa en que murió el inmortal escritor tenía la entrada por la de León; ésta debiera llamarse, pues, de Cervantes, en tanto que la que actualmente lleva dicho nombre debiera ser de Lope de Vega, porque como hemos visto, en ella vivió y murió el Fénix de los Ingenios, y no haber cambiado el nombre a la de Cantarranas por el de Lope de Vega, pues, aunque próxima, no tiene relación alguna con el gran poeta.

Bien está que la cercana calle del Niño lleve hoy el nombre de Quevedo, porque en ella, núm. 4, vivió algún tiempo el gran polígrafo, y fué además de su propiedad.

ciar cuanto valía, necesitaba más que nunca protección le mandara algún socorro.

Y, agradecido, Cervantes le escribe en 26 de marzo de 1616, un mes antes de morir, expresándole su profundo reconocimiento por la ayuda que le había mandado y que tanto necesitaba. Esta carta es preciosísimo autógrafo de Cervantes que la Academia Española guarda en severo cuadro, puesto encima del sillón presidencial de la sala de juntas públicas. Díce así el valioso autógrafo:

Muy ilustre señor:
Ha pocos dias que recibí la carta de vuestra señoría ilustre y con ella nuevas mercedes.
Si del mal que me aqueja pudiera haber remedio, fuera lo bastante para tenelle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra ilustre persona; al fin tanto arrecia que creo acabará conmigo, aun cuando no con mi agradecimiento.
Dios nuestro Señor le conserve ejecutor de tantas obras para que goce del fruto dellas en su santa gloria, como se lo desea su humilde criado que sus manos besa,



Y tanto arreció el mal, que viendo cercano ya su fin y siendo hermano no profeso de la Orden Tercera, el 2 de abril quiere profesar y morir cumpliendo este piadoso requisito. Conmovedora es la escena, que con toda propiedad reconstituye un celebrado cervantista:

"A la morada de Cervantes concurrieron herma-

nos y hermanas de la Orden Tercera para asistir a la profesión, según están obligados; sentáronse en bancos los hombres y en el suelo las mujeres; el secretario, ante un bufete, y el religioso y el ministro en dos sillas al lado de la epístola, en un altar formado al propósito.

Cervantes estaba sentado en otra silla, teniendo una vela de cera blanca en la derecha mano y la cuerda y el hábito sobre la izquierda, falta de movimiento por la herida que recibió en la gloriosa batalla de Lepanto; la dolencia le impidió ponerse de rodillas para la ceremonia.

El religioso presidente dirigió una breve plática en loor de la Tercera Orden de penitencia que profesa parsimonia y la moderación en trajes, vestidos y joyas que la vanidad inventa. Y luego preguntó a Cervantes: ¿Qué pide?

Este respondió: Pido, por amor de Dios, que se me dé el hábito de la Tercera Orden de nuestro Padre San Francisco para más servir a Nuestro Señor, guardando la regla y los mandamientos divinos.

Púsose en pie el religioso y bendijo el hábito y la cuerda, y le vistió aquél y le ciñó ésta con las ceremonias debidas...

Besó Cervantes al religioso las manos, y éste, con cariño de padre, le dió la bendición y los brazos, encomendando rezasen un *Ave María* por el que había recibido el hábito y conservación de la Orden, mientras él, hincado de rodíllas, la rezaba igualmente.„ (1).

Las fuerzas materiales van extinguiéndose por momentos, como planta sedienta que cada día inclina más desfallecido su tallo; pero su cerebro, aquel cerebro privilegiado y no vaciado en la común turquesa de los demás mortales, sigue fuerte, activo y traba-

---

(1) *La última novela ejemplar de Cervantes*, Adolfo de Castro. Cádiz, 1872.

ja todavía. Ya ha terminado el *Persiles y Sigismunda*, quizás lo ha retocado en ratos de alivio, sólo le falta escribir la dedicatoria al conde de Lemos, y sobreponiéndose a sus dolores, imponiéndose la actividad cerebral a los desmayados latidos del corazón, dicta o escribe la dedicatoria cuatro días antes de morir.

"Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan *Puesto ya el pie en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo.

Ayer me dieron la Extremaunción y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el de-

seo que tengo de vivir y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies á vuestra Excelencia, que podría ser tanto el contento de ver a vuestra Excelencia bueno en España (1), que me volviese á dar la vída; pero si

(1) El conde de Lemos era entonces virrey de Nápoles y estaba próximo su regreso a España.

está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos, sepa vuestra Excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte mostrando su intención. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de vuestra Excelencia, regocijándome de verle señalar con el dedo y realégrome de que salieran verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de vuestra Excelencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del jardín* y del famoso *Bernardo*; si á dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida, las verá, y con ellas el fin de *La Galatea*, de quien se está aficionado vuestra Excelencia, y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios á vuestra Excelencia, como puede, de Madrid á diez y nueve de abril de mil seiscientos y diez y seis años.

Criado de vuestra Excelencia,
MIGUEL DE CERVANTES.„

Lector: vuelve a leer el último escrito de Cervantes. Penétrate bien de la serenidad con que afronta la muerte; considera su grandeza de alma, la misma con que afronta el peligro en la batalla de Lepanto, la misma con que desafía la muerte durante su esclavitud; observa también la resignación con que dice: "pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos„; y admira la profunda gratitud, hasta el cariño que siente por su protector el conde de Lemos, agradecimiento propio de almas bien nacidas... ¡Oh! El conde de Lemus, por duro que fuese, debió sentirse conmovido hasta en lo más íntimo de su ser, y satisfacción grande debió de sentir por haber protegido a un hombre de tal grandeza de alma.

Y nadie como el malogrado Navarro y Ledesma (1) ha descrito los últimos momentos de Cervantes. Es una página conmovedora:

---

(1) *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes*, cap. LX.

"Los cuatro postreros días de su existencia, hasta el 23 de abril, en que murió, debieron ser angustiosísimos. La disnea y el estertor propio de los enfermos cardíacos, oprimían aquel anciano pecho. La sed de agua, ¡terrible congoja!, se trocaba en sed de aire, que los pulmones anhelosos consumían, y en sed de sangre, la cual corría furíosa, desbocada, por las venas, marcando ciento veinte, ciento cuarenta, ciento sesenta pulsaciones por minuto, sin que la fiebre se presentase; los nervios vasomotores se agitaban convulsos, en tensión insoportable...

El pobre moribundo estaba sentado en el lecho, apoyado el busto en cuatro o cinco almohadas y cabezales. Su ancha frente, que fué siempre un espejo para la luz, se amortecia, se trocaba mate; su aguileña nariz se encorvaba buscando la boca; los marciales bigotes caían desmayados en la suprema dejación de toda la lucha. Un último estremecimiento, un *pneuma*, o soplo misterioso que salía por la boca y narices, una inclinación suave, lenta, de la cabeza sobre el pecho fueron las postrimeras señales. El ingenioso hidalgo estaba muerto.

Al pie de la cama sollozaban doña Constanza de Figueroa, doña Isabel de Saavedra, doña Catalina de Salazar y rezaba el buen clérigo D. Francisco Martínez Marcilla. Pronto el vecindario curioso corrió la noticia. Mucha gente entró a ver el cadáver. Del mentidero de representantes no dejó de acudir toda la comiquería a ver muerto al escritor alegre y al regocijo de las musas. El vecino de enfrente, Lope de Vega, entró también, miró el cadáver, rezó un rato y marchóse a sus negocios, moviendo pensativo la cabeza.

Luego vinieron los hermanos terciarios de San Francisco, amortajaron con el hábito de la Venerable Orden Tercera el cadáver de su hermano en religión y le pusieron en la caja. Como el trayecto del entierro había de ser tan corto, pues pocos pasos hay desde la casa de Cervantes al convento de las Trini-

tarias, bastó que se arremolinaran la vecindad y los cómicos del mentidero para que la angosta calle pareciese llena. Los hermanos terciarios de San Francisco tomaron en hombros la caja. El cadáver llevaba el rostro descubierto, como las reglas de la Venerable Orden Tercera previenen... El entierro en el convento de las Trinitarias fué pobre y nada ceremonioso... La tierra cubrió el cuerpo del ingenioso hidalgo. Rojos ladrillos taparon la fosa. No se colocó en ella lápida ni inscripción, ni siquiera un humilde azulejo. No sabemos dónde está lo que del cuerpo de Cervantes queda, si queda algo.„

Y en la parroquia de San Sebastián, en el libro de difuntos del año 1616 (1), entre una larga serie de inscripciones de muertos, figura la siguiente:

"*En 23 de abril de 1616 años murió Miguel Cervantes Saavedra, casado con doña Catalina de Salazar, calle del León; recibió los Santos Sacramentos de mano del Licenciado Francisco Lopez; mandóse enterrar en las Monjas Trinitarias; mandó dos misas de alma y las demás á voluntad de su mujer que es testamentaria y el Licenciado Francisco Martinez, que vive allí.*„

Y en ese libro viejo y apergaminado, entre la lista de nombres desconocidos, de todas clases y condiciones y cuya memoria se ha desvanecido en el tiempo, está el del Inmortal Miguel de Cervantes, modestamente inscripto como uno de tantos mortales obscuros, que no dejaron huella ninguna de su paso por la tierra.

Cervantes murió así, obscuramente, mientras que cuando Lope de Vega rindió también su tributo a la muerte, esta desgracia causó tan gran pesar y produjo tales manifestaciones de duelo, que la comitiva fúnebre desfiló desde la calle de Francos, casi al lado de la casa de Cervantes, por la de San Agustín, que

(1) Folio 270.

da frente a la verja del convento de las Trinitarias, a fin de que la hija de Lope, sor Marcela, profesa en dicho convento, presenciara el entierro de su padre, siguiendo la comitiva por la de Cantarranas (hoy de Lope de Vega), la del León, Antón Martín, Atocha hasta la iglesia de San Sebastián, en cuyo atrio, que antiguamente era cementerio, fué enterrado. Y cuéntase que tan numerosa fué la comitiva, que la manga parroquial había entrado ya en la iglesia y aún el cadáver de Lope de Vega no había sido sacado de su casa„

"¡Caprichos de la suerte!—comenta un celebrado autor.—Miguel de Cervantes, el gran escritor, gloria de la patria, fué llevado a la iglesia de las monjas Trinitarias en hombros de cuatro hermanos obregogones, sin acompañamiento, casi de incógnito, casi arrojado al olvido de las generaciones futuras. Pero, ¡ay, que Dios es justo, y Cervantes vive en el corazón de sus admiradores, que no pueden contarse! Cervantes tuvo por tumba la iglesia entera de las monjas Trinitarias y por altar el universo mundo.„

¿A qué obedece esta diferencia de estimación entre los dos grandes escritores? Sin profundizar en la cuestión, la razón es clara y precisa. A Lope de Vega, aunque se le admiraba mucho como gran poeta, se le aplaudía mucho más como autor dramático, labor ésta más sugestiva y de carácter más popular. Un libro se lee en el silencio de un gabinete y no tiene en aquel momento más admirador que el lector. Una comedia se representa a lo vivo en una sala y los oyentes son cientos de personas sugestionadas por el argumento y su entusiasmo y admiración estalla en masa y contagia aun al espectador más insensible. Por eso la admiración del pueblo al autor dramático es más plástica y tangible que la que se presta al novelista o al poeta. Con datos ciertos se puede asegurar que Cervantes no era desconocido en la corte y que sus lectores y admiradores eran muchos, más de lo que vulgarmente se cree. Y que el *Quijote* fué

leído, aplaudido y admirado, bien lo sabemos ya, así como la figura del hidalgo manchego fué también popularísima en todas partes (1). Pero a Cervantes se le admiraba y aplaudía en el libro y a Lope en el teatro.

Además existe otra razón, que pudiéramos llamar social. Lope fué un gran cortesano por sus amistades y roce con nobles y magnates, y a más de esto un gran mundano: sus ruidosas aventuras, sus galanteos y amoríos de la juventud le dieron mucha popularidad. Y después de su arrepentimiento, su carácter sacerdotal y su cargo de familiar del Santo Oficio hicieron que fuese persona respetable y de consideración en la corte.

Cervantes estuvo ausente de Madrid la mayor parte de su vida, que pasó, como sabemos, en Andalucía, empleada en prosaicos oficios y negocios. Sólo ya en el otoño de su existencia se dió a conocer en la corte. Añádase a esto que su carácter independiente, esquivo y modesto se acomodaba mal en el ambiente cortesano, como hay pruebas repetidas de ello, y se explicará perfectamente por qué no fué ni tan popular ni tan considerado como Lope de Vega.

Tardía ha sido la reparación, pero ha llegado con creces.

---

(1) Sobre la popularidad de Don Quijote, véase *Don Quijote* y *El Quijote en América*, del tantas veces justamente citado D. Francisco Rodríguez Marín.

El alma de Cervantes.

El alma de Cervantes vive y late en cada frase de sus obras.—MENÉNDEZ Y PELAYO.—*Interpretaciones del Quijote.*

En los diversos cuadros de este libro ha desfilado ante tí, lector, la simpática y noble figura de Cervantes. Ya le conoces, y te son familiares su figura y su vida, no toda ella, que sería larga de contar detallada y documentalmente, pero sí lo suficiente para que hayas aprendido a estimarle y a quererle como él se merece.

Pero, bien considerado, no le conoces todavía más que corporalmente o materialmente, por decirlo así. Te falta conocerle espiritualmente, en su ser íntimo, en toda la plenitud de su genio. Para que también sepas estimarle, te falta ahora leer el *Quijote*.

No creo que seas uno de tantos, como hay muchos, muchísimos, que no diré que conozcan el *Quijote* solamente de oídas, sino que efectivamente lo han tenido en las manos, lo han hojeado, han mirado con curiosidad los grabados, si la edición los tiene, lo han

empezado a leer con interés... y a las pocas páginas han cerrado el libro, cansados y aburridos unos, quizás, por serles extraño el estilo cervantino; otros porque no entienden muchos de los vocablos anticuados; la mayoría porque mucho de lo que leen lo saben ya de oídas y visto representado en láminas, cuadros, estátuas y demás manifestaciones del arte.

Pero no te abochornes de haberlo hecho—y no dicho,—que a tu defensa sale nada menos que el maestro de cervantófilos, Rodríguez Marín, diciendo en tu apoyo:

"No es el *Quijote,* a buen seguro, la obra más cono-

cida entre las que debemos al incomparable ingenio complutense. Si todos cuantos afirman haber leído el *Quijote,* lo hubieran leído en realidad, yo no me

atrevería a asentar esta afirmación; pero es la verdad... que se miente más que se lee. Bien que hasta ese mentir patentiza el gran mérito de la portentosa novela cervantina: aún a los pocos aficionados a las letras háceseles bochornoso y como caso de poco valer el confesar que no lo han leído. ¿Con qué otro libro acontece lo propio?

Mirado el asunto a buena luz, no se ha de abominar de los que empiezan y no acaban de leer el *Quijote*; antes merecen disculpa, y lo que es más todavía, tienen buena justificación; que no es para todos los entendimientos de hoy esta lectura, ni se puede exigir a nadie que lea hasta el cabo lo que no entiende bien y se enamora de bellezas que no acierta a ver claramente, y en ocasiones, ni a columbrar siquiera. ¿Cómo ha de tomarse a mal que suelte el libro, apenas cogido en la mano, quien a los cuatro renglones del primer capítulo, ignorando ya por qué la olla del hidalgo de la Mancha era "de algo más vaca que carnero.„ tropieza en un plato de *duelos y quebrantos*, sin que el anotador le explique satisfactoriamente a qué comida se daba este nombre en los días de Cervantes?„ (1)

Hacer inteligible y claro el *Quijote,* para los lectores del tiempo en que se escribió, es la tarea que se ha impuesto el Sr. Rodríguez Marín, tanto en la edición ya publicada, como en la magna que ya tiene en prensa, y próxima a publicarse.

Por tu bien te recomiendo que te enmiendes de tu apatía y empieces otra vez a leer la inmortal obra. Vence la primer resistencia, ese primer momento de pereza, que es el peor, y después sigue leyéndola despacio, procurando saborearla, aunque los primeros bocados no te parezcan tan exquisitos como te han asegurado que realmente lo son, porque te ocurre lo mismo que a los que no están acostumbrados a

(1) *Al lector*, en la edición de *La Lectura*. Madrid, 1911.

comer manjares finos y escogidos, condimentados según las ordenanzas de la exquisita gastronomía, y no saben apreciarlos por tener el paladar acostumbrado a los platos caseros y vulgares del hogar.

Si logras hacer el gusto, venciendo la primer repugnancia, a estos nuevos manjares literarios, verás como al fin y al cabo conseguirás saborearlos y estimarlos y aprenderás a diferenciar los condumios corrientes—entiéndase las obras modernas de frívola lectura—de los manjares selectos que hallarás en la lectura reposada del *Quijote*.

Eso es la obra de Cervantes: bocado fino y exquisito que los paladares poco acostumbrados a esta clase de lecturas, no saben estimar en su justo valer.

Has de tener en cuenta que el libro del *Quijote* tiene cuerpo y alma. El cuerpo es el argumento, son las aventuras del Hidalgo que ya conoces. El alma es el estilo, lo íntimo, su prosa fluída y cristalina como agua de manantial roquero, salpicado en todo momento de pensamientos nobles, elevados y grandiosos que inducen a la meditación como apotegmas o axiomas de la más pura y clara filosofía.

Efectivamente, es mucho libro para los que sólo buscan en él las aventuras y desventuras del loco manchego y las argucias, simplezas y rustiquezas de su buen escudero, sin querer penetrarse de las infinitas bellezas que hay en lo esencia de la obra.

¡Qué grande, qué admirable y cuán sublime es el alma del hombre que ideó los hechos del *Quijote* y supo engarzarlos en la fina y delicada armazón de esa rica y deslumbradora pedrería de su estilo sustancioso, lleno de hermosas y felices reflexiones que encajan a la perfección en todos los lances y trances de la vida. De breviario moral lo han calificado algunos, y no han exagerado en su afirmación:

Yo he dado en Don Quijote pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino,
En cualquier sazón, en todo tiempo,

dice su propio autor, comprendiendo el fondo moral de su obra.

No es exageración, créelo lector, no será quijotilatría la admiración que despertará en tí su lectura, si sabes leerlo y tienes la suerte de sentir "el inefable y sano deleite que produce en todos los paladares no estragados.„ (1)

Y si quisieras completar tu conocimiento espiritual e íntimo del gran Cervantes, después del *Quijote* lee las *Novelas ejemplares.*

"Con *Rinconete y Cortadillo*, el *Coloquio de los*

(1) Menéndez y Pelayo. — *Interpretaciones del Quijote*, tomo V de *Crítica literaria*.

perros, La Gitanilla, El celoso extremeño y alguna más, sin olvidar los apotegmas y moralidades del *Licenciado Vidriera*, se integra la representación de la vida española, contenida en el *Quijote,* siendo, por tanto, inseparables de la obra magna, a la cual deben servir de ilustración y complemento„ — dice el gran maestro Menéndez y Pelayo (1).

Léelas, pues, y verás cómo te interesas y te enamoras de una *Gitanilla* fina y delicada, como flor nacida entre espinos en los matorrales de la gitanería vagabunda. Conocerás a una *Ilustre fregona*, que ha de encantarte con sus aventuras, ocurridas en el ambiente toledano de aquella época, hasta que se convierte en gentil y noble doncella. Admirarás cómo *La fuerza de la sangre* te da ocasión para conmoverte con las desgracias de una interesante doncellica, brutalmente atropellada por un noble y descarriado mancebo. Y verás confirmado una vez más en *El celoso extremeño* que no hay trazas contra el amor y que ni guardas ni precauciones pueden con la astucia de un enamorado galán y las debilidades de una casquivana casada (2). En *La señora Cornelia* te transportarás a Italia y conocerás las figuras de jóvenes y nobles hidalgos españoles, tan grandes de alma como generosos y caballeros, y te deleitarás tanto o más que con una comedia de las de capa y espada. Y no te digo nada si te vas de aventuras con *Rinconete y Cortadillo* por esas ventas de Dios, camino de Sevilla, y ya en esta capital, te quedarás asombrado de verte en compañía de ladrones, pícaros, bravucones, mozas del partido, beatas ladronas e hipocritonas, alguaciles canallas y, sobre todo, conocerás al gran Monipodio, al inmenso Monipodio, flor y nata de la hamponería sevillana...

---

(1) *Cultura literaria de Cervantes*, Tomo V, *Crítica literaria*.

(2) Véase sobre esta novela *El Loaysa del «Celoso extremeño»*, de Rodríguez Marín, acabado estudio de las costumbres de aquellos siglos.

Y ¿a qué seguir? Léelas todas: que llamadas *Novelas ejemplares*, ejemplares son, ciertamente, por su argumento, por su interesante trama y por su rico y hermoso estilo (1).

En estas dos obras, el *Quijote* y las *Novelas ejemplares,* principalmente, es donde está diluída el alma fuerte, grandiosa y noble de Cervantes (2), y así completarás tu conocimiento, y sabrás entonces con cuánta razón nos vanagloriamos de llamarle PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES.

---

(1) Sobre las *Novelas ejemplares*, véase el interesaate estudio de Francisco Icaza, Madrid 1901. La BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA DE DIVULGACIÓN se propone publicar entre sus obras una bellísima edición de estas novelas.

(2) Si tuvieras interés en conocer las demás obras de Cervantes puedes ver as en la concienzuda edición de las *Obras completas de Miguel de Cervantes*, que ha emprendido el erudito Adolfo Bonilla y San Martín, en colaboración con el hispanista americano Rodolfo Schevill. Van publicadas *La Galatea*, *Persiles y Sigismunda* y *Comedias y entremeses*. Estas también se estudian en *El Teatro de Cervantes*, por Armando Cotarelo, Madrid, 1915, obra premiada por la Academia Española. Para las *Novelas ejemplares*, la edición crítica y anotada de Rodriguez Marín, edición de «La Lectura» 1914, t. 1.º

ÍNDICE

Páginas.

Prólogo IX
Los abuelos de Cervantes 1
El padre 5
La madre 9
La partida de bautismo de Cervantes 13
Cervantes, manchego 17
La Universidad de Alcalá 21
La niñez de Cervantes 27
Carlos V en Yuste 31
Los primeros versos 38
En Italia 44
Los Tercios españoles 48
Don Juan de Austria 55
El Manco de Lepanto 59
Cervantes, cautivo 65
Los cautivos en Argel 71
Versos marianos de Cervantes 77
¿Quién fué Ana de Rojas? 82
La Galatea 86
Las novelas pastoriles 90
Casamiento de Cervantes 97
El teatro antiguo 103
En Sevilla 113
Yo, el Rey 120
La primera edición del "Quijote„ 128
¿Cómo se leia el "Quijote„ en el siglo XVII? 140
De capa y espada 147
El "Quijote„ de Avellaneda 151
La imprenta de Juan de la Cuesta 164
La segunda parte del "Quijote„ 168
La influencia de los libros de caballerias 171
La Vejez 177
La muerte 184
El alma de Cervantes 197

Itinerario del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

MAPA DE UNA PORCION DEL

REYNO DE ESPAÑA

QUE COMPREHENDE LOS PARAGES POR DONDE ANDUVO

DON QUIXOTE,

Y LOS SITIOS DE SUS AVENTURAS

Delineado por D. Tomás Lopez Geografo de S. M. segun las observaciones hechas sobre el terreno por D. Joseph de Hermosilla Capitan de Ingenieros.

Primera salida de D. Quixote solo.

1. Venta donde fué armado Caballero.
2. Aventura del muchacho Andres.
3. Encrucijada donde estuvo dudoso qué camino seguiria.
4. Aventura de los Mercaderes donde quedó molido á palos, y le conduxo á su Lugar Pedro Alonso su vecino.

Segunda salida con Sancho por el Campo de Montiel.

6. Aventura de los molinos de viento.
6. Aventura de los frailes y el Vizcaino.
7. Bosque donde durmio con los Cabreros, y entierro de Grisóstomo.
8. Aventura de los Yangüeses.
9. Venta de inumerables aventuras y sucesos, donde se hizo el Balsamo de Fierabras, y el manteamiento de Sancho Panza.
10. Batalla de las Ovejas.
11. Aventura del cuerpo muerto donde tomó el nombre del Caballero de la TRISTE FIGURA.
12. Aventura de los Batanes.
13. Batalla con el barbero, à quien ganó el yelmo de Mambrino.
14. Da libertád á los Galeotes.
15. Ocúltase en Sierra morena.
16. Sitio en la misma Sierra donde hizo penitencia.

Nota.

Desde este sitio le traxeron á la Venta, de donde le volviéron encantado á su Lugar.

Tercera salida.

17 Lugar en donde encontró á Dulcinea encantada.
18. Aventura del Carro de las Cortes de la muerte.
19. Aventura del Caballero del Bosque.
20. Aventura de los leones, de donde tomó el nombre de Caballero de los LEONES.
21. Bodas de Camacho.
22. Lagunas de Ruydera y Cueva de Montesinos.
23 Encuentro de la aventura del Rebuzno.
24. Venta donde sucedio la aventura de los titeres, y las del Maese Pedro y el mono adivino.

Reyno de Aragon

25. Aventura del barco encantado.
26. Aventura de la bella Cazadora.
27. Palacio del Duque donde sucediéron muchas aventuras.
28. Insula Barataria Gobierno de Sancho.
29. Sitio donde encontró Sancho los moriscos de vuelta del Gobierno.
30. Sima donde cayó Sancho con su jumento de vuelta del Gobierno.
31. Aventura de las Redes y batalla con los toros.
32. Aventura de los ladrones en el bosque.
33. Sitio de la Batalla del Caballero de la blanca luna en la playa de Barcelona, donde quedó vencido.
34. Aventura de los cerdos.
35. Donde le encontráron los criados del Duque y le lleváron al Palacio desde donde se volvio á su aldea, y murió.

Cervantes Saavedra, Miguel de 142615 LS.

Author López Barrera, Joaquín C419 .YLop

Title Cervantes y su época (lecturas Cervantinas)

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

L. Calleja, Encdor